

## PUEBLOS GERMÁNICOS

(desde 1200 hasta la terminación de la Edad media)

## I

## Los escandinavos



ÁBESE que desde que empezó á dominar el cristianismo en Escandinavia, los alemanes establecieron allí plazas comerciales é introdujeron, con sus géneros, sus costumbres y su manera de vestir. A principios del siglo XII el elemento germánico se extendió por Dinamarca y á fines del mismo había echado raíces en todo el suelo escandinavo. Tan sólo los colonos, en los intransitables arenales, en las montañas y en la apartada Islandia conservaron sus costumbres primitivas. Juntamente con Alemania, Rusia, que había caído bajo el dominio de los varegos, sostenía activo comercio con los escandinavos. El tocado de las mujeres suecas, que nos parece tan original, es muy parecido al de los eslavos orientales, por lo que debemos considerarle del mismo origen. No conocemos, sin embargo, estampas que representen tocados de esta especie anteriores al siglo XVI, y las que de tiempos anteriores se conservan demuestran la completa concordancia del traje escandinavo con el traje alemán.

Del traje nacional no se halla vestigio en parte alguna. Cuantos datos nos procuran láminas y documentos gráficos denotan que los escandinavos tomaron algo de todos los trajes de su tiempo para el suyo y, hasta fines de la Edad media, más que de todos, del alemán. Tocante á éste, adoptaron mucho mejor el de la Alemania baja que el de la alta, por ser más adecuado á su clima y á lo que constituía su principal ocupación, cual era el oficio de marino. El traje de marino fué para ellos traje

de gala; puede decirse que entró en Escandinavia antes que los mismos alemanes. En el siglo XI, principalmente durante el reinado de Olaf el Tranquilo, desarrolláronse las modas merced al lujo creciente. Las prendas de vestir se importaban hechas ó se hacían en el país con patrones extranjeros. Las particularidades que encontramos en los trajes escandinavos de aquella época no son sino las variaciones que reclamaba el clima. En realidad no hay que considerar como primitiva más que la vestimenta de los pueblos boreales, lapones y finlandeses.

Se supone con fundamento que las gentes del pueblo, sobre todo los habitantes de las comarcas apartadas, no estarían muy al corriente de la moda. Debían, pues, de llevar, aun en el siglo XIII, los primitivos

pantalones de lienzo, que se ataban alrededor de las piernas, ú otros más cortos, con medias, el ropón que servía al mismo tiempo de camisa (28. 1), y encima de él, si la temperatura lo exigía, la manta de campo, el *feldr*, que cada cual se ponía á su gusto (28. 5), y zapatos de cordones y sombrero de ala caída. El ropón con capucha debió de sufrir, entre todas las clases de la sociedad, las mismas transformaciones que en los países vecinos del Sudoeste (compárese 6. 23. 25. 18. 22. 24. 33. 8. 34. 7). Según las pocas estampas que quedan de aquella época, los hombres de mejor posición (28. 6. 8) llevaban medias largas muy ceñidas ó polainas sin zapatos y, á lo que se supone, con un trozo de suela; ropón, que llegaba á las rodillas ó á los tobillos, y capa rectangular. Los judíos llevaban además sombrero puntiagudo (28. 7. 8). Los escandinavos libres dejaban caer sobre los hombros su larga cabellera, mientras que los criados y los siervos estaban obligados á cortársela al rape (28. 1). Las mujeres usaban, como las alemanas, una prenda larga hasta los pies ó que arrastraba, que les servía de camisa y de traje de casa (fig. 14. 3). Esta prenda tenía mangas largas y estrechas y una abertura para pasar la cabeza, descotada hasta el pecho y cubierta por un paño. Cuando el frío las obligaba á ello, poníanse sobre el ropón de casa otro, generalmente algo más corto (28. 3. 4; compárese 11. 2. 21), que rodeaba el cuerpo hasta las caderas (fig. 14. 1) y estaba provisto de mangas cortas (28. 3) ó largas que se ensanchaban por abajo considerablemente (28. 4. figura 14. 3; compárese 8. 11. 11. 20. 19. 12. 18). A las mujeres de categoría les gustaba adornar las bocamangas con galones de oro, y en el pecho, bajo la barba, llevaba el ropón un gran broche (28. 11. 19; compárese 33. 13. 14). Para sujetar la parte superior del vestido lo ataban con cordones por debajo de los sobacos (compárese 11. 20). Atábanse el pelo en lo alto de la cabeza y envolvían ésta y el cuello, según antigua costumbre germánica, ya generalizada entre las mujeres anglosajonas, con una toca muy fina (28. 3; compárese 4. 18. 22). También se la arrollaban en forma de turbante ó prendían por encima de la nuca otra más pequeña á manera de velo. Las doncellas se dejaban el pelo suelto y caído (28. 4) ó lo cubrían con un sombrero. Este traje corresponde á la descripción que contiene el *Rigsmaal* del tocado de la esposa de un príncipe: «En la cabeza la cofia, en el cuello una joya, una toca en la nuca y cordones bajo los sobacos.» En otro pasaje dice: «Con su velo, una joya en el pecho y la cola ondulante de la camisa azul.» Como prenda de abrigo usaban las mujeres el antiguo manto, cerrado por arriba y abierto por los lados en la parte inferior (28. 3; compárese 4. 18. 19. 3). En las solemnidades llevaban capa (28. 11), guarnecida y forrada por lo común de pieles, de forma semicircular, ligeramente prendida á los hombros y sujeta en el pecho por una cinta lisa ó un cordón doble. Había la costumbre de colocar la mano derecha en el cordón de la capa para mantenerlo tirante y en su posición propia (compárese 33. 14). Es de suponer que las mujeres de entonces, siguiendo la antigua costumbre, llevarían debajo de la camisa pantalón corto abierto por delante y por detrás, y que las mujeres obreras no debieron de gastar vestido de cola, sino ropón que llegaría todo lo más hasta los tobillos. En invierno usaban las escandinavas toda clase de mantos y abrigos, y lo mismo los hombres. Hasta mediados del siglo xiv subsistió el traje de épocas anteriores con pocas variaciones.

En las estampas pertenecientes á la segunda mitad de aquel siglo, se marca muy bien la transición del traje escandinavo al sud-alemán. Entonces el traje masculino se componía, además de la camisa, de polainas largas y estrechas, que se cerraban por la parte de arriba y se sujetaban con cordeles. Estas polainas eran de varios colores.

Llevábase también sayo hasta las rodillas ó más largo (28. 43. 45. 29. 1. 21), bastante ceñido por la parte de arriba, con pliegues en la falda y sujeto al talle por un cinturón (fig. 14. 4). Las mangas del sayo eran largas y estrechas (fig. 14. 5) ó extremadamente anchas (29. 21). Entre jornaleros y marinos, sobre todo, siguió estilándose la antigua capucha, unida al sayo por una costura que á menudo formaba de por sí una prenda con cuello por la parte inferior, que cubría los hombros (29. 1. 36. 38).

El ropón que las gentes acomodadas se ponían sobre el sayo caía con frecuencia hasta los pies y se

ensanchaba gradualmente hacia abajo. Suprimíanse algunas veces las mangas (28. 48), otras se ensanchaban (28. 50), moderadamente al principio y tanto después, que casi tocaban al suelo. Este ropón estaba abierto desde el cuello hasta el pecho (28. 40) ó hasta la cintura, y provisto de cordones ó botones para cerrarlo. La gente de alta categoría lo llevaba guarnecido de adornos (28. 46. 48). Según antigua costumbre, el cinturón era de metal y formado de eslabones, y no se llevaba solamente como tal alrededor del talle (28. 43. 45), sino también como mero adorno, holgado y rodeando las caderas (29. 21).

La capa que se estilaba entonces, cerrada por delante, conservaba aún su primitiva forma semicircular (29. 10) y se fué acortando posteriormente (28. 41. 42. 29. 43). Una capa de corte parecido servía de resguardo contra el frío (compárese 36. 14), solía tener capucha y se diferenciaba muy poco de las primitivas. En las estampas de la época no se ve otro calzado que las polainas que acababan en medias; es de presumir, no obstante, que llevaban calzado, que desde tiempos inmemoriales se estilaba entre la gente del pueblo. Las polainas eran puntiagudas, estaban rellenas de algodones y en la planta tenían trozos

de suela. Como tocado había, además de la capucha, gorras de varias formas: puntiagudas, con alas vueltas y abiertas por los lados (28. 41. 42. 29. 12. 13), en forma de saco y con alas recias (28. 43. 45. 50. 29. 21. 26. 34); luego empezó á usarse la gorra ajustada propia del siglo XIII, que se ataba por debajo de la barbilla (29. 15). Tan sólo los reyes (28. 48) llevaban el pelo largo, como adorno característico.

Hasta mediados del siglo apenas varió el traje, ni por el corte ni por la forma; pero después

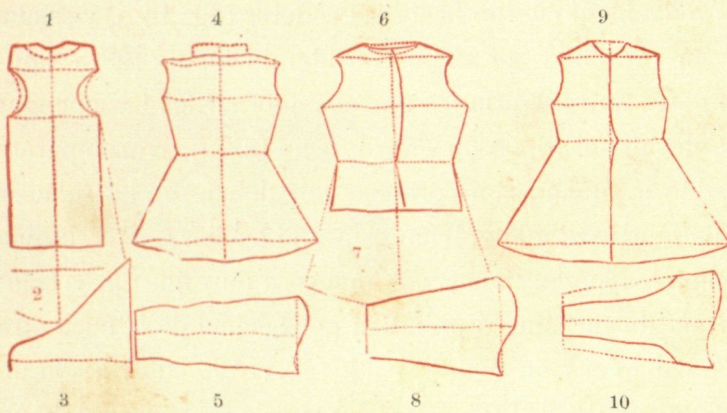
apareció la tendencia á estrechar y á acortar las prendas. El sayo (fig. 14. 6) quedó tan corto que cubría apenas las caderas (29. 26. 40. 47. 48) y tan estrecho que fué necesario abrirlo por delante, poniéndole en la abertura botones y cordones, así como en las mangas (fig. 14. 8), abiertas también por detrás, desde la muñeca hasta el codo (compárese 36. 9. 13. 14. 18).

El sayo ó jubón se ponía siempre bajo de la coraza. Las gentes de guerra le acortaban también las mangas, ó lo suprimían y colocaban la coraza sobre la armadura (compárese 37. 16. 21). Se suprimió igualmente el cinturón, ó en último caso, se colocaba por debajo de las caderas como adorno. La clase trabajadora, en cambio, ceñíase el talle con cinturón de tela ó cuero (28. 42. 29. 18. 19), del que era costumbre colgar una bolsa, también de cuero, y un puñal que se pasaba por los ojales del bolsillo (compárese 36. 7. 9).

La coraza, poco adecuada al clima del Norte, hacía necesario un ropón más largo, y éste, que siguió asimismo el curso de la moda, ceñía la parte superior del cuerpo (compárese 36. 9), de modo que había que abrirlo también por el pecho y abotonarlo después. En la parte de abajo quedó bastante ancho (figura 14. 7); las mangas eran más anchas que las de la coraza. La moda ejerció sus caprichos en estas mangas; por delante llegaban sólo á la sangría, pero por detrás colgaban casi hasta el suelo. Por entonces empezaron á adornarse con picos los bordes del traje (29. 50; compárese 36. 7). A la vez que estas prendas, siguieron estilándose otras, más anchas y más largas, como la *huppelande* y la *husse*, que servían también para gala y para combate.

La *huppelande* (ú hopalanda) era un ropón ancho, largo y completamente abierto por delante, con mangas largas, más ó menos anchas, ceñido al cuerpo por medio de un cinturón ó de un cordón (30. 22); las mujeres también lo usaban (30. 11). La *husse*, nombre nuevo de una prenda antigua, era como un capotillo sin mangas, cerrado por la parte superior, abierto por ambos lados (29. 11) y provisto á menudo

Fig. 14



de capucha. Ésta, ó *gugel*, como también se la llamaba, seguía siendo la prenda favorita; había adoptado formas diversas y variaba igualmente de tamaño; tan pronto se ceñía mucho á la cabeza como se estilaba ancha y con punta, cada vez más larga, que caía por detrás como una cola (compárese 36. 8). A veces la capucha no alcanzaba más que hasta los hombros, que rodeaba; á veces cubría el cuerpo por delante hasta las rodillas y por detrás hasta los riñones (29. 27). Hay que observar además que en el siglo XIV todas las prendas solían hacerse de telas de distintos colores.

Con el tiempo, los cascabeles fueron el adorno más en uso (29. 30. 30. 34). El traje adornado así procedía directamente de Alemania, pues aunque los franceses y los ingleses exageraban entonces las modas, no usaban cascabeles ó si lo hacían era con moderación. Una crónica sueca del año 1360 dice, con ocasión de la elección al trono del duque Alberto de Mecklenburgo: «Por muy pobre que uno venga de la tierra alemana, tiene la espada en la mano; y si sabe bailar, saltar y correr, los cascabeles dorados le son indispensables para acompañarle con su sonido.» Esta clase de adorno llevábase lo mismo en el cinturón que en unos colgantes que se estilaban en los hombros, formados por cordones y correas. Hacia mediados de siglo hubo una transformación en el vestir, cuyo lujo era ya tal, que las gentes formales empezaron á preocuparse.

Esta afición al lujo empezó por las clases elevadas, estableciéndose distinciones en la manera de vestir, según la riqueza de cada cual. Allá por el año 1350, en tiempo de Erico el Grande, se dispuso, lo que se hizo extensivo á los habitantes de Islandia, que el que poseyera 80 marcos en plata, podía llevar jubón de buen paño; el que contase con 160, tenía derecho á llevar además ropón, y el que tuviera 320, capa, aunque sin forro, de pieles. La gente rica, los sabios y los sacerdotes podían vestirse á su gusto.

El traje femenino seguía, como el masculino, con tendencia á estrecharse. Primero se trató de ajustar más la parte superior del vestido y las mangas á las formas naturales del cuerpo (29. 8; compárese 36. 2. 5). La parte inferior fué menester estrecharla por medio de pliegues ó suprimiendo parte de la tela. La ropa interior continuó, sin embargo, siendo tan larga como antes, si se usaba como ropa de casa (29. 37). Las prendas ceñidas cerrábanse por detrás por medio de cordones ó botones, y lo mismo las mangas, por la parte de atrás, desde la muñeca hasta el codo (compárese 36. 3. 17. 20). El ropón tenía casi siempre cola y sus mangas eran largas ó cortas; las cortas llegaban á los codos y continuaban con una tira de distinto ancho á todo lo largo del brazo, por la parte de atrás (compárese 36. 2. 5); más adelante la tira llegó hasta las corvas, y por último hasta el suelo. Con esta clase de vestido resultaba el cinturón inútil, y se llevaba como adorno, holgado y por debajo de las caderas (compárese 36. 20). La nobleza y la clase media rica usaban con preferencia otra prenda de encima parecida al ropón (28. 46 á 49) que era, como éste, bastante ceñida en lo alto, se ensanchaba por abajo, tenía desde el cuello hasta el borde una abertura y carecía de mangas ó eran éstas muy largas. Según la posición social del individuo, llevaba esta prenda adorno y cinturón ó carecía de ambas cosas. La capa usábase tan sólo en las fiestas y se sujetaba en el centro del pecho por un broche. Las jóvenes llevaban el pelo suelto (28. 46. 47), las casadas se lo rizaban ó hacían trenzas que arrollaban en forma de espiral sobre las sienes (compárese 36. 5).

Es de presumir que las mujeres de la clase baja llevaran sombreros de hombre ó sencillamente un pañuelo á la cabeza, porque estas prendas aparecen también más adelante.

En la segunda mitad del siglo XIV empezaron á usar las mujeres el vestido interior, ó sea el verdadero traje de casa, con cuerpo y falda separados (29. 24. 25). Las mangas seguían tan estrechas como antes ó se las ensanchaba un poco hacia la muñeca. La falda, que iba unida al cuerpo, estrechábase más que nunca por la parte de arriba, de modo que ceñía casi por completo hasta la mitad de los muslos (29. 24); la cola tenía el largo de siempre. La ropa exterior conservó hasta fines del propio siglo su forma primitiva, con insignificantes variaciones. Estilábase, aunque según parece sólo entre las

servientas de gente de posición, una prenda parecida á la *suckenie*, que se llevaba ya en Alemania en el siglo XIII. Se componía de una pieza ancha delantera y otra trasera, unidas en los hombros por costuras (29. 22; compárese 33. 16) y abiertas por completo en ambos lados. Ya en el siglo XVI, las mujeres de Gotia llevaban todavía una prenda semejante (31. 14. 17). Mientras que entre los hombres se iba acortando la capa, entre las mujeres de categoría iba adquiriendo tales dimensiones que para poder andar con ella era menester recogerla bajo el brazo; sólo las menestralas la usaban corta, y las de la clase media, en lugar de capa, llevaban una especie de manteleta cerrada ó abierta por delante (28. 31; compárese 40. 17). En las estampas de esta época empiezan á verse delantales (29. 25). El sombrero de hombre siguió siendo el tocado femenino (29. 8), ó sólo un pañuelo á la cabeza. Además se llevaban cofias sencillas y ajustadas (29. 3) y de forma de sombrero, con alas anchas y caídas que terminaban en punta (29. 22). Las casadas rodeaban la cara con una toca que caía sobre los hombros. El pelo se llevaba generalmente suelto ó en trenzas, con las que rodeaban la cabeza. El calzado siguió como antes. No prodigaron las mujeres los adornos y los cascabeles, como sucedía en Alemania; así al menos se deduce de las estampas de la época.

En el siglo XV, la afición á las ropas ajustadas llegó á la impudencia. Las estampas de aquel tiempo, más escasas que en los anteriores y generalmente hechas fuera del país, hacen ver la analogía que existía entre el traje de los escandinavos y el de sus vecinos del Sudoeste. Determinábase en ellos la tendencia aludida á estrechar cada vez más las prendas de vestir. Usábanse pantalones de telas elásticas que se ceñían cómodamente al cuerpo, ó rígidas que exigían grandes cuchillos en la parte de atrás y holgada pieza de la misma tela en la de delante (32. 17; compárese 41. 2. 19). El ropón que los soldados llamaban *lender* continuaba lo mismo; sólo las mangas variaron de forma, haciéndolas más ó menos anchas (compárese 37. 7). Se les daba también la forma de saco, cerrado en la parte inferior y provisto de una abertura especial para los brazos (compárese 40. 3); de este modo era necesario llevar otras mangas debajo, que se fijaban al ropón mismo ó pertenecían á una chaquetilla especial interior. La moda borgoñona de rellenar y levantar los hombros con algodón en rama, no obtuvo acogida en Escandinavia ni en Alemania. La gente baja, sobre todo, la rechazó por incómoda y siguió llevando el ropón, que llegaba hasta las rodillas, con una gran abertura en el pecho, y el cinturón correspondiente (30. 1). Como se llevaba poca ropa interior, era más que nunca necesario que las prendas de encima fuesen largas. Por este motivo siguieron llevándose así, aun cuando variasen en parte los nombres. El traje exterior más usual entre ambos sexos, de todas categorías, siguió siendo el ropón completamente abierto por delante y cerrado por un cinturón ó cordón (30. 11. 22). También siguió estilándose el sobretodo cerrado alrededor y abierto desde el cuello hasta el pecho ó con un ojal triangular (30. 2. 4. 5), con mangas moderadamente anchas ó sólo aberturas para pasar los brazos (30. 10) y ceñido al cuerpo por un cinturón puesto á gusto de cada cual (compárese 28. 18. 40. 12). De este sobretodo, cerrado y sin mangas, se formó el llamado *tappert*, que en lo sucesivo estuvo muy en boga (compárese 40. 14). También se estilaba abrir el *tappert* haciendo un corte desde los hombros hasta abajo (compárese 40. 15), de modo que resultaba completamente abierto por los lados. Así lo llevaron centenares de años, como prenda de ceremonia, los príncipes (43. 7), que lo adornaban con cuello ancho de pieles de armiño, cerrado alrededor (compárese 37. 3. 4. 43. 21) ó abierto también por delante (32. 31). El *tappert* se cerraba con un broche por debajo de los sobacos (30. 13). Llevábase esta prenda de diferente largo y á gusto de cada cual, y lo mismo con cuello alto (30. 13) que con capucha (compárese 40. 15. 43. 21). Hasta entrado el otro siglo siguieron estilándose todas las formas de la mencionada prenda.

Como abrigo usábase, principalmente entre marinos, un cuello ancho, y á veces dos, uno encima de otro (32. 26). El sombrero era el tocado preferido; los había más ó menos puntiagudos y de alas grandes (30. 1; compárese 48. 5), había también gorras cónicas con ala vuelta hacia arriba (30. 4. 7. 22. 29), y por último, una especie de sombrero llamado *chaperon*, que en lugar de ala tenía un reborde redondo como

un burlete, rodeado de cinta de seda, que pasaba también por debajo de la barbilla (32. 8; compárese 40. 21) sosteniendo el sombrero, ó colgaba con una punta á cada lado. Existían varias formas de *chapèron* (compárese 40. 1. 3. 9. 14. 41. 13). La gente del pueblo conservaba la antigua capucha, sola ó con la gorra de costumbre por encima (30. 10. 32. 1. 6. 7). El calzado consistía en zapatos puntiagudos, tan descotados por los tobillos que el contrafuerte y las palas estaban unidos tan sólo por la suela (30. 16 á 21). Usábanse igualmente botas bastante altas y vueltas en su parte superior (32. 2. 7. 10) que se llamaban *calzones cortos*, de cuero, para diferenciarlas de los verdaderos calzones de esta especie.

En la segunda mitad del siglo xv el traje era más abigarrado que antes, y su estrechez fué aumentando tanto, que forzosamente tenía que tomar otro rumbo. Así vino la moda del siglo xvi, que fué completamente distinta. No sólo se estrechaba y se acortaba mucho el ropón, sino también se acolchaba (32. 17). Como con estas prendas, que parecían camisas de fuerza, llegábase hasta á perder el aliento, se le daba al jubón una gran abertura por la que salía á bullones la camisa. Al mismo tiempo empezóse á hacer el sayo algo más largo que hasta entonces (30. 12. Fig. 14. 9. 10); pero ya no cuerpo y falda de una pieza. Las mangas de forma de saco desaparecieron del *tappert* (compárese 40. 8) y las reemplazaron otras abiertas y moderadamente anchas. Más adelante fué alargándose la abertura del pecho hasta la boca del estómago; se fueron poniendo botones; llevábase cuello vuelto (30. 6) generalmente de pieles, y por último, abrióse el *tappert* á todo lo largo, se dispuso para abrochar y se le dotó de un cuello vuelto cuadrado (compárese 41. 11). A fines del siglo xvi el *tappert*, abierto por delante, tomó el nombre de *schaube*. Las otras clases de *tappert* abiertos por los lados siguieron estilándose (compárese 41. 8. 16). El tocado también era el mismo. Las personas de alta alcurnia rodeaban el sombrero con una corona (30. 12). Los zapatos, puntiagudos siempre, tenían suelas de madera.

Pocos documentos son los que nos dan á conocer el traje femenino durante el siglo xv y la mayor parte son de origen extranjero. Durante algún tiempo siguieron en uso las prendas que se llevaban al final del siglo anterior. Los artistas de entonces adaptaban gustosos el traje de la época á sus Vírgenes y santos (30. 32). Las ropas interiores, como las exteriores, iban muy ceñidas al cuerpo y á los brazos (compárese 40. 19. 20). El jubón se cerraba en la espalda con cordones. Las prendas subían hasta el cuello ó tenían un descote que dejaba al aire el cuello y parte del pecho y de los hombros. Si el descote bajaba en punta hacia la cintura, se le proveía de cuello vuelto, más ancho por detrás que por delante. El cinturón llevábase por debajo del pecho. Sucedió con frecuencia que sobre la pieza de cuerpo no se ponían más que la capa. Las mujeres recatadas cubrían el descote con la camisa, que subía hasta el cuello (30. 32). La capa solía tener cuello, como otras prendas de encima (compárese 40. 20), y las mujeres la reemplazaban con el *tappert* de diversas formas (compárese 40. 23). Los ropones llevaron con el tiempo, en lugar de mangas estrechas, mangas colgantes muy largas (compárese 40. 16. 18. 22. 23). Además de los tocados que se estilaron antes, las mujeres casadas empezaron á llevar las *hullen* ó *kruseler*, que eran unas tocas que rodeaban la cara con un grueso volante muy bien plegado (compárese 36. 17. 19. 21. 40. 17. 19). Estaba también muy en boga, además del *kruseler*, el *henin*, tocado cónico de punta aguda ó truncada, con un velo sostenido por alambres dispuestos expresamente para el caso (compárese 40. 20). Más importante fué la transformación que experimentó el traje femenino en la segunda mitad del siglo xv; en las prendas exteriores sobre todo fué generalizándose el cuerpo y la falda separados en lugar de unidos como antes. Si el cuerpo era corto se usaba cinturón y si era largo se dejaba suelto. El descote bajaba hasta la cintura tanto por delante como por detrás (32. 27; compárese 42. 3), y según la honestidad y discreción de la persona, exponíanse á la vista pecho y hombros ó se cubrían con la camisa. Las mujeres de humilde condición como las sirvientas cubrían el descote con una pañoleta (compárese 42. 7). A la vez que estos vestidos escotados, siguieron llevándose cerrados hasta arriba (compárese 42. 1. 2). Se presume que en Escandinavia se puso en moda lo que aún existía en Alemania en el siglo xvi, y era sacar del delanterero

del vestido una tira de tela y reemplazarla con otra de color diferente, bastante más ancha y que formaba pliegues, con la cual cubrían el descote (compárese 42. 4). A fines de siglo aparecieron trajes más amplios que formaban en el pecho varios pliegues que se agrupaban debajo de la barba, donde se les sujetaba con un broche (compárese 42. 6). Había mangas de muchas formas: las anchas llegaban á menudo al suelo (compárese 42. 2. 4); las estrechas, que eran las preferidas, sólo alcanzaban hasta la mitad del antebrazo (compárese 42. 11. 13). Cuando eran más largas solían ir abiertas por varios puntos, especialmente en los codos, de cuyas aberturas salían bullones de tela blanca, raras veces de color (compárese 42. 8. 9). Al mismo tiempo que éstas, llevábanse también las mangas llamadas de saco (compárese 42. 4). En los ropones se suprimieron las mangas, según la moda francesa é inglesa del *surcot*, pero de las anchas aberturas para los brazos salían las de la prenda de debajo, abiertas también por varios sitios y con bullones (30. 31). Entre las mujeres de elevada posición se estilaba además, según moda borgoñona, un corpiño sin mangas muy abierto por los lados y guarnecido de pieles ó de ancha pasamanería de azabaches (32. 27). En cuanto al tocado, de pocos dibujos disponemos para estudiarlo, pero se supone que las mujeres escandinavas no adoptaron las varias formas que en Alemania se sucedían, sino que se limitaron á llevar tan sólo un pañuelo doblado y atado por debajo de la barba y que cubría los hombros, á uso de las alemanas del Sur, á las que imitaban con preferencia; las sirvientas llevaban una especie de cono sin punta y por encima una tela transparente que, en forma de paraguas, bajaba sobre la frente y caía por detrás (compárese 42. 7). Estampas escandinavas que, al parecer, proceden de los Países Bajos, nos dan á conocer tocados de otra especie, como una gorra redonda muy ceñida (30. 31) con un remate á modo de diadema, adornado con colgantes y discos repujados que cubrían las sienas. El pelo lo llevaban trenzado y enroscado atrás (32. 27). En aquella época aparecieron los velos largos y transparentes sujetos en la nuca. Las estampas de la segunda mitad del siglo XVI (31) demuestran que la gente del campo usaba varias clases de tocados especiales, procedentes de los vecinos pueblos eslavos; pero en cuanto á la manera de vestir, casi siempre se ajustaba al gusto indígena. Modas que en otras partes ya no se estilaban, restos de trajes que ya no llevaba nadie, estaban en boga en Escandinavia, adaptados á las necesidades del país y provistos de adornos nuevos ó antiguos. A esta variedad de trajes hay que agregar los que desde el Mediodía se iban introduciendo en las grandes poblaciones. De esta mezcla resultaron los trajes populares escandinavos del siglo XVI, de los cuales, el único que no ha sufrido variación alguna es el de las regiones polares, por causa del clima y de las necesidades que acarrea. Es el único resto de la antigua vestimenta escandinava.

Los *laponés* (31. 1. 2), raza pequeña, parecida á la de los mogoles, de ojos rasgados, piel amarillenta y pelo negro y lacio, vestían, entonces como hoy, sayos, pantalones y gorras ó capuchas, todo de paño en verano y de pieles en invierno. Aunque durante nueve meses del año el suelo de aquel país está cubierto de nieve, hace, sin embargo, en verano un calor tan fuerte que en él los laponés van descalzos (31. 1). En invierno llevaban entonces zapatos largos y de suela plana, puntiaguda y de pico encorvado como un cuerno, lo que les facilitaba el andar por el hielo y la nieve. Para cazar, sus armas predilectas eran el arco con flechas de pedernal. Hace medio siglo los laponés usaban aún armas y herramientas de piedra. Las mujeres vestían como los hombres. El día de la boda se ponían varias faldas, unas encima de otras (31. 2), adornadas con muchas pieles de armiño ó con tiras de paño de varios colores. La prenda de encima era corta, con mangas anchas y picos por abajo, sujeta en la cintura y con un adorno en el cuello de planchitas caladas y perlas de las que se encontraban en aquellos ríos. Como tocado usaban un sombrero de cuyas alas colgaban colas de animales salvajes ó trozos de pieles, cortados en forma de hojas. Entre los habitantes del Norte el más antiguo es el *finlandés*, de pelo rubio, rojizo ó completamente rojo. Se visten, por lo general, con pieles como los laponés. En lugar de pantalones llevaban medias de pieles (31. 3), sujetas á las piernas por correas, y en la cabeza gorro de pieles también. Para andar por

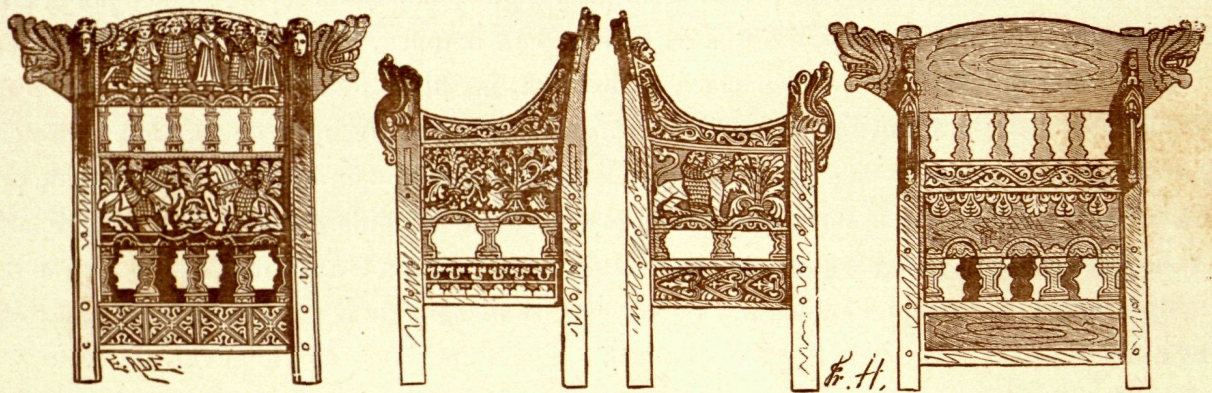
la nieve usaban el mismo calzado que los lapones; sus armas se reducían á arco, flecha y espada. En aquellas regiones polares, donde el día y la noche duran seis meses, los *biarmeses* ocupan el tiempo en la caza y la pesca (31. 4. 5). Su traje, también de pieles, era anteriormente bastante parecido al finlandés, con la única diferencia de que se ponían á modo de capa una piel con la cabeza del animal correspondiente. Los hombres acostumbraban envolverse la cabeza con un trozo de paño (31. 5) que caía por los lados, y las mujeres (31. 4) llevaban sombrero de piel con dos cuernos delante. Ambos sexos usaban el arco y la ballesta, armas favoritas de los países septentrionales. También las tribus de raza germánica que habitaban en aquellas tierras invernales veíanse obligadas por el rigor del clima á vestirse con pieles. Sus ropas eran parecidas á las de los campesinos del siglo XIII. El *neerlandés* (31. 6) usaba medias y pantalones cortos de pieles ó cuero, ceñidos, aunque cómodos; sayo, que llegaba hasta las rodillas, guarnecido de pieles por arriba y por abajo, y con cinturón, gorra redonda y baja con guarniciones de lo mismo, que caía sobre la frente, y zapatos sujetos en el empeine con correas. Los *noruegos* vestían de un modo análogo (31. 7), pero por estar más en contacto con las grandes poblaciones seguían en algo las modas urbanas. Sus pantalones de piel eran largos y algo ceñidos; sus sayos, sujetos por el cinturón, cerrados, con una abertura en el pecho que se cerraba con botones, y con el borde recortado en tiras largas. Como arma de caza usaban el hacha y la ballesta; las flechas solían ser puntiagudas ó de hoja ancha, y mejor servían para aturdir á los animales que para matarlos. A fin de no perderse en los caminos durante la temporada en que es siempre de noche, plantaban de trecho en trecho trozos de roble podrido, que brilla en la oscuridad. En la Noruega central el vestido de las mujeres tenía el cuerpo separado de la falda (31. 10), según costumbre establecida en el siglo XV. El cuerpo era sin mangas y con gran descote, que se cubría con la camisa. La túnica era de bayeta; las mangas de la camisa, anchas, se estrechaban hacia las muñecas. Usábase delantal, y del cinturón colgaba una bolsa con los avíos de costura. En la cabeza llevaban una gorrita redonda. Durante sus noches, de meses enteros, se alumbraban con astillas encendidas, que sostenían con la boca. Para sustituir las que se consumían, llevaban en el delantal una provisión de ellas.

Conforme se avanzaba hacia el Mediodía, se notaba el influjo de la moda (32. 28 á 30. 45. 46). El modo de vestir de aquellos pueblos era en general el mismo que el de los alemanes, y está por lo tanto descrito en el artículo correspondiente. En cuanto á particularidades del traje masculino, carecemos de datos; no así del traje femenino. El de novia de las jóvenes de posición, en el Sur de Noruega (31. 8. 9), era igual en la segunda mitad del siglo XVI al que se usaba en Alemania en el primer tercio del propio siglo. Las láminas de la época demuestran que las modas que habían caído en desuso en Alemania, seguían llevándose en Suecia y Noruega por espacio de algunos años. Trajes alemanes que pertenecen al siglo XV se encuentran sin variación en las escandinavas del siglo XVI (32. 1 á 26). Volviendo al traje de novia en Noruega, añadiremos que se ponía en la cabeza una guirnalda de hojas y flores parecida á la corona de azahar que aun se usa hoy día. Las mujeres de Laalandia y Gothlandia (31. 11 á 14) llevaban las faldas hasta media pierna y se sujetaban el vestido por debajo del pecho con un cordón ó un cinturón. La falda iba unida al cuerpo, que tenía mangas cortas ó largas ó carecía de ellas, y la orilla inferior solía llevar un adorno de pedazos de terciopelo de diversos colores. Las mujeres de la clase media poníanse para calle un pedazo de tela alrededor de las caderas en forma de casaca (31. 11), en los hombros una manteleta con cuello y capucha, y en la cabeza, con el pelo corto y suelto, una gorra redonda con alas vueltas, formadas por pedazos de telas de colores. Las medias eran de piel, los zapatos bajos y acoplados á la forma del pie. En Laalandia las jovencitas llevaban los domingos y días festivos falda con mangas cortas (31. 13), adornada por abajo con una tira ancha de terciopelo de colores, con cuello de oro ó plata, cerrado por delante con un botón, ó como adorno en el pecho (2. 83. 84. 28. 17), que aun se estila, un disco de cobre ó plata sobredorada, prendido á un trozo de lana encarnado, con dobleces que forman



una estrella. Al atavío dominguero pertenecía entonces un trozo de tela adornado de colores, doblado y sujeto debajo del cinturón, del que colgaba una bolsa y un cuchillo. Las mangas de la camisa iban atadas á las muñecas, y el tocado se componía de una gorra chata, algo más ancha por arriba que por abajo y con una pluma. Las prendas principales, en Laalandia, para un traje de novia (31. 14), eran: corona y sayo de seda, raso ó tela fina, resto del primitivo *tappert*, que se hacía de dos pedazos cuadrados que colgaban por delante y por detrás y se abrochaban en los hombros. La corona de novia era de hojas de cobre repujadas y doradas. Las que se estilan aún en Suecia son bastante altas, de metales ordinarios y piedras falsas, en lugar de oro, plata y piedras preciosas. No por esto deja de haber coronas finas y de valor. En Laalandia hay amatistas pálidas, topacios blancos y otras piedras duras, que á pesar de su corteza gris brillan mucho. Las novias de familia aristocrática vestían á la moda alemana (31. 12). Entonces se llevaban las prendas de encima abiertas por delante y cerradas en la parte de arriba; se suprimían las mangas ó eran muy cortas y raras veces completas ó colgantes. Llevaban además capa corta, con mangas ó

Fig. 15



aberturas para los brazos, según el gusto de cada cual. En la estación fría añadían á esta prenda un cuello tieso, forrado de pieles. Había una variación de esta capa, llevada con preferencia por las matronas suecas (31. 10), que llegaba hasta el suelo y tenía medias mangas ó aberturas para los brazos. También se usaban entonces gorgueras. Las matronas llevaban en la cabeza sombrero de color, no muy alto. La corona de novia era alta, dividida en dos «cúpulas,» una encima de la otra, y con una corona muy linda sobre la cúpula superior. El traje de fiesta en las provincias del Sur era parecido al de novia de Laalandia (31. 14. 17). Las mujeres de baja estofa usaban capa forrada de pieles y sombrero de hombre (31. 15). Se conservan estampas del traje que llevaban las criadas en Dinamarca, Pomerania y sobre todo en Dantzig (31. 20), que se componía de falda y cuerpo separados, la primera hasta los tobillos y de paño gris ó de otro color oscuro. Usaban también delantal de paño burdo con tiras sencillas como adorno. El cuerpo tenía cuello cerrado por delante y gola rizada.

Algo hay que decir también sobre el traje femenino que estaba en moda en aquel tiempo en Lituania y Livonia (31. 18. 19. 21). La falda y corpiño eran prendas diversas, siendo el último (31. 19) abierto hasta la cintura y estando la abertura cerrada con cordones por encima de la camisa; la capa llegaba al suelo, tenía cuello alto y era de paño adornado con cordones encarnados y verdes; la gorra parecía una mitra pequeña. Las mujeres distinguidas vestían á la alemana, con sayo largo, abierto totalmente por delante (31. 18) y capa corta encarnada. El tocado consistía en un sombrero punteado, del que colgaban pieles que envolvían el cuello y la cabeza, dejando el rostro como si asomase por una tienda de campaña. También usaban las mujeres de buena posición falda hasta los tobillos (31. 21), con tiras de colores por adorno, cuerpo con descote triangular y medias mangas con varias aberturas oblicuas. En lugar de delantal usaban un pedazo grande de paño. Por último, llevaban sombrero cónico, rodeado de tela en forma de turbante.

Los arreos de guerra en los países escandinavos eran casi los mismos que en Alemania, Francia é Inglaterra. Las variaciones que con respecto á los otros se notaban, no eran suficientes para darles carácter nacional, así es que para tener conocimiento de los mismos bastará leer el capítulo siguiente. Poco es lo que ha quedado en cuanto á utensilios escandinavos de la Edad media; servían casi todos para los templos y eran por lo general de carácter romano ó gótico. Sin embargo, el estilo del país persistía, á despecho de los estilos extranjeros. Los objetos del culto y las vasijas de uso común, con sus bellos enlaces de cintas y sus figuras de animales fantásticos, han llegado á nuestros días. Donde más se nota el estilo puro del país es en algunos sillones de madera de los siglos XII y XIII (3. 21. Fig. 15), en una silla islandesa del siglo XV (3. 22) y en algunas cajas de madera ó hueso.

Fijémonos en el interior de una vivienda de aquellos tiempos. Se reducía á una habitación con un recinto anterior que servía de paso ó de corral para las gallinas. El techo lo formaban las vigas y el tejado y las paredes carecían de ventanas. La luz penetraba por una claraboya que se cerraba con una puerta corrediza, formada de piel transparente sujeta á un bastidor de madera. Para abrirla y cerrarla había un palo, que colgaba en la habitación, al alcance de las personas que allí vivían. El piso era de tierra; los días de fiesta lo cubrían con hierbas y flores y en invierno con una capa de heno. Para alumbrado y calefacción se valían del fuego de un hornillo ó de trozos de leña que encendían sobre un montón de piedras. En estas habitaciones, que eran más bien chozas, vivían todos reunidos, y en invierno se acurrucaban alrededor de la lumbre, colocándose las gallinas sobre las vigas y paseándose las ratas con la mayor familiaridad. Los asientos estaban colocados á lo largo de las paredes y unas veces eran fijos y otras transportables, y cada uno solía tener un cajón que no se cerraba. El dueño de la casa disponía de un sillón de preferencia más alto que los otros. Cuando no había más que bancos, se le ponían al del jefe dos maderos debajo para distinguirlo. También había taburetes de tres pies. La mesa era un tablero rectangular sobre unos pies clavados en el suelo. El tablero solía tener de largo lo ancho de la habitación y se podía quitar cuando no se usaba.

Las gentes ricas cubrían el tablero con un paño, y tenían además unas mesitas para vasos y vasijas. Los bancos servían de cama; el dueño de la casa y su mujer se echaban en el sitio de preferencia, y los niños y criados en otros, sobre los que había esparcidos paja ó heno. Para arroparse se ponían pieles. Cuando llegaban huéspedes que habían de pernoctar en la casa, lo cual ocurría en invierno fácilmente, porque los caminos estaban cubiertos de nieve, se les ofrecía el suelo limpio ó se les disponía una cama sobre la mesa. En las viviendas ricas había alcobas especiales, separadas del resto de la habitación, con camas bien arregladas, ó se colocaban éstas en medio del aposento, puestas en alto, como el mueble más importante del mismo, y para subir á ellas solían ponerse taburetes. La cama consistía en una capa de paja, encima una cubierta de paño, sobre ésta un almohadón y por encima de todo una manta de lana ó una piel de oso. Cuando la cama estaba separada del resto de la habitación, lo era por medio de cortinajes ó de tableros de roble con su puerta correspondiente. La parte superior ó cielo de la cama estaba también cubierto. Además de los padres dormían en estos lechos algunos de los hijos y en ocasiones los huéspedes. Los niños pequeños dormían en camas de madera. La habitación donde estaba la cama era á la vez sala y comedor. En las paredes había tapices y en el suelo una especie de tosco mosaico de piedras chicas formando dibujos. El resto del mobiliario se reducía á varias cajas, bancos y cofres de viaje y jarrones, huchas, botes con bálsamos y joyeros. Como ya hemos indicado al principio, servíanse para alumbrarse de pedazos de madera encendidos; más adelante emplearon lámparas de aceite, faroles y candeleros con velas.

En las casas de mediana posición se hallaban telares, ruecas, husos, bastidores, peines para cardar la lana, y también instrumentos de música, á la que eran muy aficionados. En ninguna de aquellas habitaciones faltaba el arpa, ni dejaba en ellas de adorarse á los dioses y de rendirse culto á la poesía. Ignórase

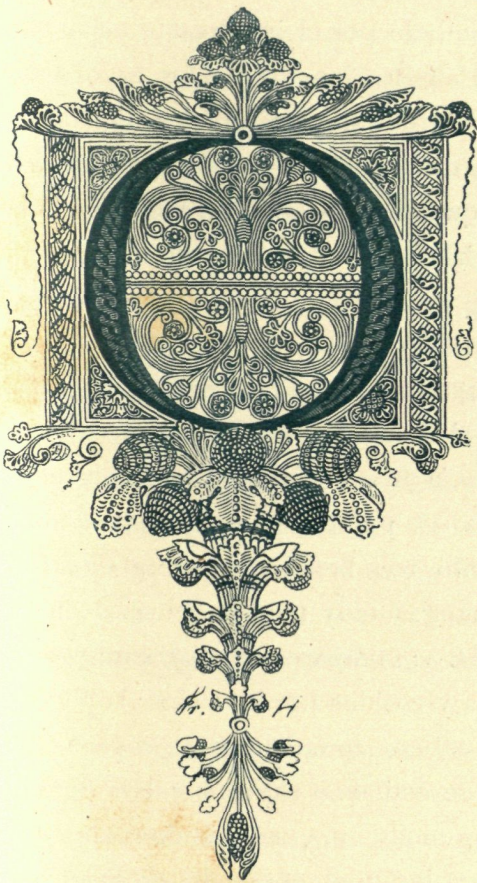
cuál era la construcción primitiva del arpa. En el siglo XII entraron en Escandinavia los instrumentos musicales que se usaban en Alemania. Los juegos preferidos eran los dados y el ajedrez; las figuras de este último representaban reyes, sacerdotes, guerreros á caballo y amazonas, toscamente talladas en marfil ó hueso. Había gran afición al baile y al juego de bolos, pero su ocupación favorita era el manejo de las armas, que servía para desarrollar el cuerpo. Las armas de caza más usuales eran arcos ó ballestas con flechas de hoja ancha ó puntiaguda (compárese 31. 7) y lanzas; éstas servían para caza mayor, sobre todo de osos. Usábase también el lazo, la red y el reclamo. Los aparatos de pesca se componían de anzuelos, cordeles, cuchillos, arpones, tridentes de punta retorcida y redes tejidas con correas.

Cultivábase poco la agricultura, y los aperos de labranza eran muy sencillos. Conocían la hoz y el arado, del que sólo se conserva un hierro corto (1. 44). Los medios de transporte se reducían á coche y trineo. El primero era una caja cuadrada con dos ó cuatro ruedas y una tela por encima como toldo, y el trineo, dos maderos largos y curvos, unidos por travesaños, con un cajón encima para sentarse. Este cajón solía á veces tener forma de barco, con respaldo y antepecho muy altos.

El sistema de enterrar era igualmente muy sencillo. Cuando se quemaban aún los cadáveres, no había más que el montón de leña y la urna para guardar las cenizas. Hasta la era cristiana existió la costumbre de abandonar á merced de las olas, en un barco al que prendían fuego, los cadáveres de los guerreros y marinos, con sus armas, joyas y caballo favorito. Cuando se introdujo la costumbre de enterrar los muertos, se usaban como ataúdes troncos de roble vaciados. Más adelante se construyeron estos ataúdes por medio de tablas que formaban cajas como las del día.

## II

## Los alemanes



BJETO la mujer de veneración sin límites, á juzgar por los cantos y poemas, en los florecientes y caballerescos siglos XII y XIII, lo cierto es que su predominio era sólo aparente. Los tiempos hay que juzgarlos más por sus leyes que por sus poesías, y las leyes de entonces, por igual delito y en iguales circunstancias, condenaban con más rigor á la mujer que al hombre. El culto que á la mujer se profesaba era puramente amoroso, y con frecuencia se aplicaba á las casadas como á las solteras. Sólo se guardaba respeto á las mujeres nobles. A las de los siervos y de los judíos apenas se las consideraba como seres humanos. Por este motivo el traje de los caballeros y varones de posición tomó en el siglo XIII carácter femenino. Llevaban el rostro afeitado, rizado el pelo y larga hasta los pies la túnica, mientras que el traje del pueblo conservaba la forma heredada de lo antiguo. Los menestrales seguían usando sayos, sujetos por cinturón, que llegaban ó pasaban un poco de las rodillas (33. 1. 2. 9). Las gentes pobres iban con las piernas al aire (33. 1); las que eran un poco más acomodadas llevaban

aún los antiguos pantalones anchos de hilo, tal como los habían estilado los suevos (10. 3. 4. 6. 11. 19). En Friedlandia se llevaban correas que rodeaban los muslos (34. 21) y también medias largas ó polainas que cubrían al mismo tiempo los pies y se sujetaban con unos cordones al cinturón. Como calzado usaban zapatos hasta los tobillos ó medias botas (34. 6). Cubríanse rara vez la cabeza, y cuando lo hacían era con una gorra ceñida y sujeta por debajo de la barba (fig. 16. 7. 8). Los sajones y frisios seguían con su sombrero de paja (34. 23). Los siervos llevaban el pelo corto y los labradores algo más largo.

El traje de los caballeros y magnates se componía de camisa, calzas con zapatos, sayo, capa y sombrero. En la Edad media la camisa era prenda exterior, como el sayo y la capa; reemplazaba á aquél para andar por casa y se quitaba por la noche. No sucedía como ahora, que se considera á manera de forro del resto del traje, y hasta época muy avanzada, fué prenda de lujo en las mismas casas de los potentados. La reina Isabel de Inglaterra no poseía más que seis camisas, y Luis XIV tenía muy poca ropa interior. La camisa no se generalizó hasta el siglo XVIII. En la Edad media, ya lo hemos dicho, servía de traje de casa y acostumbábase á meterla dentro de las calzas (11. 14). Los antiguos pantalones de tela no se estilaban ya entre las clases elevadas. El sayo se ponía encima de la camisa, y como ésta, por la cabeza; ceñía bastante y con pocas arrugas la parte superior del cuerpo; cuando era más hol-

gado, tenía en el cuello una jareta por la que se pasaba una cinta, con la cual se fruncía (33. 5. 11). El sayo se ensanchaba de la cintura para abajo y llegaba hasta los pies sin cubrirlos (33. 8. 11. 19). Las mangas, por la parte baja, eran bastante estrechas, anchas por arriba y se cosían á los costados del sayo. A juzgar por las estampas de la época, llevábanse también unas aberturas triangulares para pasar los brazos, por lo cual el sayo aparecía muy ancho de los hombros; solía tener mangas cortas que dejaban ver las de la camisa (33. 5) y se ceñía por medio de cinturón. Para ir de caza ó para manejar las armas se recogían los faldones, los metían en el cinturón y los dejaban caer, por encima del mismo, formando bullones (figura 16. 1).

Lo mismo el sayo del pobre que el del rico estaba abierto por abajo y dividido en faldones; en cambio, el de los esclavos carecía de ellos. La ley determinaba que el rico lo dividiese en cuatro y el pobre sólo en dos. Estos sayos, llamados *geren*, habían llegado á ser un símbolo por el importante papel que desempeñaban. El despojarse de los *geren* equivalía á renunciar á algún bien. Como los sayos eran generalmente de tela fuerte, que parecía cuero, resultaban prenda hereditaria; era muy estimada en las familias, y se la consideraba digna, aunque estuviese muy usada, de llenar una misión religiosa. En los testamentos de la Edad media hállanse con frecuencia cláusulas que dicen: «Dejo mi mejor sayo (el negro, el encarnado, el azul) á la casa de Dios N., para que con él se haga, para salvación de mi alma, un tapete de altar.»

Ya á fines del siglo XII aparecieron varias formas de sayos y de sobretodos que se ponían en lugar de capa. Existía un sayo ancho, sin mangas (33. 6. 25), que solían usar también los guerreros por encima de la armadura (33. 18), para evitar que el reflejo de la luz sobre el metal bruñido dañase á la vista, que llegaba hasta media pierna y se sujetaba con el cinturón. Hacia fines del siglo XIII solía tener mangas hasta el codo; iba abierto por delante hasta los muslos (33. 18), y andando el tiempo se abrió hasta la cintura (33. 21). Raras veces se adornaba esta prenda; cuanto más, llevaba el escudo de armas de su dueño. Otro de los modelos de sayo era con capucha y mangas muy anchas y más ó menos largas, en cuya costura solía haber corte para los brazos (33. 8. 34. 5; compárese 6. 23); esta prenda llevaba el nombre de *kappe*. Sayo y capucha eran de una sola pieza y cosidos por los lados; la persona que llevaba sayo de éstos con la capucha caída, resultaba con la cabeza completamente tapada. Los pocos adornos que se usaban se fueron suprimiendo y únicamente se estilaban sayos y calzas de diferentes colores ó de telas rayadas. Esta diversidad de colores en las prendas fué extendiéndose, de modo que todas las clases de la sociedad vestían de la misma manera. Hasta la última época de los Staufén, la gente del campo vivía holgadamente, por lo cual el hijo de un labrador vestía mejor que un guerrero pobre. Llevaba sayo con mangas anchas (34. 6), forrado y guarnecido de pieles, cuello con botones, sombrero, guantes, y á veces también espada y espuelas. Pero pasado aquel período, la pequeña nobleza fué elevándose y prohibió, sobre todo en las comarcas austriacas, que usaran los plebeyos ropas cortesanas y de colores vivos, como rojo, azul y verde. Como entonces el blanco era el color de luto y el amarillo el de los judíos, no quedaba para escoger más que negro, pardo ú otras tintas indeterminadas. No hay que creer, por lo expuesto, que el traje de aquella época fuera muy abigarrado. Los únicos que usaban con predilección los colores vivos eran los músicos, los bufones (34. 7), los marinos, los guerreros y algunos otros.

Habíase generalizado la capa en el Norte de Alemania, y, por razón del frío, hasta los aldeanos se cubrían con ella (34. 10. 13), mientras que en el resto del país no la llevaban más que los nobles. La capa era rectangular entonces ó semicircular, y no se prendía exclusivamente, como antes, en el hombro derecho, sino que se colgaba de entrambos (33. 4. 5) y se sujetaba por debajo de la barba con un broche ó, á menudo, con un cordón sencillo ó doble que cruzaba el pecho (33. 11. 19. 21. 25). La capa era prenda de significación legal, porque quien quería adoptar ó legitimar un niño no tenía sino que cubrirlo con la capa.

Esta costumbre era propia de todos los países germánicos; sólo en el derecho escandinavo había una excepción, pues en Suecia y Noruega se ponía al niño sobre el regazo.

Como calzado llevaban zapatos bajos y medias botas, aunque éstas rara vez, por considerarlas ordinarias. Entre las clases acomodadas fué generalizando la costumbre de cubrirse la cabeza. A fines del siglo XII ya se le había agregado un ala al sombrero cónico, recogida por detrás y completamente recta por delante (11. 17. 33. 7). Este sombrero se guarnecía con pieles ó se cubría de plumas de pavo real (figura 16. 11); los duques añadían al sombrero un aro de forma parecida á una corona. También solía llevarse gorra de casquete redondo y ala ancha y levantada (34. 2), así como otra que, en lugar del casquete, tenía una especie de manga que caía sobre el hombro (34. 4), y una tercera que llevaba prendido al casquete un paño corto que cubría la nuca y los hombros como si fuera un velo (fig. 16. 9. 10). Por influjo de la mujer, las barbas, que rara vez llevaban los hombres en el siglo XI, desaparecieron casi por completo en el XII y XIII, y se dejaron largo el cabello, que desde la época de los carolingios usaban corto. La cabellera se dividía por una raya en el medio (33. 11) ó se cortaba por la frente en línea recta (33. 4 á 6). Estaban muy en boga las pomadas y las tenacillas, y para sujetar el pelo, cintas, aros y guirnaldas (33. 13. 16. 17. 19). Los guerreros nobles se cortaban el pelo como los esclavos, para demostrar que eran siervos de sus damas. Al equipo de un hombre distinguido pertenecían también guantes y escarcela. Los guantes eran de forma de manopla (33. 3. 7. 34. 5) y se llevaban para viaje y caza. La escarcela, ó bolsa de tela fuerte ó de cuero, se sujetaba al cinturón por unos cordones largos (33. 7. 34. 35).

En el siglo XIII el traje, así masculino como femenino, sufrió bastantes reformas. Las damas usaban camisa ó bata con camisa más corta debajo, sayo, capa, tocado y calzado. La camisa, que también servía de prenda de casa, era muy larga, ceñida de los hombros á las caderas y más ancha por abajo; sus mangas eran largas y estrechas. En las señoras de alguna categoría esta prenda era de hilo fino ó de seda blanca ó de color: adornaban el escote y los puños con tiras de colores ó galón de oro; la llevaban con cinturón ó sin él; á veces no se ponían encima más que la capa (33. 13 á 15); á veces también poníanse debajo otra camisa ya más corta, ya del mismo largo y corte y de mangas más estrechas (33. 12). Del cinturón colgaban las llaves, símbolo de la representación de la mujer en el hogar. Una buena ama de casa no dejaba las llaves ni en el lecho de muerte, y en ocasiones se la enterraba con ellas. Únicamente en caso de divorcio tenía que restituirlas al marido.

La prenda de abrigo experimentó transformación completa; se suprimieron las mangas, y como las de la camisa eran anchas, se ponían postizas, para poderlas mudar sin necesidad de mudarse de camisa. El citado sobretodo, que desde el siglo XI ceñíase cada vez más al busto, al perder las mangas se subdividió en varias prendas de distinto corte, conocidas con el nombre genérico de *suckenie* y cuyo origen se ignora. Hubo dos hechuras de *suckenie*, que se llevaron indistintamente durante algún tiempo. Ya era un ropón largo y cerrado, con aberturas para los brazos, que ceñía el cuerpo por arriba (11. 28) y se ensanchaba hacia abajo (fig. 16. 5), ya, muy ancho en los hombros (33. 16), cubría hasta el antebrazo y luego se estrechaba de tal modo, que abierto por los lados caía en dos piezas como delantales. A fines del siglo apareció una nueva hechura, que siguió llevándose hasta ya entrado el siglo XIV, sobre todo por las jóvenes:



La prenda de abrigo experimentó transformación completa; se suprimieron las mangas, y como las de la camisa eran anchas, se ponían postizas, para poderlas mudar sin necesidad de mudarse de camisa. El citado sobretodo, que desde el siglo XI ceñíase cada vez más al busto, al perder las mangas se subdividió en varias prendas de distinto corte, conocidas con el nombre genérico de *suckenie* y cuyo origen se ignora. Hubo dos hechuras de *suckenie*, que se llevaron indistintamente durante algún tiempo. Ya era un ropón largo y cerrado, con aberturas para los brazos, que ceñía el cuerpo por arriba (11. 28) y se ensanchaba hacia abajo (fig. 16. 5), ya, muy ancho en los hombros (33. 16), cubría hasta el antebrazo y luego se estrechaba de tal modo, que abierto por los lados caía en dos piezas como delantales. A fines del siglo apareció una nueva hechura, que siguió llevándose hasta ya entrado el siglo XIV, sobre todo por las jóvenes:

Era un vestido dividido en dos piezas también, las cuales se abrían de los hombros á las caderas en forma de arco (36. 12), dejando libres los costados y quedando cerradas por el borde. Estiábanse por entonces algunos trajes femeninos, de los que no nos quedan más que los nombres. A lo que parece, todas las prendas derivaban del *suckenie* y se llevaban sueltas, esto es, sin cinturón.

La capa conservaba su forma semicircular y su antigua manera de ponerse sobre los hombros, sujeta por un broche por debajo de la barba (compárese 36. 17), ó más generalmente con un cordón sencillo ó doble que cruzaba por lo alto del pecho (33. 13 á 15) y en el que apoyaban dos dedos de la mano derecha para que la capa conservara su posición, mientras que con la otra mano la recogían para que no arras-trase. La mujer que renunciaba á la herencia de su marido echaba sobre la tumba de éste su capa ó su cinturón. Llevaban el pelo suelto, según antiguo uso germánico (11. 28. 33. 15. 35. 1 á 5), ó lo dividían en trenzas que envolvían de arriba abajo con cintas de distintos colores ó con cordones de oro (11. 23). Otro de los peinados consistía en echar el pelo hacia atrás, liso y recogido en la nuca por una gorra ó una red (33. 15). Persistía igualmente la costumbre carlovingia de ponerse á la cabeza un pañuelo fino, en forma de velo (33. 12. 15), denominado *rise*, palabra indudablemente derivada del latín *theristrinum*. Para sujetar el cabello empleaban cintas sencillas ó aros de tela ó metal, y á veces guirnaldas de flores naturales puestas sobre el mismo pelo ó sobre la toca ó *rise* (11. 28. 33. 13. 15. 16. 34. 1). El aro de metal adoptaba varias formas, ya de corona (33. 1. 34. 3), ya de diadema, ya de guirnalda de flores (11. 28). También para sujetar el peinado usaban una especie de birrete, en cuya orilla superior, si son exactas las estampas que poseemos, había una guarnición de piel (35. 2. 4. 5). Lo mismo la cinta ó aro referidos, llamados *schapel*, que este birrete, denominado *gebende*, prendíanse por medio de una cinta blanca atada por debajo de la barbilla. El *schapel* lo llevaban generalmente las solteras jóvenes, y el *rise* y el *gebende* las casadas. Como, en las estampas, á causa de las largas camisas que se llevaban, el calzado apenas se ve, se supone que consistía en zapatos bajos.

El traje de los dignatarios del Estado no tenía formas determinadas; los emperadores y reyes de aquella época aparecen en las estampas con los trajes usuales de la misma (34. 35): ropa interior larga, sayo sin mangas, con bolsa y cinturón, y capa, forrada de armiño, con cuello que se podía subir y bajar. En un bajo relieve en mármol de fines del siglo XIII (34. 37 á 40), que representa la coronación de un emperador alemán, lleva éste sobre la capa cuello cerrado. La estola y la cinta ancha, que cruzaba el pecho (14. 10), no tiene explicación en ninguna de las estampas de fin del siglo XIII. El citado bajo relieve nos da á conocer el traje que usaban entonces los príncipes electores, ó *kurfuersten*. Representa á los *kurfuersten* eclesiásticos con sayo largo y á los *kurfuersten* seculares con sayo corto; todos con el mismo cuello en la capa, como el emperador, y con la capucha de la prenda de debajo por encima de todo. Los sacerdotes llevaban casquete y los demás capucha ó la gorra de costumbre. En las estampas de los manuscritos, capa y gorra son encarnadas, aunque este color no era general. La gorra que se usaba entonces, de ala ancha y vuelta y cubierta de pieles (34. 2), vino á ser más adelante el birrete usual de los *kurfuersten*. La servidumbre de palacio se distinguía por los trajes, que eran de los colores del escudo de su señor; el bufón, según unos versos de aquella época, llevaba un cuclillo en el extremo de la capucha y las calzas de cuero peludo. También los empleados municipales deben de haber llevado la ropa de los colores de la población á cuyo servicio estaban.

En el siglo XIII el traje guerrero sufrió pocas variaciones. Siguieron dominando las lorigas de anillas y escamas; aquéllas cosidas sobre cuero ó tela en sentido perpendicular ú horizontal, y de modo que, puestas en fila, siempre cubrían la mitad unas á otras. Con esta malla reforzaban sayos, calzas y capuchas, las cuales, una vez caídas, sólo dejaban al descubierto la parte del rostro comprendida entre los ojos y la barba. Los guantes iban con frecuencia unidos á las mangas (33. 18). A fines del siglo XII se empezaron á guarnecer las armaduras con tiras de cuero, alternando con anillas (8. 20. 23). Para forro

servíanse de una especie de coraza rellena, llamada *gambeson*. Resguardaban también las piernas con almohadillas de cuero rellenas de crin. Eran aquellas armaduras tan pesadas y fatigosas, que mataban más hombres que el enemigo. Por esta causa fueron poco á poco desapareciendo, y ya á principios del siglo XIII llevaban casi todos los guerreros de alguna posición lorigas de cadenillas, compuestas de anillas metidas unas dentro de otras; así eran las calzas (33. 18. 20 á 21) y el sayo con capucha (33. 21. 21). Las mangas se prolongaban formando estuches para las manos, con uno especial á veces para el dedo pulgar. Según las estampas de la época, ya existían guantes con los dedos separados (fig. 16. 6). A fines del siglo la túnica de mallas fué acortándose y reforzándose con piezas de armadura especiales, de cuero prensado ó hierro estampado (33. 20. 22). Este fué el principio de la completa transformación que durante los siglos XIV y XV sufrieron las armaduras de anillas, reemplazadas por las de planchas de hierro. Para impedir que se caldeasen y que su brillo dañase á la vista, se usaba una sobrevesta llamada *schapperun*, sin mangas (33. 18. 23. 24), abierta por delante y por detrás y á veces por los costados. Era del mismo color que el campo del escudo de armas del guerrero, y á fines del siglo se la adornaba con el escudo mismo. A la par que la armadura de anillas, siguió llevándose el *jazeran* ó jubón cubierto de escamas, puestas á modo de tejas y amoldadas á la forma del cuerpo. En la cabeza se ponían la capucha del camisote de mallas y debajo una gorra guatada, atada por debajo de la barba, ó un casquete de hierro. En batallas ó juegos belicosos llevaban sobre la capucha de anillas, en lugar del casco cónico que se estilaba antes, otro cilíndrico, liso por arriba y á veces redondeado (6. 22. 20. 22), que encerraba toda la cabeza y tenía unos agujeros para los ojos. Estos cascos, ya conocidos á fines del siglo XII, fueron en el XIII des- arrollándose hasta quedar completamente cerrados. Tenían visera, descansaban sobre el cuello y se sujetaban por debajo de la barba con un pasador de hierro. A fines del citado período se fué dando á este casco, con igual anchura por abajo, forma más puntiaguda por arriba (28. 25. 26), y para librarle del calor del sol se le cubría. Como adorno solían ponérsele cuernos, alas, manos, pies, molinos de viento y objetos los más extravagantes y fantásticos.

Al terminar el siglo ya no se usaba la capucha, sino almete puntiagudo (33. 20), el *bassinet*, que dejaba libre el rostro é iba sujeto por detrás á la coraza con cordones. Los zapatos, en que remataban las calzas de mallas, iban provistos, según la moda de la época, de picos de uno á dos pies de largo. También se usaba zapato de pico, sin suela, hecho de cuero con planchitas de metal, soldadas unas á otras (35. 22). El gran escudo del siglo XII, que se solía colgar del cuello por una correa, resultaba demasiado pesado para cabalgar y fué reemplazado por otro más chico de forma triangular (33. 20. 24. 25) llamado *écu*, plano casi siempre, y que se llevaba al brazo. La espada, de doble filo y de aguda punta, fué alargándose hacia fines del siglo, hasta llegar desde la cadera al suelo. La barra horizontal de la empuñadura fué doblándose por ambos lados hasta la hoja, siendo ésta la forma característica de las espadas del siglo XIII (28. 22 á 24). Entonces empezaron á sujetarse con hebillas espada y puñal. La lanza conservaba su antigua forma; el palo tenía unos doce pies de longitud. A la par que estas armas, manejábase entonces la espada de torneo (que solía utilizarse en las batallas), con puño de hierro, á modo de disco, que iba en disminución hacia ambos lados, siendo el centro la parte más gruesa.

También por entonces se sustituyó el aguijón de la espuela por la ruedecilla de puntas, si bien las espuelas de rueda eran ya conocidas en el siglo IX, según han probado los objetos de esta especie encontrados en la tumba de Bernardo, desgraciado sobrino de Luis el Bondadoso. Las sillas de montar tenían los arzones muy altos, para proteger los riñones y el bajo vientre del jinete, y el de detrás tenía unas piezas á ambos lados que resguardaban los costados del que montaba (35. 8. 9. 19). El estribo conservaba su forma triangular. La guarnición del caballo se componía de cabezada, cincha, cadenilla, bridas y bocado de barra. Las cinchas solían adornarse mucho, forrándolas de terciopelo y poniéndolas flecos, campanillas y adornos por el estilo. Sobre la armadura de hierro solía ponerse una gualdrapa de tela rica,



bordada, guarnecida de galón y con rosetas de metal. Había igualmente armaduras completas de anillas para caballos.

El traje del siglo XIV, al revés del que predominó en el XIII, demostraba tendencia á estrechar; pero hasta treinta años después siguiéronse llevando las prendas largas y con grandes pliegues, que recordaban el clásico ropaje romano, del que procedían. No hubo otra variación en estas prendas más que abrirlas desde el cuello hasta abajo por delante, abrochándolas con botones ó corchetes. Este corte delantero es, por decirlo así, la línea que divide el traje moderno del antiguo. Mediante él ya no se ponía la túnica por la cabeza, sino por las mangas. Entre los años treinta y cuarenta del siglo, fué extendiéndose por Alemania la moda de las ropas estrechas, procedente de Francia; se hicieron también más cortas, con botones y recortadas á pedacitos en las orillas (36. 7. 14). Los jóvenes elegantes llevaban la ropa tan ceñida al cuerpo que no hacía ni una arruga y tan corta que no llegaba ni á las rodillas (36. 10. 18. 55. 14. 16; figura 20, 1 á 3). El sayo solía ir abierto por delante hasta el pecho ó la cintura, y con frecuencia hasta abajo, á los lados por la parte inferior y en la de atrás de las mangas, desde los codos hasta las muñecas, todo ello abrochado con botones. A veces las mangas bajaban hasta la mano en forma de puños (36. 8. 10. 18) y se adornaban en los hombros con retales ó cordones largos y borlas que caían por detrás casi hasta el suelo (36. 18). La túnica era, como hemos dicho, tan estrecha, que apenas podían los que las llevaban adoptar otra postura que en pie, y embarazaba mucho para los ejercicios guerreros; así el correr como el saltar ó el lanzar algún arma, eran cosas imposibles para aquellas gentes, que tenían que mantenerse tiesas como palos. Aquella especie de camisa de fuerza se llamaba *schecke*. El sayo vulgar (36. 14) era más largo y se llamaba *wams*. Los hombres dedicados á la milicia poníanse sobre la coraza la *schecke*, que en tal caso se llamaba *lendner*. En la segunda mitad del siglo XIV, la *schecke* de los guerreros ó nobles se componía de dos sayos, uno encima de otro: el de debajo con mangas largas y capucha, el de encima con mangas que al principio no pasaban del codo (36. 18) y luego llegaban por delante á la sangría y por detrás caían á menudo hasta el suelo; los jovencuelos muy á la moda las forraban de sedas ó pieles y llevaban los bordes de las mismas recortados (36. 8. 11). El número de botones fué asimismo objeto de la moda; tanto, que había quien llevaba quinientos ó seiscientos. A pesar de lo ceñido del traje seguía llevándose cinturón, si bien como adorno, formado de planchas de metal, y no por encima, sino por debajo de las caderas, donde se sostenía mediante unos corchetes invisibles (36. 8. 10. 11. 18). El cinturón había adquirido ya tal importancia, que servía de distintivo entre la gente de guerra; de él colgaban la bolsa y el puñal (36. 7. 9. 14. 52. 19. 20).

El pueblo trabajador no podía usar el *schecke*, que apenas dejaba respirar, y siguió gastando el ancho y cómodo sayo de costumbre. De esta suerte, la holgada túnica, que en el siglo XIII fué privilegio de los señores, era entonces distintivo de la clase baja. También hubo un cambio semejante en la capucha, antes propia de los monjes y plebeyos (y sólo para caza ó viaje de gente noble), que se generalizó entre las personas de elevada posición. Esta capucha se formaba anteriormente casi siempre del sayo, haciéndose ambas cosas de una pieza (fig. 19. 1), cosida á los lados y con una abertura para la cara. En la época de que tratamos varió y se hizo prenda independiente (fig. 19. 2 á 4), ya con una abertura desde la barba hasta el borde, cerrada con botones (capucha abrochada, 36. 10), ya abrochada toda por delante, de modo que era menester abrirla cuando se quería hablar, comer ó beber. La tendencia dominante á que el cuerpo pareciese más largo de lo que era, hizo que se alargase también la punta de la capucha, que caía por detrás como una cola (36. 8. 10). La orilla inferior se llevaba con preferencia cortada á picos (36. 11) y á veces también la que rodeaba el rostro. A fines del siglo XIV esta prenda se generalizó entre todas las clases sociales, incluso las menos respetadas, como la de los bufones, que la han usado hasta los tiempos modernos.

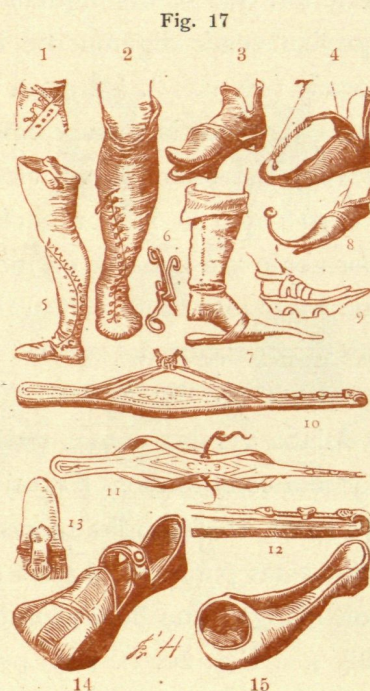
En la primera mitad del siglo XIV se usaban calzas ó polainas de cuero ó punto de lana y, según

se desprende de las estampas del siglo XII, en algunos puntos seguían llevándose los antiguos pantalones de lienzo (11. 19), anchos como sacos, cosidos por el borde. Se infiere que existían aun en el siglo XIV, á juzgar por unas líneas de la *Crónica de Limburgo*, en la que se dice: «En estos días (del año 1362) desaparecieron los grandes y amplios pantalones y las botas.» Si aquéllos no hubiesen dejado de llevarse, las autoridades de Constanza no hubieran tenido que quejarse de lo mal que los hombres se cubrían alguna parte del cuerpo. Esta queja, además, permite suponer que las calzas que se usaban en lugar de los antiguos pantalones, no estaban lo bastante unidas para cubrir la parte media del mismo. Las costumbres fueron relajándose, de modo que en el siglo XV sólo las gentes ricas, cultas y decentes, se cuidaban de unir y coser la parte superior de las calzas. Para caza, especialmente, se usaban polainas de cuero hasta más arriba de la rodilla, dobladas y abrochadas en la parte superior y desde la rodilla á los tobillos cerradas por hebillas y correas. Había otra clase de polainas (fig. 17. 5) que llegaban hasta la mitad del muslo y se abrochaban desde la rodilla hasta el empeine.

Cada hebilla se componía de dos piezas (fig. 17. 1. 6): una con el gancho, cosida interiormente á un borde de la abertura, la otra cosida al borde opuesto, por fuera. Los siervos y cazadores llevaban polainas de cuero, llamadas *ledersen*, que dejaban libres las rodillas. Las había cortas y largas; aquéllas usábanse aún en el siglo siguiente y las segundas dos siglos después (48. 5. 60. 15). El calzado propiamente dicho llevábase menos que antes en la segunda mitad del siglo XIV; sobre todo no se solían llevar suelas más que en las plantas de las calzas. Los zapatos eran cerrados hasta los tobillos ó abiertos y provistos de tiras estrechas en los costados, que se abrochaban sobre el empeine. Siguiendo el uso de que pareciese el cuerpo muy alto y esbelto, hacíaase también cada día más puntiagudo el calzado, de modo que á fines del siglo el traje de los hombres terminaba en picos, como rabos, en la cabeza, en los brazos y en los pies. A menudo el traje era todo de un color, desde la punta de la capucha hasta la punta de los pies; otras veces de varios colores vivos, colocados de modo que los que iban juntos destacasen mucho y que los que en un lado estaban arriba, estuviesen en el otro abajo; también solía llevarse cada calza de un color. La tela preferida era lana fina, de color escarlata, café, verde, azul, blanco y negro.

Poco á poco fué dejándose de llevar capa; conservaba su forma antigua semicircular y se cerraba en el hombro derecho con un broche ó, según la moda, con varios botones (36. 4. 14). También se usaban abrigos redondos con un agujero en el centro (41. 6), ó abiertos por delante y abrochados; con agujeros á los lados para pasar los brazos (33. 6. 52. 4. 55. 5. 24) ó abiertos del todo (37. 2 á 4. 40. 15. 41. 8). En el siglo XIV este sobretodo llevó el nombre de *tappert* y varió mucho de forma. Las mangas eran largas ó cortas, estrechas ó anchas, y hasta de forma de saco (40. 8). El *tappert* llegaba al suelo y algunas veces estaba abierto por delante desde el cinturón hasta abajo (37. 6). Los jóvenes llevaban esta prenda, pero sólo llegaba á las rodillas. Además de la capucha aparecieron á fines del siglo otros tocados que describiremos después.

El corte de la barba y del pelo varió en un sentido más natural comparado con el de antes. Desde el tiempo de los carlovingios se usaba poco la barba y hasta hubo épocas en que era deshonoroso dejársela, por lo cual se prohibía á los criminales que se la quitasen. En tiempos posteriores este adorno masculino recobró sus derechos y fué moda toda la barba ó perilla. El emperador Luis el Bávaro (38. 16. 18) era lampiño, pero sus sucesores llevaban barbas. El pelo, antes muy largo, se fué acortando y se usó muy cuidado, con raya y rizos. Sólo los presuntuosos seguían llevando el pelo largo como las mujeres. Hacia fines del



siglo XIV ambos sexos adoptaron la moda de las campanillas, que se generalizó mucho. Ya en el siglo anterior las usaban los guerreros jóvenes; en el *Parsifal*, el paladín Segramors sale con muchas campanillas y Ulrico de Liechtenstein cuenta de un señor Ilsung que llevaba encima quinientas. Este adorno era, sin embargo, exclusivo de los nobles; de aquí la frase que se repetía entonces en Alemania: «Donde están los señores, suenan las campanillas.» Cuando se generalizaron fué á fines del siglo XIV, que se ponían en el cinturón, en unos colgantes especiales de los hombros (37. 6. 7), en las orillas de los vestidos, en la punta de la capucha, en los zapatos y hasta en los rabillos de la guarnición de armiño. Aunque acusaba distinción el llevar campanillas, no se ignoraba que era ridículo, y por esto se decía: «Cuanto mayor es el loco, mayores son las campanillas.»

El traje femenino, como el masculino, conservó hasta mediados del siglo XIV las formas del siglo anterior, que se distinguían por su comodidad y holgura (36. 3. 16); ya entrado el XV, las mujeres que querían vestir dignamente las siguieron llevando. Las únicas reformas que introdujeron fueron en el tocado (40. 19. 20). La masa general de la población seguía, desde mediados de siglo, la moda francesa, que exigía que la ropa se ceñese mucho al cuerpo, desde los tobillos para arriba. Hasta entonces se había llevado así, bien que sin violentar las formas naturales del cuerpo; pero á partir de dicha época se consideró como la mayor perfección el talle delgado, y empezaron á estrecharse los trajes por arriba y por abajo y á ponerse en moda los descotes. La ropa interior se descotaba bastante (fig. 20. 7. 9. 10), pero fué bajándose tanto con el tiempo, que las autoridades se vieron precisadas á determinar con exactitud las dimensiones del escote. El vestido, por lo demás, se ceñía mucho al cuerpo por delante y por los costados; por detrás solía sujetarse con cordones y por abajo iba ensanchándose por medio de cuchillos y dejaba ver las puntas de los pies. Las mangas ceñían hasta las muñecas (36. 5. 12. 20) y á veces las cubrían como puños. El traje, en su conjunto, se componía de pieza delantera y pieza trasera, cosidas á los lados, con mangas rectas de una pieza, con la costura por detrás hasta el codo, y desde este punto dispuestas para abrocharlas (36. 20). La prenda de encima era casi de la misma forma, pero más larga y con mangas que llegaban por delante á la sangría y por detrás continuaban con una tira desde el codo (36. 2. 5. Fig. 20. 1). Esta prenda era tan larga que para andar había que recogerla (52. 29), y á fines del siglo la cola tenía de cuatro á cinco varas y era preciso que alguien la llevase.

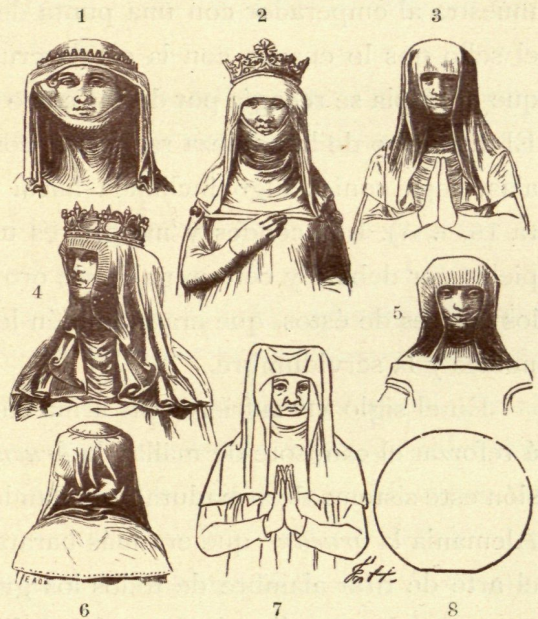
Generalizóse por entonces mucho una prenda parecida al antiguo *sukkenie*, llamada *surkot*, sin mangas, abierta por los lados hasta las caderas (36. 12. 52. 22), formando arcos grandes; era ceñida en lo alto y más ancha hacia abajo, y durante corto tiempo se llevó también abierta á derecha é izquierda y de abajo arriba. El *surkot* se forraba en invierno de pieles de colores y en verano de seda. La moda del *surkot*, todo de pieles, como en Francia, no debió de extenderse en Alemania. Tampoco se llevaba allí el cinturón tanto como en Francia, y á veces se lo ponían las mujeres rodeando las caderas como los hombres (36. 20). En cambio, las damas de alcurnia usaban más que los hombres la capa (*hoike*), que adaptaba la forma de un cuarto de círculo, con la punta cortada paralela á la orilla inferior, mediante lo cual se colocaba sobre los hombros, sujetándola por debajo de la barba (36. 20). En ocasiones se le aplicaba al descote un cuello derecho, bajo (36. 19). Las mujeres usaban también en lugar de capa el *tappert* en todas sus formas, y tal como los hombres se lo ponían. La *gugel*, especie de capucha, era entonces el tocado favorito de las mujeres (36. 15. 52. 31), pero en la segunda mitad del siglo XIV las casadas empezaron á llevar otra, la *kruseler* ó *hullen*, cofia de tela blanca muy ceñida, que formaba alrededor del rostro como un marco, mediante una especie de volante rizado ó encañonado. Estos volantes se convirtieron en artículo de lujo, aumentando su número hasta el punto de componer un borde muy grueso, cuyas puntas caían sobre los hombros (36. 17). A esta cofia solían agregarle las mujeres una pieza aparte para cubrir el cuello y la barba (fig. 18. 1 á 7), que tenía en el borde inferior otra tira encañonada (36. 21. 37. 1), en cuyo caso se ponía encima y no debajo de la capa. Al principio esta toca era más bien

propia de las viudas, pero más adelante se extendió y generalizó su uso. Otro tocado también en boga era un velo corto, que por delante cubría la frente hasta las cejas y por los lados caía sobre la gorguera ó *guimpfe* (fig. 18. 1. 2). En el último tercio del siglo XIV recogíase el velo debajo de la barba (fig. 18. 3 á 5) y se sujetaba con agujas á la *guimpfe*; era completamente redondo, y sólo en la parte que circuía la cara tenía un corte recto (fig. 18. 8) que solía plegarse. A fines del propio siglo acostumbrábase á llevar sobre el *kruseler* otra toca rectangular, doblada y algo enrollada por el doblez, que se ponía sobre la frente (37. 1).

Las jóvenes no usaban estos tocados, y siguieron llevando largo tiempo las guirnaldas y los aros del siglo anterior, dejando, como antes, el pelo suelto. A fines de siglo empezaron á peinarlo en trenzas como las casadas, y á dejarlas colgantes ó enroscadas á los lados (36. 5. 15). Las jóvenes que debían jurar ante un tribunal, juraban por sus trenzas, y antes del juramento examinábanse éstas para ver si eran legítimas; pues entonces, como ahora y como en todos tiempos, las mujeres de poco cabello lo reemplazaban con postizos. Al prestar dicho juramento tenían que envolver con sus trenzas la mano izquierda y colocar ésta sobre el pecho, mientras ponían la derecha sobre el bastón de mando del juez que tomaba el juramento. Las mujeres de Suabia no envolvían la mano más que con una trenza, porque solían llevar una sola de todo el pelo. El calzado femenino era en aquella época como el de los hombres y remataba por delante en pico.

Muy pocas fueron las señales que en el siglo XIV distinguieron el traje de las diversas clases. Los únicos que habían de diferenciarse en la manera de vestir del resto de la sociedad eran los judíos, á los que les estaba mandado llevar prendas largas, con una rueda ó un cuadro encarnado ó amarillo sobre el pecho ó un hombro de la capa (29. 15). Estaban también obligados á llevar sombrero cónico ó torcido, como un cuerno, de los mismos citados colores (compárese 11. 22). La diferencia de trajes entre los obreros dependía del oficio, y la prenda común característica era el delantal (55. 23). Desdeñando las transformaciones de la moda, los sabios conservaban la majestuosa vestimenta del siglo XIII, ó sea, ropón holgado y cerrado que llegaba hasta los pies, con abertura en el pecho, y mangas largas y bastante anchas; cinturón y capucha completaban el traje. Si los sabios aceptaban algo de la moda, era con moderación (compárese 36. 9). Se infiere que se les distinguía de los demás ciudadanos por los colores de las prendas. El traje oficial de las autoridades municipales era el mismo de antes, pero á mediados de siglo sufrió algunas variaciones, sobre todo en las grandes ciudades. En Augsburgo los concejales usaban anchos ropones negros guarnecidos de pieles oscuras, gorras negras ó sombreros planos y calzas con suelas. Los empleados inferiores llevaban el traje ordinario, pero con los colores municipales ó con el escudo de la ciudad bordado. El atavío de los príncipes no adoptaba en el siglo XIV formas determinadas, pero sí algunos distintivos, ya en uso á fines del siglo XIII, que los distinguían del resto (compárese 34. 40 á 45). El *Balduineum*, manuscrito con miniaturas que el arzobispo de Tréveris, Balduino de Lutzelburgo, regaló á su hermano el emperador Enrique VII (38. 1. 3. 4), nos da á conocer el traje de los príncipes-electores durante la primera mitad del siglo XIV. Allí aparecen vestidos todos de igual manera (37. 3. 4. 38. 3. 4), con largo y ancho ropón de capucha, otro encima más corto, el *tappert*, abierto por los lados, dejando ver el forro de pieles, que también guarnecían la capucha, y gorra redonda, encarnada ó amarilla. El distintivo real consistía en ancho cuello de pieles, por encima del cual venía á caer la capucha. En la catedral de Maguncia hay una escultura de principios del siglo XIV (38. 5 á 7) que muestra con exactitud

Fig. 18



la vestidura regia igual á la de la época anterior (38. 7; compárese 34. 38). En la misma catedral está el sepulcro del arzobispo Pedro de Aspelt (ó Aichspalt) correspondiente al año 1320, donde se ven los retratos de los monarcas Enrique VII, Luis el Bávaro y Juan el Bohemio, coronados por Aspelt. El traje de los mismos es en su mayor parte muy semejante al que estilaban los nobles de aquel tiempo: zapatos y calzas (37. 3 á 5), sayo hasta media pierna, de anchura moderada, con mangas largas y estrechas, y con capucha y capa de corte semicircular, abierta por el lado derecho y cerrada en el hombro. La capucha caía sobre la esclavina de armiño y el escudo del pecho, completando el regio atavío la corona y el cetro. Los príncipes á cuyas efigies nos referimos no llevan barba y sí el pelo largo y ondulado. En un manuscrito del año 1337 vése una inicial con un retrato (38. 16. 17) y un sello que forma un disco de oro (38. 18) nos revela el traje propio de Luis de Baviera. Aquí encontramos por primera vez á un emperador alemán con la estola, que hasta entonces no habían usado más que los dignatarios de la Iglesia. La inicial nos muestra al emperador con una punta de la estola echada por encima del brazo derecho, pero en cambio el sello nos lo enseña con la estola cruzada por el pecho y sin cinturón (38. 19. 50. 19). Es de suponer que la estola se recogía por detrás como por delante, según nos demuestra un sello de Carlos IV (38. 19). El distintivo de la nobleza reducíase, como en el siglo anterior, al tocado; el duque llevaba sombrero con alas, copa cónica algo inclinada hacia atrás y un aro de metal á manera de corona (compárese figura 16. 1. 11). Los condes y margraves usaban gorra redonda y plana (compárese 37. 6), guarnecida de pieles por debajo y con un galón de oro por encima. Distinguíanse también los nobles por sus escudos y los colores de éstos, que eran también los de sus ropas. Escudos y colores usaban igualmente las damas nobles y la servidumbre.

En el siglo XIV sufrieron las armas una transformación radical. A fines del anterior habíase empezado á reforzar el camisote de mallas, la *bruenne*, con pedazos de cuero y planchas de hierro. Siguió en progresión este sistema de armaduras, quedando la camisa de mallas como forro del arnés, y siguió llevándose en Alemania la *bruenne*, que era más barata, porque un ciudadano de Nuremberg, llamado Rodolfo, inventó el arte de tirar alambre de todos los gruesos, y no hubo precisión de que la loriga fuese forjada como antes. La *bruenne* llegaba hasta las rodillas y tenía mangas estrechas ó anchas y cuello alto que resguardaba la barba y el cogote. Se usaba al mismo tiempo una pieza especial que se llamaba *hals-bruenne*, *camail* ó muceta, sujeta por detrás y por los costados al borde inferior del casco, pero no unida al camisote de mallas. Así lo acreditan las estampas de la época, en que se ve á los guerreros con el yelmo en la mano y unido á él la especie de toca indicada, que caía sobre los hombros como el cuello de los peregrinos, dejando libre el rostro (37. 8. 10). Algunas veces tenía un hierro que cubría las narices é iba sujeto al casco (37. 11). Seguía usándose la *bruenne* ó camisote de mallas con capucha y debajo coraza forrada (el *gambeson*), entre la cual y el camisote había una plancha de hierro para proteger el pecho, uso que databa del siglo XIII. Forrábanse las piernas también de mallas que acababan en punta en los pies. Los sitios en que eran más dolorosas las heridas, como los codos, las rodillas, las espinillas, etc., se cubrían con piezas de cuero y correas con botones y con planchas de hierro. Las piezas de codos y rodillas se transformaron á mediados del siglo XIV en codales y rodilleras de hierro, que se ponían sueltas (37. 16. 21). En los hombros se llevaban también discos (61. 10) y en la parte exterior de los brazos planchas alargadas. Al final de los siglos XIII y XIV protegiéronse los hombros con discos especiales, que sobresalían en forma cuadrada ú ovalada (37. 9). El guante, que hasta entonces era prolongación de la manga, se convirtió en pieza suelta de la armadura; era de piel ó fieltro, guarnecido de metal, y los dedos, por la parte exterior, fueron reforzados por planchitas móviles como escamas, de hierro, que permitían el juego de la mano. Según se adelantaba en el arte de forjar el hierro, iban perfeccionándose las manoplas. El calzado se guarnecía de piezas semejantes, que no impedían el movimiento del pie.

La sobrevesta sin mangas, que solía ponerse encima de la coraza y que había sido siempre larga y

con pliegues, siguió el curso de la moda y fué estrechándose y acortándose poco á poco. En la primera mitad del siglo llegaba hasta las rodillas y estaba abierta por delante desde la cintura, y á veces también por los costados. Era de paño y con frecuencia de terciopelo ó seda, y si lo permitían los medios y posición del dueño, se forraba de ricas pieles y se bordaba con el escudo del guerrero. En la segunda mitad de siglo fué estrechándose y acortándose más, hasta ceñir completamente el cuerpo y cubrir apenas los muslos. Entonces se apellidaba á esta prenda *lendner* y ya no era de paño, sino de piel gruesa y flexible, unas veces sin mangas, otras con mangas cortas y abrochada ó sujeta con cordones por delante ó por los costados. La sobrevesta se adornaba en aquel tiempo rica y vistosamente y se hacía del color predominante en el blasón de quien la llevaba. Este blasón iba á veces sobrepuesto en un trozo de terciopelo bordado en el pecho de la sobrevesta, la cual, cuando había de proteger el cuerpo, carecía de adornos y se reforzaba con cuero muy fuerte, chapeado de planchas ó redondeles de hierro. El cinturón era la pieza característica del traje militar del siglo XIV; los que se han encontrado en los sepulcros de la época dan una idea del arte, aunque el resto del traje sea de lo más sencillo. Rodeaba, no el talle, sino la parte baja de las caderas. Antes de que, por virtud de las piezas de hierro sobrepuestas, hubiese perdido la flexibilidad, se cerraba con una hebilla; pero más adelante, al ensancharse y cubrirse de planchas de metal, hubo que cerrarlo por medio de un gran broche.

Los cascos del siglo XIV son de varias formas. El *bassinot* (ó bacinete) sólo cubría al principio la cabeza (37. 8. 11); en la segunda mitad del siglo bajó por detrás hasta la nuca (37. 15 á 19. 21) y tenía á veces visera puntiaguda y saliente que se subía y bajaba (37. 18) ó se abría por el lado izquierdo mediante una charnela (38. 23). Este era entonces el verdadero casco de combate (38. 9; batalla de Sempach). El *topfhelm* (ó casco de olla) se ponía encima del bacinete ó capacete (38. 2; batalla de Ampfing), y al principio no llegaba tampoco hasta los hombros; luego fué prolongándose hasta descansar sobre los mismos y sujetarse en el pecho y las espaldas (43. 16. 17). Tenía para los ojos una abertura ribeteada de latón, agujeros á los lados y á veces un corte en forma de cruz para facilitar la circulación del aire. La parte superior, semicircular al principio, fué más adelante cónica y sobre la misma, esto es, sobre la cimera, se colocaba el emblema del guerrero (37. 20). Este casco era el de los torneos en la Edad media y se le halla reproducido casi siempre en las figuras sepulcrales (37. 18). El *eisenhut* (sombrero de hierro) era de forma de caldera, con borde saliente alrededor; se llevaba ya á fines del siglo XII (20. 18) y siguió usándose hasta el XVII (1). El escudo se parecía al triangular del siglo XIII, era plano (37. 10 á 12), y para los peones abombado. En la segunda mitad del siglo era cuadrangular, pequeño, con los cantos redondeados y con un pasador en el lado derecho por el que se metía la lanza (37. 19). La espada seguía siendo de la forma antigua, algo más larga, con cruz recta ó algo vuelta hacia abajo. De la empuñadura partía una cadenilla con la que se prendía á la coraza ó debajo de la sobrevesta. La vaina iba sujeta al cinturón. El puñal, que se llamaba *rompe-corazas* ó de *misericordia*, tenía la hoja triangular, muy delgada y tan puntiaguda, que perforaba las armaduras fácilmente (38. 30). La lanza continuó siendo de la misma forma y al propio tiempo fué generalizándose el martillo guerrero (38. 34), arma que se llevaba, como la maza, colgando de la silla de montar. La hoja del martillo era de dos filos, de los que uno tenía forma de pico, por lo que se llamó *pico de loro*, si el mango era corto, y si era largo *pico de águila* (compárese 43. 20). La espuela (38. 31 á 33) alargó las puntas de las ruedecillas y las aumentó hasta ocho, y el estribo, antes semirredondo, fué de ángulo agudo; pero más adelante, cuando se usaron las botas, volvió á su antigua forma. La silla protegía por ambos lados la cintura y las piernas del jinete (38. 10 á 12). La armadura de los caballos seguía siendo la misma, pero los caparazones eran más largos.

El siglo XV no inventó ningún traje: se limitó á desarrollar el de la época anterior, haciendo de él

(1) Debió de ser el que en España se llamaba *borgoñota*. (N. del T.)

tantas combinaciones, que resultó por último uno nuevo que, en realidad, ya pertenece al siglo xvi. La variación que se realizó en la primera mitad del siglo xv fué, respecto a los hombres, en el modo de cubrir las piernas. Hasta entonces se habían llevado calzas de lana elástica, de piel ó de paño; las primeras estaban por lo general cosidas por arriba; en cambio las de tela fuerte se ponían sueltas. Ya no se sujetaban estas prendas con cinturón, sino se abrochaban con botones ó cintas á la camisa ó al sayo, sólo por delante, porque eran tan estrechas que de otro modo no hubiera podido inclinarse la persona. Como el sayo era cada vez más corto, fué menester idear un medio para que, con las calzas de cuero ó paño, quedasen cubiertas ciertas partes del cuerpo. Empezóse, pues, á cortar las calzas más anchas por arriba, pero este sistema resultó insuficiente y hubo que adoptar los calzones que usaban los franceses é ingleses. Se unían las calzas por detrás con una cuchilla del ancho suficiente, y delante se ponía una especie de bolsa para colocar los órganos genitales (fig. 20. 19). Esta bolsa se cosía por debajo y por los costados se sujetaba á las calzas por medio de botones. Dominaba entonces la moda de llevar cada calza de color distinto, y también empezaron á usarse telas rayadas. Justillo y jubón sufrieron también transformaciones. Al jubón, que por lo general era holgado y por esto prenda favorita de los trabajadores, se le añadieron mangas anchas (40. 1) que, como las de las camisas de hoy, se ceñían á las muñecas sujetas con unas cintas y formando bullones (40. 2). Empezaron á estilarse las mangas de forma de saco, cerradas completamente por abajo (40. 3) ó atadas con cintas (40. 4) y con unos agujeros para pasar los brazos. Una manga de éstas se componía de dos pedazos de casi el mismo corte, cosidos por delante y por detrás de modo que, al tiempo de hacer la costura, se iba fijando una tira de tela con picos (40. 3). Las mangas de saco, que se ataban por abajo, eran de una pieza y rectas, y la costura venía á caer por delante ó por detrás. Para cubrir del todo los brazos eran insuficientes estas mangas y fué necesario usar además otras que se sujetaban á los mismos sacos, ó bien se llevaba debajo un justillo. También estas mangas se usaban anchas y ceñidas en la muñeca. El cinturón se bajaba hasta el borde del jubón y éste, cuando no se usaba como prenda de trabajo, siguió la moda y se estrechó más y más, lo mismo que el justillo, resultando entre estas dos prendas tan poca diferencia, que con ambas se formó una que no era ninguna de las dos (40. 11). Las ya citadas tenían mangas estrechas, pero aberturas muy anchas para pasar los brazos, de modo que al cortarlas se dejaba por arriba una anchura regular (fig. 20. 6). En los ropones ó sayos empezaron á llevarse cuellos altos (40. 2. 3. 8. 10), y la camisa fué poco á poco adquiriendo importancia.

El *tappert* (ó gabán en castellano), que se empezó á llevar á fines del siglo xiv, procedía del abrigo cerrado en forma de campana que antes se usó, haciéndole aberturas para los brazos ó dejándole abierto á los lados de arriba abajo (40. 14. 15). Los bordes de estas aberturas, así como el interior, se guarnecían de pieles, y el gabán tenía capucha (40. 15) para cuando hacía mal tiempo. La longitud de la prenda era á gusto del individuo; unas veces llegaba á los pies y otras no pasaba de las rodillas. El *tappert* completamente abierto era la vestidura de etiqueta en el siglo xv y aún en el xvi. En este caso el delantero llegaba á los pies y la parte de atrás arrastraba formando cola. Cuando era cerrado tenía mangas de todas formas, tanto rectas (40. 12) como de hechura de saco (40. 3). Estaba abierto por arriba para ponerse por la cabeza é iba provisto de un cuellecito alto (40. 8) ó formaba escote triangular guarnecido de pieles (40. 12). Este gabán, cuando era corto, se ceñía al talle con cinturón, que cuando aquél era largo, sólo rodeaba las caderas. Del cinturón colgaban una bolsa de cuero y un puñal, y también campanillas, que estaban entonces muy en boga.

El calzado se limitaba, por lo general, á suelas para reforzar las calzas, pero también se usaban zapatos con un ribete vuelto á modo de cuello, la mayor parte de cuero blanco (40. 7). A veces llegaban á los tobillos y otras eran tan descotados que el empeine y el talón estaban completamente rectos. En la parte exterior de los talones se ponía una tira de cuero derecha (fig. 17. 13). Por debajo de estas tiras pasaba un cordón que se anudaba en el empeine. Además de este calzado se usaban medias botas ó

borceguíes de cuero flexible, con cordones á los lados para sujetarlas. Siguiéron usándose calzas largas (fig. 17. 5). Todo el calzado terminaba en pico, que se rellenaba y se prolongaba de un modo excesivo é incómodo; las suelas solían ser de madera (fig. 17. 3. 7 á 12). Los cubrecabezas variaban mucho, por más que sus formas fundamentales se reducían á la gorra ó birrete redondo, al *gugel* y al sombrero. El *gugel* sufrió diversas transformaciones, sobre todo en el Sur y Oeste de Alemania, donde preveleían las modas francesa y borgoñona. La masa general del pueblo usaba el *gugel* sencillo, y con frecuencia se ponía sobre él el sombrero (40. 4. fig. 19. 7). Entre la gente acomodada reinaba la costumbre, procedente de Francia, de ponerse el *gugel* á modo de turbante (fig. 19. 5. 8), lo cual ya se hacía en el siglo XIV. Desde 1400 hasta 1430 aproximadamente, se llevó la punta del *gugel* caída á un lado; luego fué adquiriendo hechura fija y se podía poner como sombrero, pero eran tantos los modelos en uso, que el sombrero, por su sencillez, fué al cabo el tocado preferido en aquella época. Se hacía de fieltro negro ó de colores vivos, con la copa no muy alta y el ala ancha y abierta por los lados, de manera que la parte de delante se podía bajar y la de atrás levantarse (40. 4) ó al contrario. Los comerciantes llevaban el ala muy ancha, y la enrollaban de modo que casi cubría el casco del sombrero (40. 15). Los trabajadores usaban gorras redondas, sin visera (40. 2), y la gente joven se ponía, como adorno más que otra cosa, un aro en la cabeza (40. 10) envuelto en cintas de colores y adornado á un lado con un broche ó un penacho. El pelo se llevaba medianamente largo, entre gente de posición hasta los hombros (40. 2. 10 á 12) y con la raya abierta hasta la frente. Los jóvenes solían también rizárselo. Existía aún cierta aversión hacia las barbas, pero se las dejaban los mismos emperadores. Se llevaba terminada en punta ó partida en dos (40. 9. 12).

Fig. 19



El traje masculino, en la segunda mitad del siglo XV, se subdividió en multitud de formas, opuestas entre sí hasta el punto de parecer que cada individuo se vestía á su manera. Las calzas fué lo que sufrió menos variación; siguieron lo mismo (fig. 20. 19), pero algo menos tirantes, gracias á una división en la rodilla que se sujetaba con corchetes. Empezaron también á llevarse calzones cortos ó greñescos, que cubrían el muslo, se parecían á los calzoncillos de baño de hoy y se ponían por encima de las calzas, siendo una prenda independiente de la otra (41. 4. 6). Subsistió la moda de usar las ropas mitad de un color y mitad de otro, telas rayadas y piezas sobrepuestas de colores vivos (41. 9). Las túnicas ó jubones eran caprichosos por extremo; cada cual lo llevaba á su modo, unos estrechos y cortos, otros anchos y largos. El justillo, denominado *schecke*, fué reduciéndose tanto, que por abajo apenas alcanzaba á la cintura (41. 2. 3) y por arriba dejaba los hombros al descubierto. Las mangas se acortaron también hasta los codos. Para que la prenda ciñese bien ya no se hacía la espalda de una pieza sino de dos, con la costura en medio. Por delante se guataba, y para poder respirar bien fué preciso hacer unas aberturas en el pecho y en las mangas, ó quitar por delante y por detrás un trozo de tela hasta la cintura. Las aberturas ó cuchilladas se rellenaban con la camisa ó con bordados (41. 2). Para la distribución de las mismas en las mangas no había regla, y se sujetaban todas por medio de cordones (41. 1. 19 á 21). Este jubón, lleno de cuchilladas y muy descotado, obtuvo gran aceptación, no sólo entre los jóvenes sino también entre las personas de edad madura. El mismo emperador Maximiliano lo usaba, dando lugar á que el predicador Sebastián Brant dijese «que aquéllo era la vergüenza de la nación alemana.» Las personas formales y que gustaban de guardar las reglas de la decencia se cubrían con un



gabán ancho. Mientras los nobles y los ricos procuraban estrechar las prendas de vestir, la gente trabajadora las hacía más holgadas y más cómodas. Generalizóse el uso de grandes aberturas para pasar los brazos, que nació á mediados del siglo (40. 11. Fig. 20. 6), aplicando á la prenda mangas anchas y abiertas (43. 2. 3). La *schecke* se fué descotando igualmente, y se cubría el descote con la camisa. Las faldas de la tunicilla se suprimieron (43. 2) ó se ponían postizas. La costumbre de plegar esta prenda por la espalda siguió dominando hasta ya entrado el siglo siguiente (48. 1).

Las gentes plebeyas de edad madura gastaban chaquetilla (*wams*) abierta por delante (43. 5), ajustada por un cinturón que rodeaba las caderas y con mangas muy anchas; la gente joven y noble la usaba muy ceñida al cuerpo y guatada, y desde la cintura abajo más ancha (fig. 20. 5), con grandes pliegues (41. 15). La falda se ensanchaba por medio de cuchillos (fig. 20. 5). Las mangas, que eran cortas y de picos, se colocaban de modo que la costura quedase debajo (fig. 20. 8). El jubón tenía en el pecho una abertura que se cerraba con cintas, y cuando lo usaba gente de guerra llevaba la falda postiza (43. 6), compuesta de un pedazo de tela cortado en redondo, plegado y sujeto al jubón por fuera ó por dentro. Las mangas en este caso se deshacían en tiras largas, siguiendo el curso de la moda (43. 18), y eran á veces tan largas que pasaban de la mano (41. 8). Llamábanse *pieschen* y se las proveía de una abertura para pasar las manos ó se doblaba hacia arriba lo que sobraba y servía de estorbo.

En las prendas de abrigo pudo observarse también la tendencia á estrecharse ó ensancharse. Los plebeyos y jornaleros adoptaron el *tappert* en forma de gabán medianamente largo, con mangas y cerrado (41. 7. 14); cuando era más corto y abierto por los lados (41. 8) llegaba á las rodillas y tenía aberturas para los brazos (41. 16). Esta prenda se llevaba con cinturón ó sin él, cualquiera que fuese su hechura (compárese 37. 2). Además de las mangas de forma de saco, que se añadieron al *tappert* cerrado (compárese 40. 8), empezaron á llevarse otras anchas, abiertas en los extremos y que parecían también sacos con el fondo rasgado para pasar las manos (41. 7). Todas las prendas se estilaban la mitad de un color y la mitad de otro (41. 18), con los bordes recortados en forma de greca (41. 17. 18), y una porción de retales de colores, sin orden ni simetría, llegaban á veces á cubrir toda la ropa (56. 32).

El *tappert* era una túnica que se ponía por la cabeza y del que provino otro abrigo, llamado *schaube*, abierto del todo por delante, que no había necesidad de ponérselo como aquél y que tenía aberturas para pasar los brazos ó mangas (41. 20 á 23. 47. 1. 2. 4. 8. 10. 12). En el primer caso parecía una capa (41. 21. 47. 1) cuyo vuelo fuese poco más ó menos el de un semicírculo (fig. 20. 11), y en el segundo, cuando las mangas eran largas, abríanseles agujeros para pasar los brazos á fin de ponérselas ó dejarlas colgando, según acomodaba á cada cual (41. 23. 47. 2. 4. 59. 1). Había mangas con dos y más aberturas (47. 12. 50. 3). Al ponerse en moda otra nueva forma de abrigo, fueron desapareciendo las mangas colgantes. El gabán se abrochaba al principio por delante (41. 11), pero más adelante se suprimieron los botones, se abrió la prenda con grandes solapas á lo largo del delantero y se le puso un cuello levantado (41. 20. 22. 23). Cuello y solapas se forraban de pieles y á veces todo el gabán (47. 8), que las personas acomodadas llevaban largo hasta las rodillas ó medio muslo y las de alta categoría hasta los pies. El color era generalmente rojo ó negro; los príncipes solían usarlo morado; rara vez se llevaba con cinturón. El gabán era generalmente de un solo color (56. 17), pero en cambio se adornaban las orillas con telas de colores distintos (47. 1. 2. 4). Hacíase este abrigo de paño, terciopelo ó damasco, según la posición y categoría de quien lo llevaba.

Es difícil recordar la gran variedad de prendas de cuerpo que hubo en aquella época; mencionaremos no obstante, por su originalidad, alguna, como una especie de tunicilla cuya falda, plegada en forma de flautas de órgano (41. 9. 10. Fig. 20. 12. 14), iba ceñida al cuerpo por tiras de tela á picos (fig. 20. 13) que se iban metiendo por otros tantos ojales y que daban así más vuelo ó anchura á la falda (fig. 20. 12). Para adornar el bordè inferior de la misma se hacían unos canutos de cuero ó pergamino, de unos diez

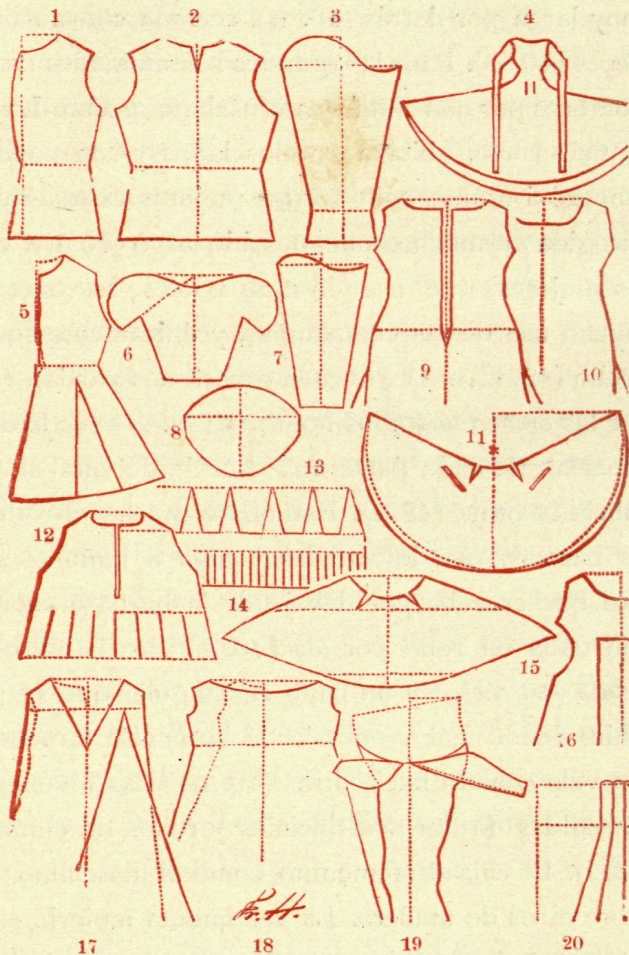
centímetros de largo y unos cuatro de grueso, se rajaban á lo largo por la mitad y luego se fijaban unos al lado de otros (fig. 20. 14). La prenda de esta forma se usaba holgada y con anchas aberturas para los brazos (41. 9) ó con mangas largas y anchas (41. 10), abiertas en los hombros, forradas de otro color, y con canutos también en las orillas. El descote era bastante grande, la abertura del pecho dispuesta para abrocharse, y sobre la costura que unía la falda al cuerpo del vestido se ponía un cinturón.

Los jóvenes ricos usaban capa, tan corta, que más bien que para cubrirse servía para descubrirse. Se hacía de diversas hechuras; la más usual era la redonda, prendida al hombro izquierdo y sujeta al derecho por lindos cordones (41. 1. 47. 16). Así se llevó hasta 1520; Alberto Durero la usó de esta forma. Había otra que cubría sólo la espalda (41. 2. 3. 13) y tenía de anchura un cuarto de círculo, con los bordes superior é inferior paralelos. Por último, había una tercera capa que cubría todo el cuerpo (41. 5. 19. 47. 3), parecía un óvalo alargado (fig. 20. 15), era por detrás bastante más larga que á los lados y se echaba suelta sobre los hombros, porque, por el peso de la parte delantera, podía muy bien sostenerse sola. Por entonces estuvo también en uso el gabán de hechura de campana (41. 6). Para cubrir la cabeza se llevaba el *gugel*, especie de capucha (41. 7. 21. 22), y sombreros de varias formas, diversos colores y distintas materias, incluso pieles. Con las gorras sucedía lo mismo, y la gente joven y alegre se ponía también los antiguos aros pintados de colores y adornados con plumas (41. 5). Con el descote afeminado volvió la moda de las melenas rizadas y caídas sobre los hombros; Durero las llevaba así. Se veían con ese peinado hasta hombres de edad avanzada; cuando faltaba cabello se ponía postizo. La barba se suprimió por completo; el emperador Maximiliano no la usaba, ni su padre Federico III, por más que éste, cuando joven, consideraba la barba como adecuado adorno. El calzado no varió hasta fines del

siglo; por lo general se usaban borcegués puntiagudos con el borde vuelto como un cuello, que dejaban ver el forro, de color distinto del borceguí (43. 2. 4. 48. 5). La moda de las puntas muy largas se prolongó hasta el siglo XVI. El calzado era del color de las calzas y de cuero fino, de terciopelo, seda ó damasco, bordado á veces con perlas y á veces con una campanilla en el pico (fig. 17. 8); si éstos eran muy largos se sujetaban al empeine ó á la pierna por una cadenita (fig. 17. 4). Cuando desapareció la moda el calzado varió radicalmente (47. 1 á 20. Fig. 17. 14. 15) y se empezó á poner tacones á las suelas. Los guantes, que hasta entonces sólo se usaban en las solemnidades, se fueron generalizando entre las personas de posición. La escarcela y la daga colgadas del cinturón continuaron en boga.

Durante la primera mitad del siglo XV, el traje femenino sufrió muchas variaciones. Las plebeyas las seguían con vivo afán, formando contraste con las damas, que vestían con suma sencillez, imitando á las mujeres del siglo XIII, que sirvieron de modelos á los artistas para sus Vírgenes y sus Santas (40. 19. 20). La ropa interior fué la que cambió menos; siguió ceñida al cuerpo y por abajo más ancha. El descote era grande (40. 16) y se sujetaba por delante con cordones (36. 21); las mangas, ceñidas y largas (40. 19), llegaban, como los puños, á la mitad de la mano; algunas veces iban abrochadas por detrás en el antebrazo.

Fig. 14



Gustaban también las mangas anchas ceñidas en las muñecas (40. 16. 18. 22). La ropa interior se llevaba para salir, con otra prenda encima (40. 19). La de este uso tenía aproximadamente el mismo corte, pero era más larga, tanto que formaba cola. El descote era de varias hechuras. Las mujeres circunspectas llevaban el vestido cerrado hasta el cuello (40. 18) ó un poco abierto en punta, con cuello vuelto (40. 20); las aficionadas á las modas se descotaban tanto que la espalda quedaba al aire (40. 16). No se ceñía todo el vestido por igual, y se ensanchaba á veces desde la parte inferior del pecho (40. 18), donde se aplicaba en este caso el cinturón (40. 20). Las mangas eran ya estrechas y tan largas que había que doblarlas por los puños (40. 20. 57. 18. 20), ya largas, pero colgantes, de forma de saco (40. 16. 23) con picos en los bordes (40. 18. 22). La capa, que no solían usar más que las grandes damas, era de corte semicircular, muy larga por detrás (40. 19), cerrada con un broche debajo de la barba y con cuello pequeño muchas veces (40. 20). Para las grandes solemnidades usaban capa de un cuarto de círculo de vuelo y sujeta á los hombros por una cinta que cruzaba el pecho. Las mujeres solían usar también el *tappert*, y especialmente el más corto, abierto por los lados y con cuello ancho y levantado (40. 23) ó capucha. Por entonces empezó á usarse, sólo por las mujeres casadas y para ir á la iglesia, una capa larga, de corte circular y recogida en muchos pliegues á lo largo (40. 17). La moda de los trajes de distintos colores no la aceptaron las mujeres, que, cuando eran nobles, se contentaban con llevar los de sus blasones. Tampoco hacían mucho uso de las campanillas, y únicamente se las ponían en el cinturón ó en una cinta que rodeaba el cuello (42. 4. 11. 15). Jóvenes y matronas partían el cabello en dos trenzas, que caían á derecha é izquierda por las sienes hasta los hombros (42. 27 á 29); lo dividían en dos partes que envolvían con cordones (42. 33) ó hacían de cada parte una especie de caracol, envuelto en redcilla de hilo de oro ó de cuentas, que cubría la oreja (42. 8). Estilábase mucho el rodete adornado de perlas y piedras preciosas, puesto sobre las trenzas, que levantadas venían á juntarse sobre la frente (40. 22. 42. 27 á 29), y rodeado por una toca que cruzaba por debajo de la barba y caía por detrás. Del mismo modo se sujetaba el sombrero, que tenía un rollo por ala (40. 21); los había más sencillos, con el rollo (40. 18), y algunos con el ala rizada (40. 17. 19) y un paño rectangular que se ponía doblado y á modo de tejadillo (37. 1). En el Bajo Rhin; donde más se notaba la influencia francesa, se estilaba la gorra llamada borgoñona, alta, cónica y con velo echado hacia atrás (40. 20). Las jóvenes se adornaban el pelo como siempre, con aros de oro, guirnaldas de flores artificiales y rollos de cintas, con un broche y un penacho de plumas en la frente (42. 4). El calzado femenino, como el masculino, consistía en zapatos más ó menos descotados, montados sobre otros de madera. La vestimenta mujeril, en la segunda mitad del siglo xv, sufrió infinitas transformaciones, sin cambiar por ello su hechura primitiva, ó sea ceñida por arriba y ancha por abajo. La ropa interior siguió siendo la misma, pero el descote y la cola aumentaron de día en día. Las mangas eran también de muy distintas clases: unas anchas y otras estrechas; unas tan largas que pasaban por encima de las manos (42. 2); otras tan cortas que no pasaban del antebrazo. Cuando no las cubría la prenda de encima llevaban almohadillados los codos y la parte posterior (42. 11. 12). Las mangas anchas, al modo de las de nuestras camisas, no se volvieron á usar casi nunca (40. 16. 18. 22). La prenda de encima ceñía hasta la cintura y se llevaba á veces cerrada hasta el cuello (42. 1. 2). La moda exigía que el vestido estuviera muy descotado (42. 4. 9), de modo que cubriese los hombros, pero dejase la espalda y el pecho al aire (42. 8); la exageración de la moda fué tan allá que se abría el vestido desde el descote hasta el talle, prendiéndose la abertura con corchetes (42. 5), y por detrás hasta el cinturón (42. 3), como solían hacer los hombres. En el Bajo Rhin se siguió también en esto la moda francesa. El vestido era bastante alto en los hombros (42. 13) y se abría por delante en punta hasta el talle, rodeando el escote un cuello vuelto que desde atrás iba estrechándose hacia delante hasta desaparecer. Las mujeres que se cuidaban poco de las modas vestían de otra manera. Suprimían los descotes y llevaban cuerpo cerrado por detrás con cordones y cuello alto ó bajo (42. 15). Era costumbre rellenar la abertura del escote con la camisa ó un pedazo de

tela plegada y bordada (42. 5. 7 á 9). Un cronista de la época se expresa así: «Él y ella llevaban preciosas pecheras bordadas con sedas y perlas, y camisas con bolsas para el pecho, lo cual no se había visto nunca.» De lo transcrito se desprende que las camisas entonces venían á ser como las túnicas del siglo XII (fig. 3. 1). El gabán se llevaba ancho de abajo y fué alargándose de modo que para andar era menester recogerlo ó que lo sostuviera un paje; por lo general se recogía al lado izquierdo. Las autoridades permitían colas de dos varas de longitud, pero había quien las llevaba de cuatro y más. En las estampas de la época vése á menudo el vestido plegado por delante, desde el cuello (42. 6. 9) ó el estómago (42. 4). En el primer caso tenía que ser bastante ancho por la espalda (42. 6. 9) para recogerlo por delante en pliegues grandes, estirados hacia arriba y sujetos por un broche; en el segundo se cortaba una tira del delantero y se colocaba en su lugar otra más ancha del mismo color (fig. 20. 16. 20) que se plegaba en lo alto hasta que encajaba bien en la abertura. Otras veces se abría el vestido de arriba abajo (42. 10) y, en lugar de ponerse como una camisa, se ponía como un gabán, que una vez puesto se cerraba por delante. A fines del siglo se empezó á separar el cuerpo de la falda, cortando aparte cada pieza, que se unía por una costura (42. 15). Se usaba cinturón; cuando era para recoger el vestido, alrededor de las caderas (42. 9); cuando no, por debajo del pecho. Las mangas variaban mucho de hechura; si el traje interior las tenía anchas, el de encima no solía tener ninguna, y si únicamente aberturas pequeñas y ovaladas para los brazos. Las mangas eran de corte recto, y no siendo muy anchas tenían una sola costura, que lo mismo se ponía arriba que abajo. Las mangas colgantes (42. 1) y las que tenían un agujero para pasar la mano (40. 23) se usaban poco; en cambio estaban muy en boga las mangas perdidas con picos (40. 18. 22), que solían ser tan largas que arrastraban por el suelo (42. 2); las grandes damas las guarnecían de pieles y las forraban de color distinto (42. 4). En la época en que se separó el cuerpo de la falda, aparecieron unas mangas muy largas y anchas, que cubrían las manos (42. 6. 10. 14. 15). La moda de las mangas estrechas y abiertas fué introduciéndose más y más. Las aberturas se hacían por lo general detrás, ya en el codo, ya en el antebrazo (42. 8. 9); si las mangas eran cortas, en el brazo (42. 11), cogían de arriba abajo y se cerraban por medio de cordones (42. 12). En el Bajo Rhin se llevaban mangas cortas y estrechas que dejaban la mitad del brazo al aire (42. 13). Las obreras las usaban bastante estrechas, por ser más cómodas para el trabajo (42. 7). En cuanto á los colores demostraban las mujeres tener más gusto que los hombres, pues no los ponían diferentes en una misma prenda, y tocante á las campanillas, ya hemos dicho que sólo las usaban en el cinturón ó en una cinta que rodeaba el cuello (42. 14. 15).

Como prendas de abrigo usaban la capa y el *tappert*. La capa era de corte circular, con muchos dobleces (40. 17), y esclavina ó cuello alto guarnecido de ricas pieles (50. 10. 13). El *tappert*, con capucha y abierto por los lados, lo llevaron hasta 1480; luego lo reemplazó otro abrigo de igual forma, pero abierto por delante de arriba abajo y con mangas y esclavina (57. 4).

El peinado consistía aún en largas trenzas (42. 18. 20) ya colgantes, ya arrolladas, ya puestas sobre las sienes hasta tocar los hombros (42. 27 á 29), ya sobre las orejas en forma de espiral. En el Bajo Rhin las envolvían con fundas adornadas (compárese 32. 27) ó con redcillas. Otro peinado consistía en hacer un rodete cónico en lo alto, rodeado de ancha cinta blanca, ricamente bordada con piedras y borlas de oro (42. 11). Con tantos y tan diversos tocados, el pelo quedaba invisible ó poco menos. Su variedad, repetidos, era tanta, que no es posible describirlos, y remitimos al lector á las láminas (véanse 40. 19. 20. 42. 2. 3. 4. 6. 9. 14. 15. 21. 22. 23. 25. 30. 32. 48. 7. 9. 10. 17. 21). El calzado femenino era parecido al de los hombres y, como éste, abandonó al fin la moda de los picos largos. Los guantes de piel ó de seda, bordados y guarnecidos de pieles; las escarcelas colgadas del cinturón con el manajo de llaves; los avíos de coser y el rosario, eran prendas indispensables de las damas de calidad. En el siglo xv se fué acentuando la diferencia de clases, más que en el traje, en los adornos y accesorios del mismo. Los judíos tenían que

llevar aún sombreros amarillos; podían usar abrigos, capas y borceguíes puntiagudos como los cristianos, pero no picos ni campanillas (40. 5 á 7). A los menestrales se les conocía por el delantal (51. 21). Las gentes del campo seguían la moda, pero no sus rápidas transformaciones. Los labradores usaban calzas ceñidas (fig. 21. 2. 4. 6. 7), sayo ó justillo con cinturón (fig. 22. 4. 5. 7), y los domingos y días festivos capa (figura 21. 2. 6). Las labradoras procuraban vestir á la moda, mas para trabajar llevaban faldas más cortas que las mujeres de las ciudades (fig. 22. 1. 2).

Los labradores de ambos sexos procuraban en sus adornos parecerse á los cortesanos, hasta que á

Fig. 21



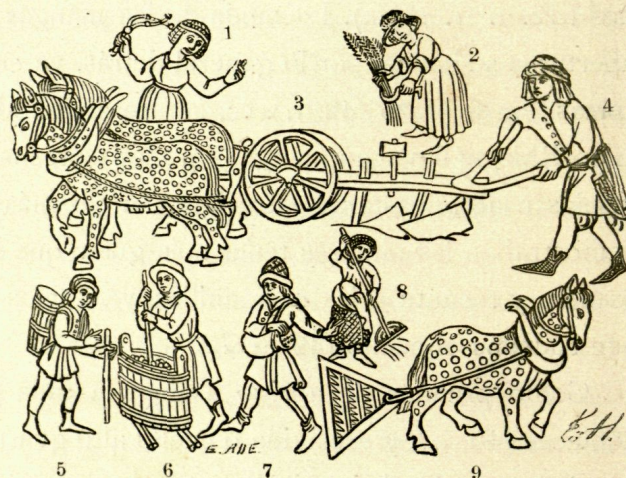
finés del siglo xv se les prohibió por decreto llevar perlas, terciopelo ó seda, oro y prendas de varios colores y de paño que costase más de cinco reales la vara. El traje de las mujeres públicas estaba sometido á reglamentos que variaban según la localidad y la época. En Berlín, en 1486, tenían que llevar la capa en la cabeza ó usarla muy corta. Los ejecutores de justicia iban vestidos

de encarnado, con sombrero alto y blanco de larga pluma roja ó una cinta estrecha, roja también, de puntas colgantes. En lugar de sombrero solían usar gorra blanca y capucha encarnada que terminaba con una borla (43. 5). Los bufones llevaban trajes abigarrados y multicolores; mangas colgantes en forma de saco (54. 18) — una sola, á veces, adornada con borlas y campanillas — y gorra, con campanillas también, cresta y orejas de asno; como arma ofensiva la maza (53. 14).

Los concejales, especialmente los de las grandes ciudades, fueron adoptando poco á poco una especie de uniforme. Los de Colonia llevaban á mediados del siglo xv ropones colorados y negros, mas por lo general vestían de oscuro, de negro sobre todo, y de corte sencillo. La prenda característica de los sabios era un ropón bastante holgado, cerrado alrededor, con mangas largas y bastante anchas (54. 7), abierto en el pecho, con cuello alto además y á veces guarnecido de pieles en las bocamangas y la orilla, ya con cinturón, ya sin él. Hacia fines del siglo se llevaba todavía un ropón abierto por

delante (41. 11) con cuello grande y vuelto. Como tocado se estilaba birrete en forma de gorro turco (54. 7. 60. 2). Los jueces y los médicos vestían de encarnado, los abogados de violeta, y los demás hombres de ciencia, de negro. Los dignatarios del Estado usaban traje especial, según el cargo que ejercían. Los *kurfuersten* llevaban ropón encarnado, abierto por los lados, con capucha (43. 7. 21) y cola, forrado todo de armiño y guarnecido de la misma piel; gorra ó birrete también encarnado, de mediana altura, con el borde de armiño, más alto por delante que por detrás, y como adorno que los distinguía, una esclavina de armiño. A fines del siglo este *tappert* no tenía mangas, sino aberturas para los brazos (50. 12). Los distintivos de algunos cargos se marcaban bordando en la prenda el símbolo de aquéllos. Usábase, por encima de la demás ropa, gran sayo hasta los pies, con mangas muy anchas y con muchos pliegues (compárese 40. 12. 50. 12); también la capa antigua. El atavío de los soberanos varió sobremanera, mas desde la muerte de Segismundo adquirió forma determinada (14. 1 á 11. 50. 19). Los sucesores luxemburgueses de Luis el Bávoro, Carlos IV (38. 19), Wenceslao y Segismundo están representados en los sellos y los

Fig. 22

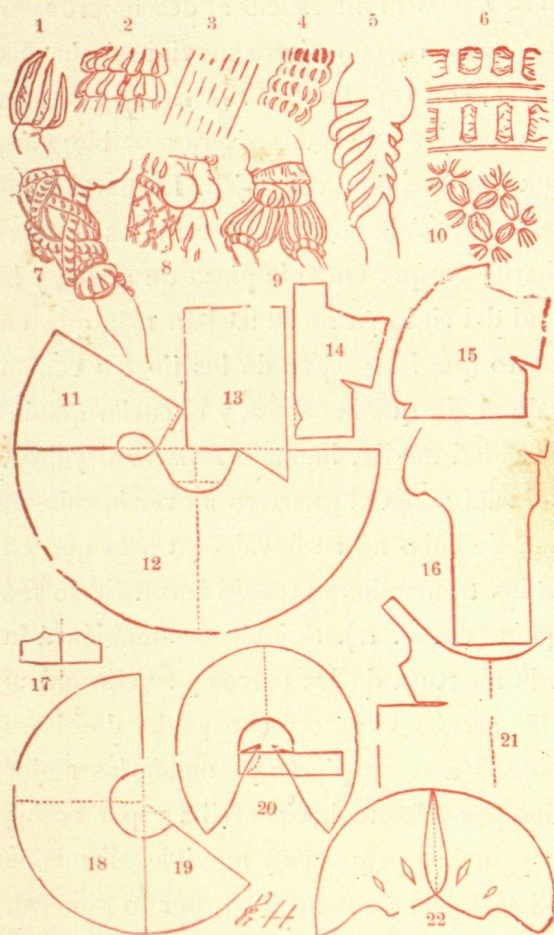


libros de la época con corona esférica ó terminada en punta. Para los duques, condes y otros títulos no había al parecer distintivos. Únicamente se diferenciaban algo en el birrete, que los duques lo llevaban con corona de metal (compárese 30. 12 y fig. 16. 11) y los condes con una tira de oro desde la frente hacia atrás. Estos tocados fueron desapareciendo con el siglo xv. A los condes y barones y á sus mujeres é hijos les estaba prohibido llevar telas de oro y púrpura, y pieles negras ó de armiño.

El traje guerrero sufrió durante este siglo grandes variaciones. En el anterior predominaban las lorigas de cadenas reforzadas con chapas de cuero ó hierro, y á partir de la segunda mitad del siglo xv se fueron generalizando los arneses completos ó armaduras de planchas, á lo cual contribuyó poderosamente el uso de la pólvora, que empezó por entonces. Para evitar que los proyectiles penetrasen en el cuerpo, se juntaban las piezas de hierro de modo que no quedase hueco ni intersticio al descubierto por ninguna parte. El casco varió de forma; además del *bacinete* (43. 12. 14) con visera movable ó sin ella (38. 23), había el de media esfera llamado *schale*, que significa taza, con cogotera (43. 20. 22. 23), que más adelante se prolongó en punta. Tuvo primero una abertura para los ojos y después visera movable; para combatir, el guerrero la bajaba hasta la nariz ó la subía hasta por encima de los ojos. La parte inferior de la cara y el cuello se resguardaban mediante el *babero*, sujeto á la coraza con tornillos ó pasadores de muelle. Pero este sistema de cascos hubo que desecharlo, porque entre la pieza de arriba y la de abajo podía muy bien penetrar la lanza. En la segunda mitad del siglo ya no se usaban más que en los torneos. Más adecuada era la *taza* para los peones, supuesto que los golpes de los jinetes venían de arriba. Los jinetes unían la visera movable con el *babero*, de modo que la cabeza y el cuello quedaban cubiertos por igual. Así se formó el casco completo de la Edad media, llamado *helmlin* ó yelmo, cuya parte superior era abombada y la celada movable, y con el cual podía el guerrero mover la cabeza, lo que con el *bacinete* era imposible. El pesado casco de forma de cubo no se llevaba ya más que en los torneos, donde eran muy útiles para proteger la cabeza de los tremendos botes de lanza. Se le fué dando forma más esbelta, estrechándolo por la parte de la gola (43. 16. 17). Sujetábase también á la coraza con tornillos y cadenas. Se pusieron barras y rejas en la abertura de los cascos y se adornaban con reliquias y lambrequines. Para defensa del pecho y la espalda servían el peto y el espaldar de hierro forjado, sujetos á los lados por correas. Para dar más flexibilidad á estas piezas y amoldarlas mejor á los movimientos se hacían de tres ó cuatro pedazos, cruzados por delante hacia arriba y por detrás hacia abajo. Para proteger los muslos se colgaban de la coraza planchas pequeñas y movibles, llamadas grebas. El hueco que dejaban se rellenaba con la cota de mallas. Los brazos no iban, por lo general, armados solamente por la parte exterior; había también brazales enteros; los codales remataban á veces en punta. Las sangrías y las paletillas se resguardaban con discos ó rosetas (compárese 49. 19), y los puños, antes de cuero con adornos de bronce, se reemplazaron por planchas de hierro. Las piernas iban cubiertas, por delante sólo, hasta las rodillas; de allí á los pies por ambos lados. Las rodilleras eran piezas de hierro muy semejantes á los codales. Con el tiempo se logró que las diversas partes de la armadura unieran bien entre sí y formaran un todo compacto que se movía á voluntad del guerrero y cuyas piezas enlazábanse por medio de charnelas y correas. El calzado, antes sin armadura más que por detrás, la adquirió por delante y en forma de pico (43. 16. 22), cuya punta era una pieza que se ponía cuando el jinete estaba ya montado. A fines de siglo las puntas se acortaron, redondearon y ensancharon. A este calzado se llamaba *baerenfus*, que significa «pies de oso.» En los torneos se aplicaba á una pierna una especie de escudo para defenderla contra las magulladuras (43. 16). La moda ejerció también su influencia en los arneses; por las junturas salían los picos de la ropa y en el cinturón se colgaban cascabeles. Las armaduras de la segunda mitad del siglo xv, en las que, como en todo, predominaba el estilo gótico, fueron las más bellas. Dominaban las formas puntiagudas (43. 20); en las piezas grandes se trazaban rayas ó estrias (43. 18. 22. 23) y eran todas de acero bruñido, y tan delgado, que el arnés entero no pesaba más

de cuarenta libras. Estos arneses servían para la guerra; en cambio, los de torneo eran á veces tan pesados, que apenas podían llevarse una hora seguida. Haremos observar, á este propósito, que los hombres de entonces no eran tan altos y robustos como los de ahora, á pesar de que la opinión general cree lo contrario; la prueba de ello es que las armaduras antiguas no puede ponérselas hoy casi nadie por pequeñas. Con los arneses completos de hierro resultaba superfluo el escudo; sin embargo, además del de madera que se usaba en los torneos, había otro redondo y pequeño (rodela), que antes era adorno que defensa. Para los sitios se empleaban escudos especiales de madera, de cinco pies de alto, cuadrangulares ó terminados por abajo en punta, provistos de pinchos para poderlos clavar en el suelo, y forrados por dentro de piel de vaca y por fuera de tela pintada.

Fig. 23



Las espadas tenían en el puño una prolongación que encajaba muy bien en el guantelete, y la empuñadura iba cubierta de alambre para poder asirla mejor. Las espuelas tenían la garganta muy larga y la rueda muy grande. Las lanzas llegaron á alcanzar cuatro metros de altura, y como era imposible sostener en ristre palos de tales dimensiones, se aplicó al lado derecho de la coraza un gancho que sostenía la lanza.

Pasemos ahora á los trajes del siglo XVI. La reforma religiosa, que cambió á los hombres por dentro, los transformó también por fuera. Desaparecieron las ropas extravagantes de la Edad media y se empezó á vestir de un modo más serio, más sencillo y más uniforme. Reemplazó el tono oscuro á los colorines y volvieron los hombres á usar barba. La moda, sin embargo, siguió imponiendo sus caprichos, y por ello tanto hombres como mujeres llevaban las prendas más largas de lo necesario, las recogían formando afollados, las abrían de arriba abajo y hacían salir por las aberturas ó cuchilladas tela de distinto color (fig. 23. 1); se ponían en los hombros y en las bocamangas cuchilladas y, también en las mangas y en las calzas, tiras de tela recogidas de trecho en trecho por cordones, que así formaban bolsas al traje

(47. 4. 10. 54. 6. Fig. 23. 2. 9). Las calzas se sostenían por el forro, que estaba cosido (fig. 23. 9) y era más estrecho y más corto; también las sujetaban con cordones. Las bolsas ó afollados se hacían igualmente dando á calzas y mangas más longitud de la necesaria y practicando aberturas á lo ancho (fig. 23. 4), por las que asomaban rollos de tela de otro color (fig. 23. 3) que se sujetaban cosiendo el forro á la tela de encima. El ropón había de ir ceñido al cuerpo, mas la moda permitía que se le aplicasen muchas cuchilladas; más adelante se llevó debajo otra prenda de distinto color que asomaba formando afollados por las cuchilladas y aberturas. Había asimismo cuchilladas á lo ancho, más chicas, que se hacían con un hierro dispuesto especialmente para el caso (49. 8. 9) y que á menudo se forraban de otro color que las cuchilladas grandes (49. 11). Rasgábanse las prendas según determinados modelos y se les ponía forro de otro color, liso ó plegado (47. 9). A las calzas se las proveía de afollados especiales (fig. 23. 5) que se dividían á lo largo en varias tiras, del ancho de una cuarta; los bordes de estas tiras se doblaban algo hacia dentro, se cosían uniéndolas, y se rellenaba la especie de tubo que se había formado, con un rollo cosido al mismo; si el tubo se había rasgado también, forrabase el rollo de color diferente (fig. 23. 7). Así como en los hombros y las mangas las cuchilladas eran rectas y de mayor ó menor tamaño, en el pecho,

la espalda y otros sitios análogos, formaban cruces, estrellas, etc. (fig. 23. 10). Con frecuencia se llevaban tiras cruzadas de color distinto y abrochadas con botones cosidos directamente á la prenda, sin haber necesidad de pasarlas por abertura alguna (69. 21). También se llevaban en un mismo traje varias clases de afollados (fig. 23. 8).

Tratemos ahora del traje masculino en la primera mitad del siglo XVI. Las calzas, que, por su corte, parecían tan distintas, conservaban, empero, la hechura propia del siglo XV (fig. 20. 10). Cubrían el pie; las usaban estrechas y enteras los nobles y los campesinos (48. 1 á 3. 49. 1 á 6), y la masa general del pueblo y los soldados acuchilladas. Suprimían la tirantez de la calza en las rodillas practicando una incisión y á veces quitando el pedazo entero. Los siervos solían ir con una pierna cubierta y la otra al aire (47. 20). Después empezaron á rasgarse las calzas por las caderas y á lo largo de los muslos (47. 15. 17), tapando las cuchilladas con la tela del forro, tanto para librarse del frío como por exigirlo la decencia. Únicamente los siervos, por despecho ó miseria, las dejaban descubiertas y mostraban las carnes. Rasgábanse también las calzas ajustadas (47. 11. 19), pero no necesitaban forro, porque lo suplían los calzoncillos. Hasta el año 1520, los calzones, que llegaban á las rodillas, se rasgaban horizontal y verticalmente, de modo que parecían compuestos únicamente de tiras y de cintas. Estas cuchilladas se cubrían con afollados de seda fina de color, llamada *kartek* ó *rasch* (54. 4), y los calzones iban sujetos á las rodillas con cintas anudadas en lazos colgantes. Entonces empezó el uso de calzones y medias, puestos por separado y unidos con cintas por debajo de las rodillas. Los siervos usaban una especie de polainas de cuero, que cambiaron con el tiempo por medias, muy usadas por el pueblo, el color de las cuales era á veces el de los calzones (47. 13. 15. 17). La parte superior de las medias, más arriba de las rodillas, se rasgaba perpendicularmente (47. 14. 18), se doblaba hacia afuera y se sujetaba por debajo de las rodillas con profusión de lazos (47. 9. 10. 19. 49. 8 á 10. 50. 2). Seguíanse usando, no obstante, calzas muy ceñidas por abajo, bastante anchas por arriba y con cuchilladas y afollados (49. 11. 13).

A principios del siglo XVI jubón y calzas seguían usándose ceñidos; aquél se componía de dos partes, delantera y trasera, unidas con lazadas á los costados, y para más comodidad, se cortaba por delante y por detrás un gran pedazo (47. 16), tan grande á veces, que lo que quedaba era lo estrictamente necesario para sostener las mangas. Esta prenda llegaba hasta las caderas, donde se abrochaba con corchetes á las calzas. Los descotes, hasta entonces puntiagudos, se hicieron cuadrados (47. 1 á 3); la orilla por detrás era recta y con el tiempo subió hasta el cuello (47. 4. 10. 17 á 19), y el descote puntiagudo fué desapareciendo indicándose sólo con cordones. El mismo descote se cubría con un justillo interior, una especie de babero ó la camisa, todo ello de telas finas, bordado por arriba y á veces con remate de gorguera encañonada (47. 2. 10. 13. 15. 18. 19. 50. 3. 4. 17). En 1530 desaparecieron por completo los descotes en los hombres y el jubón adoptó otra forma, que consistía en abrir en dos piezas, unidas por una costura, la espalda, y en otras dos el delantero, una de ellas que cubría completamente el pecho y otra tan estrecha que se podía abrochar á un lado (47. 17). También se hacían las dos piezas del delantero iguales, abrochándolas ó no en el centro, según el gusto de cada cual (50. 3). Las mangas solían llevarse muy anchas y ceñidas solamente en las muñecas. Para ahuecarlas se forraban de guata ó tela fuerte, y si eran rasgadas se hacían más largas que el brazo para recogerlas. El jubón al principio tenía pocas cuchilladas ó cortes en los hombros y en los codos (47. 16), pero cuando se ensancharon las mangas se rasgaban en todas direcciones (47. 4. 9. 14. 19) y se afollaban hasta la exageración (47. 4). Los siervos, á los que molestaban para el trabajo las túnicas largas, llevaban jubones guatados y encima una especie de anguarina de ante ó fieltro sin mangas (47. 19. 49. 11. 13. 50. 2. 6), con la espalda de una ó dos piezas (fig. 23. 14) y el delantero siempre de dos, que se cerraban generalmente por el pecho. Esta prenda la sujetaban los militares con el cinturón de la espada; los paisanos la usaban también, añadiéndole al cuello una capucha (47. 11). El delantero de la anguarina solía prolongarse hasta las rodillas (fig. 23. 16. 47. 9); las



aberturas para los brazos eran grandes y las hombreras, las orillas y el dobladillo del pecho estaban acuchilladas.

Al jubón se le añadieron faldas que al principio llegaban á las rodillas (50. 6) y eran cerradas. A partir de 1520 fueron disminuyendo (47. 13), y cuarenta años después llegaban únicamente á medio muslo y estaban abiertas desde la cintura (50. 14). El corte de estas faldas era circular, y el ancho correspondía al largo; iban plegadas en tablas iguales y cosidas al jubón interior ó exteriormente. En los jubones con faldas ó ropillas de los guardias imperiales (50. 7) las mangas estaban cortadas y colocadas del mismo modo que las faldas. Las ropillas se abrochaban como los jubones, en el pecho ó en los costados y con corchetes, botones ó ganchillos; cuando llevaban cuello alto era éste acuchillado y abofellado; las hombreras solían ser tan anchas que había que bajar las aberturas de las mangas (47. 7). Estas eran cortas y anchas cuando la prenda se llevaba encima del jubón (50. 15) y cuando éste sólo tenía hombreras (47. 11. 50. 6). La ropilla era entonces prenda favorita y la llevaban, á modo de uniforme, oficiales de alta graduación, que ponían encima la media armadura; esto es, la coraza y los codales, que colocaban entre los abofellados de las mangas (49. 17. 18). Para la misma prenda se desarrolló la afición á los colores en grado superlativo (47. 13).

Los jubones y sayos de los plebeyos y menestrales se diferenciaban de los de los ricos por tener menos pliegues, menos cuchilladas y menos abofellados. Además la falda era corta (48. 1) por delante y recogida por detrás en pliegues; una y otra prenda tenían á menudo capucha (48. 1), y cerrábanse por delante y rara vez por los costados (48. 2); las aberturas para los brazos eran grandes y las mangas holgadas. Los labradores usaban el sayo con muchos pliegues, con mangas muy anchas ó ahuecadas en la parte superior, y cerrado á un lado del cuello (50. 9) ó, como los siervos, sujeto sólo por un cinturón (50. 8) y, según el gusto de cada cual, abierto ó no por delante (50. 22. 60. 9). Usaban también otra especie de sayo llamado *kittel*, cuyo cuerpo y falda, que eran de una pieza (47. 5 á 7), se ensanchaban gradualmente desde los hombros hasta más abajo de las rodillas. Era completamente cerrado y sólo tenía una abertura en el pecho ó un descote holgado; el delantero y la espalda eran de corte enteramente igual; las aberturas para los brazos, no muy grandes, estaban en las costuras de los costados, y por detrás se recogían formando pliegues. Los labradores ricos usaban esta prenda con guarnición de pieles en las orillas y los hombros (47. 7). El cinturón era de uso corriente.

El abrigo ó gabán más generalizado en todas las clases sociales y que llevaba el mismo emperador, era el llamado *schaube*, derivación, como sabemos, del largo y holgado *tappert* de los siglos XIV y XV, que á su vez procedía del gabán acampanado, como lo prueba el corte de entrambos (fig. 23. 11. 12), en el cual el ancho se regía por el largo. A fines del siglo XV y á principios del XVI el *schaube* era un ropón que llegaba á los tobillos (47. 2. 8); en 1520 ya no pasaba de las rodillas (50. 4). Las mangas eran de forma rectangular y su anchura moderada desde un principio, con agujeros para pasar los brazos en la parte superior, abiertas además en la inferior (47. 2) ó cerradas algunas veces (49. 7), y eran tanto ó más largas que el abrigo. Al acortarse el *schaube* las aberturas para los brazos y las mangas fueron ensanchándose, y como se pegaban sin hacer dobleces de ninguna clase, se les ponía en la parte superior de la espalda un triángulo de tela que se cosía al lado (fig. 23. 13); esta costura solía cubrirse con una tira estrecha de piel (49. 4). La variedad de hechuras de mangas era tanta que no es posible describirlas todas (47. 1. 49. 12. 49. 14. 5. 50. 3. 4.). A estas variaciones solamente atendían los nobles y gentes á la moda; las de menos pretensiones se contentaban con un gabán corto y sin mangas (47. 1. 3. Fig. 20. 11) ni cuello ó con cuello derecho. En los que tenían mangas se usaban solapas de arriba abajo, que en lo alto acababan, por lo general, en ancho cuello que caía sobre los hombros á modo de esclavina (47. 2. 4. 8. 10. 12. 49. 4. 5. 50. 3. 4.). Cuello y mangas crecieron á medida que se ensanchó el gabán. El forro, las solapas y el cuello eran de pieles en invierno, y de seda negra ó de colores en verano (49. 3).

Por la tela y adorno del gabán se distinguía la condición social del que lo llevaba. El de los príncipes era de terciopelo ó raso, encarnado ó violeta, ó de brocado de oro ó plata, con forro de armiño ó marfil gris. Los guerreros preferían el color encarnado; las personas civiles de suposición el negro ó castaño con pieles oscuras ó grises; la clase media colores también oscuros ó pieles de zorra ó de gato, y, por fin, había quien llevaba como adorno bordados de oro y plata. A principios del siglo xvi estuvieron en moda los gabanes claros, también de dos colores y de rayas (49. 7); más adelante oscuros. Los sacerdotes, los sabios, los jueces y los «reformadores» los usaban negros, uso que duró hasta el siglo xvii. El gabán iba abierto de arriba abajo, excepto cuando lo cerraban con el cinturón de la espada, que ceñían habitualmente (49. 6). Los sabios usaban un gabán de forma especial, cuyo corte era de tres cuartos de círculo (fig. 23. 18, parte trasera; 19, parte delantera), con el descote hasta los hombros, al que se añadía una pieza especial, el *koller* (fig. 23. 17), que caía liso sobre espaldas, pecho y hombros (49. 2. 5), y á la que se prendía el gabán formando muchos pliegues. Esta especie de cuello ó esclavina ensanchaba la prenda de tal modo que las mangas se ponían en el borde inferior del cuello, en la costura entre el delantero y la espalda, sin necesidad de aberturas especiales. Estas mangas eran de corte rectangular y del mismo largo que la prenda. Al principio eran lisas (49. 2), pero cuando aumentaron en dimensiones, plegadas (49. 5); la guarnición de piel estrecha acabó por suprimirse. Este ropón ha sido, con pocas variaciones, el que ha llevado hasta nuestros días el clero protestante.

Las personas de edad madura eran las que más usaban esta clase de abrigos; los jóvenes preferían una especie de capa redonda, corta y ligera, que, cuando sólo servía de adorno, no era más larga que el justillo, y se reducía á un paño colgado del hombro izquierdo y sujeto al otro por medio de un cordón (47. 16). Cuando se ponía como abrigo era más larga y ancha, tenía el corte del gabán sin mangas de que hemos hablado más arriba y se echaba sobre los hombros, cubriendo todo el cuerpo (47. 3). Llevaban también capa corta, de piel y fieltro (50. 1), los siervos y los individuos de las comunidades religiosas, Lutero entre otros, pero la capilla de éstos era cuadrada aunque resultaba redonda porque se fruncía arriba y se cosía á un cuello alto, estrecho y rectangular (compárese 50. 10. 13). Como prenda de viaje se usaba capa de paño burdo y color oscuro que llegaba hasta los pies; tenía de vuelo tres cuartos de círculo y era, en la parte del cuello, completamente redonda. Estas capas fueron desapareciendo y empezó á dominar la moda de los abrigos largos ó gabanes con mangas colgantes y esclavina doble, la de arriba algo más corta que la de abajo (50. 21). Llevábase al mismo tiempo el sobretodo de campana, completamente cerrado, con capucha (50. 18), que se parecía mucho á la *penula* romana. La gente plebeya continuaba, sin embargo, usando el *tappert* sin mangas abierto por los costados (compárese 41. 8. 50. 16).

Pasado el siglo xv desaparecieron los diversos y extravagantes cubrecabezas que impuso la moda, quedando únicamente el sombrero, que la gente humilde usó hasta que la gorra ó toca le hubo reemplazado. En 1520 esta gorra, á excepción de los labradores, la usaba todo el mundo, incluso las mujeres. De la mezcla de diferentes formas de cubrecabezas resultaron dos que podían designarse como gorras de sabios y gorras de siervos. Los sacerdotes protestantes, los hombres de ciencia y las personas formales llevaban con preferencia la primera; la segunda las demás clases sociales, las mujeres y el mismo emperador. Las gorras de eclesiásticos y sabios eran redondas, con la copa de doce centímetros de alto, más estrecha de abajo que de arriba y con cuchilladas. Algunas tenían cogotera de la misma pieza (fig. 24. 15), mas por lo general el ala era postiza, recta y compuesta de varios trozos colgantes ó vueltos para arriba. Los príncipes usaban cogotera y orejeras postizas, de tamaño regular, rectas y abotonadas en lo alto (fig. 24. 3). Las personas de menor categoría llevaban la gorra de fieltro ó piel de pelo corto; los ricos, de paño grueso, negro ó castaño, con cordones de colores; los sacerdotes y sabios, de terciopelo ó paño negro sin adorno alguno, y los nobles, de terciopelo rojo ribeteado de pieles. Entre la gente del pueblo esta gorra cambió algo de hechura (fig. 24. 12), quedando la copa y las alas redondas y las segundas más

ó menos rectas. En los primeros años de este período la copa era bastante alta y tenía un borde de forma de rollo. Diez años después la copa bajó hasta quedar chata como un plato. Las alas ó rebordes eran muy gruesas, forradas, divididas en dos ó más piezas (fig. 24. 1. 2), que á veces venían á caer unas encima de otras (49. 8 á 10), y con las orejeras vueltas hacia arriba y cosidas al borde inferior de la copa, á la que rodeaban así de una especie de puentecillos (47. 18. 19. 49. 6. 16. 50. 6. 15). De parecida forma, con el ala algo más estrecha y rasgada alrededor, y con la copa plana, era la gorra del heraldo imperial (50. 16). Cuando las alas eran anchas se les abrían cuchilladas (48. 18. Fig. 24. 10. 17), por las que asomaba un forro de color. A veces cortábanse de las alas unas tiras estrechas y se subían las orejeras (47. 1. 48. 14) ó se unían por medio de cintas (49. 4. 16. Fig. 24. 4). El adorno más común de este tocado consistía en un penacho de plumas de pavo real. Las gorras de que hablamos se ponían ladeadas, esto es,

Fig. 24



cubriendo más un lado que otro (fig. 24. 10), y se sujetaban con dobles cordones que atravesaban las alas y se anudaban sobre las mismas. Cuanto más alta era la categoría del individuo, más baja era la copa, más estrecha el ala y menos acuchillada. El emperador Carlos V y su familia, así como los príncipes contemporáneos, llevaban *tocas* (1) completamente planas y de ala estrecha y sin cuchilladas, en forma de rollo (50. 3. 4. Fig. 24. 16). Las de los guerreros componíanse de dos piezas de fieltro redondas é iguales, cosidas por los bordes á un cerco elástico; la pieza de abajo encajaba en la cabeza y la de encima era la copa, baja y plana (fig. 24. 8). Esta clase de gorras se hacía de terciopelo ó seda; negras, por lo general, ó muy oscuras y con plumas de pavo real prendidas al borde inferior, que colgaban alrededor del ala. Como por ser tan planas cubrían apenas la cabeza, se usaba debajo una especie de casquete ceñido, sobre el que iba la gorra (fig. 24. 9). Los príncipes, además de plumas, las adornaban con cadenas, dijes (tales como medallones con retratos), piedras preciosas y bordados. También se guarnecía con plumas el borde del ala.

La costumbre de llevar casquete debajo de la gorra hizo que aquél se llegase á usar solo, es decir, sin la gorra, con lo cual resultó que así como la mujer había adoptado el cubre-cabezas del hombre, éste adoptó el tocado de aquélla; pero el casquete ó cofia citada no se extendió tanto como la gorra, y por lo general sólo lo usaba la gente acomodada (47. 2. 4. 8. 49. 1). El casquete en cuestión era muy ajustado, como ya hemos dicho, de tela ó piel, liso, acuchillado y con forro de colores; los de lujo eran de redecilla de seda, con bordados de oro, de brocado de oro y plata y con grandes afollados (47. 2. Figura 24. 11). El casquete desapareció al llegar el 1500, cuando la gorra se redujo de tamaño y acabó por sustituirla el sombrero. Los menestrales, labradores, carreteros y pastores lo usaban de fieltro, piel de pelo corto ó paja. Había sombreros de forma cilíndrica ó cónica con punta roma y ala levantada, ya por delante, ya por detrás, según convenía (48. 5). Lo mismo sucedía con las gorras, más planas que los sombreros (fig. 24. 12. 13). De éstos los había también cilíndricos y cónicos, con ala postiza, puesta horizontalmente (47. 6. 7) y con el borde un tanto levantado (50. 8. 21). Los labradores, cazadores y gentes distinguidas usaban para viaje capucha con esclavina (48. 5), de paño fuerte ó piel flexible, redonda y

(1) Así se llamaban en castellano. (N. del T.)

adaptada á la forma de la cabeza (fig. 24. 14), que se hacía de dos piezas iguales, anchas por abajo, y abrochadas á un lado del cuello. Llevaban también la capucha sin cuello, en cuyo caso se sujetaba al jubón (48. 1) por la parte de arriba.

El calzado sufrió visibles variaciones; desapareció la moda de los zapatos largos y puntiagudos que dominaba á fines del siglo xv, y en su lugar se usaron los de punta recortada, llamados *de pico de pato*, y los redondos y chatos, denominados *patas de oso* ó *bocas de vaca*, que en 1510 ya se habían generalizado. Se llevaban además tan bajos, que la parte superior cubría sólo los dedos y la de atrás sólo el talón, quedando casi todo el pié descubierto sobre la suela. La punta era almohadillada y ajustada á los dedos, y sobre el empeine cruzaban unas tiras ó correas que se abrochaban (fig. 17. 14. 15) ó anudaban para sujetar el calzado. Éste era, para los plebeyos, de cuero y para los nobles y ricos de terciopelo ó seda, de un color vivo, como encarnado, amarillo, azul ó de dos colores. La parte superior tenía cuchilladas por las que salía el forro, de otro color. El calzado de los labradores cubría todo el pié (50. 22). Las personas de suposición usaban también botas altas y dobladas por arriba (50. 14). Además era costumbre llevar calzas con suelas y accesorios que imitaban el calzado (49. 10). Para campo, caza y viaje se empleaban botas muy altas, hasta la mitad del muslo, que ceñían el pié como los zapatos, y que desde los tobillos para arriba se abrochaban por la parte de afuera ó se cerraban con correas y hebillas (fig. 17. 5). Estilábanse asimismo calzas ó polainas de cuero que envolvían toda la pierna y se sujetaban con cintas al cinturón ó á las mismas calzas (48. 3). En los guantes había igualmente gran variedad. Los labradores los llevaban de piel ó paño fuerte, y en invierno siempre de piel y en forma de manopla ó con divisiones de dos en dos dedos. Los guantes de lujo eran de gamuza, subían un poco más de la muñeca y eran bordados y acuchillados por los nudillos, con forro de color. El guante de cabalgar ó de caza subía generalmente hasta el antebrazo.

El cabello y las barbas fueron también objeto de variaciones. A fines del siglo xv y comienzos del xvi se usaba cabellera suelta y caída sobre los hombros, formando bucles, y la cara afeitada. Por los años de 1520 se llevaba asimismo el pelo largo y caído, cortado por igual alrededor de la frente en forma de cerquillo y sin raya (fig. 24. 4). Después se empezó á usar cortado al rape (50. 2), uso que iniciaron los siervos y adoptaron después las personas de edad madura. Los jóvenes elegantes continuaban rizándose. Se empezó al propio tiempo á llevar pelos en el rostro, como bigote, perilla, barba corrida y á veces un lado con barba y otro sin ella. En 1520 se adoptó resueltamente un corte de barba que armonizaba con el peinado y consistía en dejarla en línea recta; los nobles la cortaban un tanto hacia arriba (50. 4. 12). Con esta barba la cabeza ganaba en carácter. Los que estaban al frente de los siervos y los jefes de lansquenetes la llevaban muy poblada (50. 14).

El traje femenino, como el masculino, abandonó durante la primera mitad del siglo xvi las formas raras de antes, y se hizo más natural y más cómodo. Entre los siglos xv y xvi fué ceñido por arriba y descotado casi hasta la cintura, de donde bajaba hasta los pies, muy amplio y muy largo. La nueva moda influyó poco en la ropa interior, pero sí en la exterior, para la que se adoptó lo que se decía «moda alemana.» En 1530 se empezaron á llevar faldas redondas que apenas tocaban el suelo, quedando las de cola únicamente para ceremonias y festividades. Cuando cuerpo y falda eran de una pieza el vestido iba abierto por delante ó cerrado (48. 15), con mangas largas y estrechas que ensanchaban un tanto desde el puño hasta la mitad de la mano. El delantero del cuerpo era muy abierto y se cubría el escote con una pechera postiza. El traje cerrado por delante tenía el delantero y la espalda iguales (48. 21), excepto el escote, con mangas largas y estrechas, ó bien el delantero iba pegado á la falda y la espalda suelta y con muchos pliegues (fig. 23. 21). La falda se ensanchaba por abajo por medio de cuchillos. Las mangas eran de dos piezas y dos costuras.

Andando el tiempo cayeron en desuso los vestidos de una pieza y se hacían de dos: la falda cortando

un aro de tela cuyo diámetro venía á ser el largo de la prenda, cuyo círculo interior era mucho más ancho que la cintura, y que se recogía plegándolo por igual alrededor del talle ó recogiendo los pliegues hacia atrás. El talle, que en el siglo anterior se llevaba muy alto, por debajo del seno, bajó á su sitio natural. La espalda del cuerpo era de dos piezas cosidas en el centro y se unía al delantero por medio de costuras en los hombros y en los costados, aquéllas no en el sitio céntrico, sino más adelante ó más atrás. El cuerpo iba ajustado y se abrochaba á los costados con corchetes cuando era cerrado, y cuando abierto, se cerraba con cordones. Las mangas eran al principio estrechas y largas, con dos costuras y un poco más anchas desde el puño hasta la mitad de la mano (48. 13), donde se doblaban, por lo cual se forraban con esmero. Luego se usaron con preferencia ajustadas y rectas, con una sola costura y partidas en dos piezas por los codos, donde las unía un afollado de tela blanca ó de color (48. 12. 14). Con el tiempo se agrandaron los bullones ó afollados del codo (48. 16. 18. 20), sujetándose con cordones; otras veces, además de los afollados, ó en su lugar, se ponían escarolados en las bocamangas. A pesar de afollados y cuchilladas seguía recto el corte de las mangas, variando únicamente las dimensiones. La espalda y el delantero llevaban igualmente cuchilladas y afollados. Continuaban en boga los escotes por delante y por detrás hasta la cintura, y seguía cubriéndose el hueco con una pechera postiza. Los escotes eran, por lo general, cuadrados, y la pechera consistía al principio en un pedazo triangular de tela fuerte, forrado de tela fina, y más adelante de terciopelo, seda ó brocado blanco bordado de oro. Como la nuca y la espalda quedaban al descubierto, para proteger estas partes contra el sol y el frío se creó una prenda especial, llamada *koller*, ó cuello-esclavina, de forma más ó menos semicircular (48. 20. Fig. 23. 22. 54. 9. Figura 23. 20). El *koller* se llevaba también sin cuello (48. 8. 10); si había de servir de abrigo se abrochaba por delante y se dejaba colgar sobre el pecho (48. 6); si era sólo para adorno, se hacía más corto y se ponía sobre los hombros sin cerrarlo. El *koller* era de seda con adornos de terciopelo ó, viceversa, forrado de piel y adornado con bordados. Las princesas lo usaban de brocado forrado de armiño. A partir de 1530 empezó á disminuir el escote y desapareció la pechera, empleándose en su lugar la parte superior de la camisa, muy bien plegada, bordada de oro y encañonada. Pasado el 1540 se suprimieron los escotes, y el cuerpo era alto y cerrado en el cuello por una gorguera bordada y rizada, que fué creciendo más y más hasta alcanzar las dimensiones de una rueda de molino.

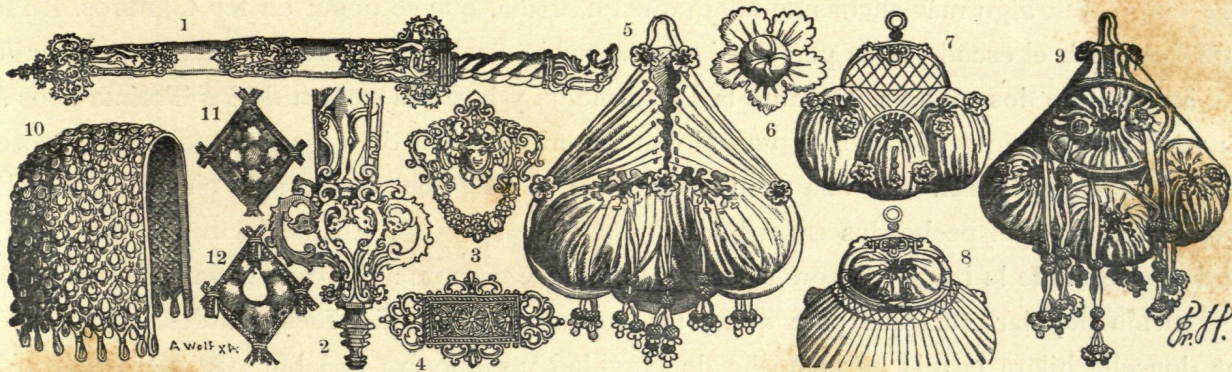
El *koller*, superfluo ya como prenda de abrigo, se sostuvo, sin embargo, algún tiempo, hasta transformarse en un jubón ó cuerpo corto (60. 11 á 13). En las comarcas del Rhin duró hasta muy entrado el siglo decimoséptimo.

A pesar de llevarse las faldas cortas, prevalecía la antigua costumbre de recoger el vestido por un lado al andar ó bailar, para lo cual se adornaba la falda de abajo, según los medios de cada cual, con pieles ó bandas de tela de colores. Seguía llevándose cinturón, ya formado por una cinta sencilla (48. 17), ya por una tira de piel ó terciopelo de la que colgaba la escarcela (fig. 25. 1 á 9). Las mujeres del campo siguieron la moda de separar la falda del cuerpo, haciendo así las prendas más cómodas (48. 4. 6 á 8). El cuerpo tenía mangas largas y se cerraba por delante con cordones, pero carecía de escote, como puede verse (48. 7). El complemento del traje femenino era la capa, que tan sólo se usaba cuando hacía frío, y que llevaba una abertura muy ancha para pasar la cabeza (50. 10. 13). El delantal era liso ó plegado de arriba abajo, como las faldas (48. 6. 7. 13). El delantal doble (48. 4. 8. 10) parecía una falda sin corpiño que llegaba hasta los sobacos; estaba abierto por los dos lados hasta debajo de las caderas y plegado por delante y por detrás hasta las mismas; por encima de los pliegues llevaba cintas ó tiras de tela que formaban tirantes y sujetaban el delantal á los hombros; se le dejaba caer recto y á veces se le ceñía al cuerpo con un cinturón, del cual se solía suspender una escarcela y un cuchillo.

En los tocados la moda introdujo grandes variaciones. La gorra de forma de calabaza (48. 10. 15. 21) fué poco á poco disminuyendo de tamaño hasta que desapareció por completo por los años de 1520. Algo

más duró la moda de las gorras hechas con armaduras de alambre (48. 9. Fig. 24. 18 á 20). En algunas poblaciones de Alemania fué costumbre, hasta mediados del siglo xvi, que sólo las jóvenes mostraran el cabello; las mujeres de edad madura llevaban tapada la cabeza y además la barba hasta el labio inferior con tocas blancas (48. 11). En 1560 se puso en moda una gorra chica, parecida por detrás á una herradura ó á un peine atravesado (48. 7. 17). En 1510, el *barett* ó birrete desterró los antiguos tocados, y desde 1520 lo llevó ya todo el mundo, lo mismo hombres que mujeres, con sólo ligeras variaciones. Se ponía ladeado y encima del casquete, que era liso y ceñido (fig. 25. 10), y lo componía una red de seda, de plata ó de oro, por cuyos intersticios salían afollados de seda de colores (fig. 25. 11. 12). Cuando la persona que usaba el casquete era rica, lo adornaba con discos de oro prendidos en las mallas de la red, y también con perlas y piedras preciosas. En el borde inferior había cordones para recoger las mallas, en forma de semicírculo (48. 19). También se cerraban aquéllos por medio de jaretas (48. 20). El velo se

Fig. 25



llevaba más pequeño que antes y sólo en determinados días festivos. Las mujeres de Augsburgo se cubrían por completo el rostro.

El calzado de las mujeres se parecía al de los hombres, si bien ellas no juzgaban conveniente enseñar los pies. Las damas de alto copete usaban guantes acuchillados, con forro de color y abrochados por medio de botones ó trencillas. Con el tocado varió también el peinado de las mujeres. En el siglo anterior llevaban el cabello cubierto por la toca, pero ya en el año 1500 lo mostraban caído sobre los hombros, unas veces suelto (48. 13. 19), otras en dos trenzas (48. 14). La nuca la cubrían con el casquete y la gorra. Como esta moda estaba en contradicción marcada con el carácter del atavío femenino tal y como la Reforma lo entendía, en 1520 volvió á llevarse la cabeza cubierta por la toca, dejando sólo al descubierto el pelo de la frente, en menudos rizos, y el de los lados, que en forma de rodetes cubría las orejas y dejaba sólo visible la parte anterior de las mismas (48. 20). Usábase también el pelo sin toca, peinado hacia arriba, envuelto en cintas ó dividido en pequeñas trenzas arrolladas. Las mujeres del campo seguían partiendo el cabello en dos largas trenzas que caían por la espalda. Las desposadas llevaban el pelo suelto en señal de virginidad.

Para ambos sexos el traje de luto era negro y sin adornos. Hasta mediados del siglo xvi los hombres llevaron capucha con pico muy largo, y las mujeres tocas blancas que cubrían la frente y las mejillas, tapando á la vez el rostro desde la barba hasta casi los ojos con una banda de lienzo. Las mujeres como los hombres, se ponían capa larga y ancha, negra, que cubría todo el cuerpo, excepto la cabeza. La capa de los hombres era de corte circular, con cuello derecho, grande ó chico; la de la mujer de corte circular ó rectangular y con muchos pliegues (compárese 53. 25). A los labradores no les era permitido llevar camisas bordadas en el cuello, ni pecheras, ni birretes, ni en ellos plumas de pavo real. Sólo podían llevar ropón de paño del país que no llegara á los tobillos y que no formase más de seis pliegues; jubón de mangas estrechas sin cuchilladas, afollados ni otros adornos, capuchas y gorras ó sombreros con plu-

mas de gallo. Sus mujeres é hijas no podían á su vez ponerse justillos descotados, velos, bordados ni pieles, á no ser de cabras ó de ovejas. Los judíos tenían que llevar un aro amarillo en el vestido ó la capucha, como distintivo de su raza. Las mujeres públicas no podían usar joyas ni adornos.

El traje oficial de los empleados de inferior categoría y de los servidores del municipio (que se diferenciaban del traje de diario solamente por el color), estaba dividido de arriba abajo en dos colores, que correspondían á los de la ciudad (54. 14), cuyas armas llevaban sobre el pecho (54. 3). Los altos empleados usaban el gabán con mangas llamado *schaube*, todo de un color, que ya no estaba en uso. El traje de corte obedeció á la moda imperante (50. 12) y los nobles palatinos siguieron usando ropón de terciopelo encarnado, con aberturas para los brazos y cuello de armiño, y gorra cilíndrica, también de terciopelo encarnado, con ancho borde de piel de armiño igualmente. En la primera mitad del siglo XVI se empezó á ensanchar la copa del sombrero. Los heraldos (50. 16) vestían rico traje á la moda, con dalmática encima, parecida al antiguo *tappert*, abierta por los lados, larga hasta las rodillas y formada por dos piezas rectangulares, algo más anchas de abajo que de arriba, que se unían en los hombros. En la parte delantera destacaba el escudo de la persona á cuyo servicio estaba el heraldo; los del emperador llevaban el águila imperial de dos cabezas. Durante la Edad media y hasta la guerra de los Treinta años se tuvo en gran veneración una prenda que, según opinión general, libraba de tiros y de golpes, y que se denominaba *camisa de protección*. Era una camisa como las demás, que pasaba sólo cinco dedos del centro del cuerpo y tenía en el pecho dos caras bordadas en la tela: la de la derecha con barba larga y una especie de casco, la de la izquierda con aspecto de diablo y corona; al lado de cada cara había una cruz. La superstición popular creía que para que estas *camisas de protección* fuesen útiles, era indispensable que una doncella hilara la tela en la noche de Navidad y empezara la labor con esta invocación: *En nombre del diablo*.

La moda influyó hasta en las armaduras, que se reformaron al gusto del día. Se rellenaron los intersticios con canutos arrimados unos á otros (49. 15. 20); las grebas bajaron hasta las rodillas (50. 11), y el calzado, antes puntiagudo, se hizo ancho y corto (49. 15. 17 á 20. 22), usándose así hasta el año 1560. La coraza y las grebas eran abombadas (49. 10. 16 á 19). El peso excesivo de los arneses originó que se empezasen á llevar medias armaduras (49. 10. 16 á 18). Estas, por seguir la moda, acabaron por ser ridículas; se les ponían mangas de hierro afolladas ó de listones; se las llenaba de abollados y rollos (49. 22. 51. 17. 68. 19); á la coraza se le agregó una falda de hierro simulando pliegues (49. 22), y para poder montar á caballo con ella se le cortaba un pedazo por delante y por detrás, que por medio de presillas se volvía á colocar luego. La visera del casco, obedeciendo igualmente á la moda, ya imitaba el rostro de una persona, ya el de un animal, por lo que al casco se le llamaba *casco de mono*. El de visera á la borgoñona, derivado del bacinete y del yelmo, era el que prevalecía. La visera, que se podía alzar, tenía para los ojos unas barras perpendiculares que permitían la visión. Como estos cascos ofrecían poca seguridad en los torneos, se usaban otros muy pesados, en forma de olla, con aberturas. El escudo apenas se llevaba ya más que como adorno (69. 6), y redondo ó de hechura de corazón. Para la guerra usábase alto, cuadrangular, liso ó con un canelón de arriba abajo y una punta de hierro para poderlo clavar en el suelo.

Las espadas tenían el puño de cruz. La verdadera espada de la época era el mandoble (49. 11. 13), que venía á tener la altura de un hombre; se llevaba generalmente sin vaina, al hombro, á guisa de lanza (68. 10), y se manejaba con las dos manos. Estilábase también acorazar los caballos (51. 6. 11).

El arma de fuego más antigua es el mortero, clavado en un agujero en tierra. Construía-se en el siglo XIV con barras de hierro forjado, ceñidas por unos aros como los de los barriles (38. 26). El arma estaba horadada por ambos extremos; la carga se ponía en el inferior, que se cerraba con unas cuñas. Las balas eran al principio de piedra; en 1365 se empezaron á usar de plomo. La pólvora se encendía

con un ascua ó hierro candente. El cañón, fijo sobre vigas ó en un cajón (38. 21. 25. 44. 15), no fué apto para dar alguna dirección á los disparos hasta fines del siglo xv (44. 16. 17. 26). Solía ponerse un tejadillo de hierro sobre la pieza, que, al cargarla, se bajaba para poner á cubierto al artillero y sus ayudantes (38. 21. 44. 21). En el mismo siglo apareció el cañón «de órgano,» compuesto de varios tubos de hierro metidos en un tronco ó en un armazón de madera (44. 27), que se cargaban por la embocadura ó por detrás y podían dispararse sucesivamente ó á un tiempo (1). A mediados del siglo xiv había ya cañones de mano puestos sobre un pedazo de madera sin pulir, y los llevaban los soldados de á caballo sobre el arzón delantero contra la coraza. Este cañón dió origen al arcabuz ó cañón pequeño de mano con culata, que en 1424 estaba ya provisto de gatillo (44. 30) y cuyos disparos se hacían mediante un pedernal.

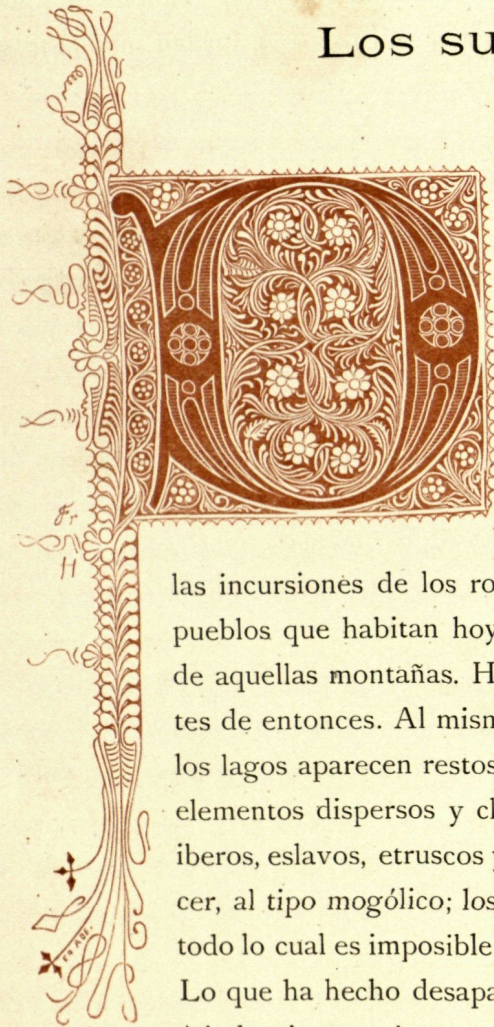
---

(1) Esto es, ni más ni menos, el embrión de las modernísimas ametralladoras. (*N. del T.*)



## III

## Los suizos y neerlandeses



Es una mezcla de tres pueblos diferentes, que desde tiempos remotos se repartieron el suelo del país, procede el actual pueblo suizo. Hace seiscientos años la parte Norte pertenecía aún á Alemania, la del Este á la Borgoña francesa y la del Sur á Italia. En la Edad media no había ni *suizos* ni *Suiza*. Si repasamos la historia y nos fijamos en el territorio alpino, veremos que, con las incursiones de los romanos, godos, longobardos, bávaros y alemanes, se formaron los pueblos que habitan hoy los valles de los Alpes, y ésta es la primera página de la historia de aquellas montañas. Hállanse todavía en sus sepulcros armas y utensilios de los habitantes de entonces. Al mismo tiempo, en las cuevas de los montes y en las profundidades de los lagos aparecen restos de una civilización aún más remota; pero al tratar de reunir estos elementos dispersos y clasificarlos, no sabemos á qué pueblo pertenecieron. Háblase de iberos, eslavos, etruscos y otras razas más antiguas y sin nombre, correspondientes, al parecer, al tipo mogólico; los objetos encontrados proceden tal vez de siglos muy distintos, con todo lo cual es imposible formar idea de cómo vestían los habitantes primitivos de los Alpes. Lo que ha hecho desaparecer la acción del tiempo, no pueden reemplazarlo las conjeturas ó inducciones más perspicaces. Sólo sabemos que el hombre es siempre hombre y que las mismas causas producen siempre los mismos efectos, y únicamente se ha podido observar que, de los objetos extraídos de las cuevas y los lagos de Suiza, los instrumentos de piedra y de hierro corresponden á los que usan todavía las tribus nómadas del Polo, á cuyo clima ha debido de parecerse el de la región helvética.

Dedúcese, pues, que los antiguos alpinos se vestían, poco más ó menos, al modo de las referidas tribus, usando productos naturales, como pieles y hojas de árboles, que tal vez sujetarían al cuerpo, cortándolas y cosiéndolas del modo que pudiesen, pues donde faltan utensilios los suple la habilidad. Las citadas tribus del Norte visten, lo mismo hombres que mujeres, chaquetas, pantalones, botas, guantes sin dedos y gorras que cubren toda la cabeza á excepción de la cara (fig. 26. 1. 2). Los primitivos suizos eran salvajes, sin agricultura ni animales domésticos, que vivían en barrancos y cavernas y se pintaban con colores en lugar de lavarse.

Cuanto más inferior es la civilización, más lento es el movimiento. Durante muchos siglos, los alpinos no debieron de usar más ropas que pieles de animales. Varió el suelo, el clima, el reino animal y hasta el hombre, y aquellos que más bien parecían monos, desaparecieron, ya por mezcla, ya por separación, y

apareció otra raza semejante á la de los lapones, cuyo tipo se conserva todavía en el Delfinado. El suizo de aquella época fué abandonando barrancos y cavernas, y empezó á levantar chozas sobre troncos de árboles en el agua de los lagos. En casi todos los del país se hallaba esta clase de viviendas. Reemplazaron en las prendas de vestir las pieles por tejidos (fig. 26. 3. 4), como lo acreditan los retales encontrados entre los utensilios de piedra. Nada puede decirse acerca del corte de aquellos trajes, pero se infiere que, á causa del frío, tendrían que cubrir todo el cuerpo. La capucha, para preservar la cabeza de la lluvia y de la nieve, debió de ser tan indispensable como los techos de las viviendas, que eran muy

Fig. 26



puntiagudos. Las habitaciones lacustres, sobre puntales, subsistieron durante la edad de piedra, la de bronce y la de hierro; pero desaparecieron en cuanto invadieron el país los romanos. Según datos antiguos, los etruscos pasaron desde la llanura del Po á los Alpes y se extendieron por las montañas del Norte, situadas á orillas del Etsch, hasta cerca de Innsbruck. Es menester distinguir los etruscos italianos de los alpestres. Los primeros, en contacto con los helenos ó griegos, se sometían completamente á su civilización, mientras que los segundos mantenían sus añejas costumbres. El traje de los etruscos del Po fué al principio el asiático y más adelante el griego; del que usaban los habitantes de las montañas no existen datos. Las figuras á pie y á caballo de los bajo relieves de bronce descubiertos en la misma Suiza son tan toscas, que no es posible reconocer su traje. En cambio se conservan algunas pinturas que indican formas artísticas asiáticas, no helénicas, en las ropas. Usaban sayos y calzones los persas (fig. 27. 1. 2), los habitantes del Asia Menor, del Cáucaso, de la costa Norte del mar Negro y del Danubio (fig. 27. 3. 4) hasta la Galia (fig. 27. 5). Es de advertir que no se han hallado hebillas ni nada que pudiera haber servido para sujetar capas. En tiempos remotos los etruscos de los Alpes eran, como los habitantes del Asia

Menor, aficionados á los adornos, y hombres y mujeres llevaban aros de metal en el cuello, en los dedos, en los brazos, en las orejas y en el talle, como broche del cinturón, al cual se le aplicaban unas cadenas, también de metal (fig. 26. 5. 6). Los cascos hallados en Hallstadt son iguales á los etruscos más antiguos. Las espadas tienen la hoja de filos paralelos y de lomo abultado; las había de otras formas (fig. 26. 6).

Antes de la gran emigración de los pueblos, el mayor movimiento de los mismos ocurrió cuando la invasión de los celtas en el centro de Europa. Los celtas fueron costeano toda la parte Norte de Europa hasta llegar á los Pirineos, retrocedieron después, y cruzando los Alpes se extendieron por la alta Italia, donde acabaron con el imperio etrusco, continuando luego su invasión por el Danubio hasta el Asia Menor. Este período celta empieza el año 600 antes de Jesucristo y llega al tiempo de los emperadores romanos. Entre los objetos celtas que se han encontrado hay hebillas, collares y brazaletes con canales. Las espadas, en lugar de lomo abultado, tienen una ranura, pero la gran semejanza entre varios de

dichos objetos y los que usaban los etruscos, demuestra que ambos pueblos vivieron juntos largo tiempo.

A pesar de la rica colección que los museos alemanes poseen en armas, utensilios, herramientas, hebillas, aros, cadenas, etc., no existen en ellos ejemplares de los trajes de los antiguos celtas. Sobre su manera de vestir no tenemos, pues, más datos que algunos escritos romanos de la época de César y algunos restos de esculturas.

Con arreglo á estos escasos documentos podemos



decir que los celtas usaban calzón largo, atado en los tobillos (fig. 27. 5), sayo de mediana longitud con mangas cortas ó largas y á veces sin ellas; capa corta, sujeta al hombro derecho, y botas ó zapatos. Las telas de que hacían sus trajes eran de colores, rayadas ó de cuadros. Las diferentes tribus se distinguían, no sólo por el traje, sino también por la manera de llevar el pelo. Unos lo recogían en la coronilla, se afeitaban la barba y se dejaban grandes bigotes; otros lo trenzaban, y los de las orillas del Danubio se dejaban toda la barba y se cubrían la cabeza con un gorro en forma de *fez* (fig. 27. 3. 4). Los galos llevaban una especie de gorro frigio ó de capucha (fig. 26. 9) y, según los datos recogidos, sus jefes usaban coraza de dos piezas (fig. 26. 10 á 12), casco cónico ó puntiagudo, con plumero, cuernos ó alas; dos piezas en los hombros semejantes á charreteras; cinturón adornado con cadenas y menudas planchas de metal; escudo largo y rectangular, más ancho y abultado en el centro que en los extremos y forrado de cuero; espada larga, prendida á una cadena de hierro; puñal, lanza y arco.

Allá, por los tiempos de las guerras de Aníbal, los galos habitaban las pendientes Sud-orientales de los Alpes, hacia las llanuras del Po y las orillas del lago de Garda. Al Nordeste estaban los etruscos; en la parte más al Este, de la Carintia al Drave, los vénetos; en el Tesino y el país de los grisonos, otras tribus galas; en la comarca situada entre el Ródano y el Aar los rauracos, y entre el lago de Constanza y el de Zurich, los ligures. Todas estas tribus las comprendían los romanos en la denominación común de *helvéticas*. Los galos propiamente dichos adoptaron bien pronto las costumbres romanas, pero los montañeses de los Alpes se mostraron tan hostiles á todo lo que venía del extranjero, que los romanos intentaron despoblar el país á fuerza de matanzas. En realidad el traje romano, á excepción de la capucha, no era adecuado á los habitantes de las referidas montañas. Cuando la gran emigración de los pueblos, los germanos penetraron en aquel país, á la sazón muy poco poblado. Los borgoñones se apoderaron de la parte Oeste de Helvecia; los alemanes ocuparon toda la línea del Norte, donde hoy día domina aún su

idioma, y los godos sentaron sus reales en el Mediodía, donde se hablaban las lenguas romanas, en una región que fué habitada más adelante por los longobardos.

En el bajo relieve de un arco triunfal romano encontramos un germano de larga cabellera (fig. 26. 8) que no lleva más vestidura que dos pieles, una delante y otra detrás, prendidas en los hombros y plegadas, lo cual hace suponer que en la estación invernal soltaban los pliegues y se cubrían brazos y todo. Los germanos llevaban además capas y calzado; éste, según demuestran los hallazgos de los sepulcros, tenía unos agujeros por los que se pasaban correas para sujetarlo. Hasta que se pusieron en comunicación con los galos no usaron calzones ni se recogieron el pelo en la coronilla (fig. 26. 7. 13). En el Gabinete de Antigüedades de Zurich existe el fragmento de una coraza de hierro (fig. 28. 1) que procede, probablemente, de los alemanes y se compone de planchas prolongadas, soldadas unas á otras. El traje de los borgoñones debió de ser parecido al de los actuales montañeses de Escocia, por lo menos el de los ricos. Se componía de sayo rayado, bastante ceñido y con mangas cortas, colete de piel, capa ribeteada de color y zapatos altos de cuero; las piernas, á partir de las rodillas, iban desnudas. Los guerreros usaban escu-

Fig. 28



dos blancos convexos, arpones y hachas. En Tiefenau se han encontrado espadas y grandes arpones (fig. 28. 2), y en el pueblo de Onswala un hacha, dos hierros de lanza (fig. 28. 3. 4) y otras armas que, por su forma, no son galas ni francas, y que deben de haber pertenecido á los borgoñones. Sólo algunos escritos, y los relieves de la columna de Teodosio en Constantinopla, nos dan idea de la manera de vestir de los godos. Usaban calzones largos con picos por abajo, atados en las rodillas y los tobillos; sayo cerrado ó abierto por delante y abrochado con botones, de mangas cortas y que no llegaba á la rodilla; capa sujeta en el pecho ó en el hombro y zapatos de piel de caballo, atados con correas, que subían hasta los muslos. Únicamente los nobles gastaban cubrecabezas. Los longobardos se vestían con sayos de piel ó de lana ordinaria, sin mangas y que llegaban á las rodillas (fig. 29. 3); calzas blancas cortas que dejaban aquéllas al descubierto, y zapatos abiertos por delante casi hasta la punta y sujetos con correas. Más adelante tomaron de los romanos el uso de los calzones largos y de las polainas, que, con calzón corto, llevan aún hoy día los montañeses de los Alpes.

A partir del siglo VII, la Suiza forma parte del país de los francos. Según descripciones de Sidonio, escritas en el siglo V, los francos llevaban calzón que no llegaba á la rodilla, y según lo que dejó escrito también Agatías en el siglo VI, calzón largo de tela ó cuero, zapatos con largas correas, que se arrollaban por las piernas (fig. 26. 14), colete de piel para invierno y capa corta, semicircular, de piel ó de fieltro, prendida á los hombros (fig. 29. 1). Aunque se carezca de datos sobre ello, es lógico suponer que los germanos transformaron sus trajes con arreglo á las exigencias del clima, pero de ningún modo debemos figurarnos á los antiguos suizos vestidos con pieles de oso, sino con calzones, sayos de piel ó lana, capucha ó sombrero y calzado fuerte.

Hasta ya entrado el siglo XIII carecemos casi por completo de noticias para trazar la historia del traje de los suizos. El *Codex aureus* de San Galo, que pertenece al siglo VIII ó IX, contiene algunas miniaturas en las que se puede notar que las ropas romanas habían sustituido á las germanas. La túnica, el manto,

los calzones ceñidos, los zapatos, todo es allí al uso de Roma. Conviene, sin embargo, tener en cuenta que las citadas pinturas no son fiel trasunto de la manera de vestir de los pastores y cazadores de la montaña. Véanse allí guerreros, uno de los cuales lleva cota de escamas con mangas cortas y casco como los de los tiempos de Carlos el Calvo (fig. 28. 6). En el bajo relieve de un relicario de San Mauricio, del siglo IX, hay otro guerrero con cota de mallas, capucha redonda y mangas hasta medio brazo (fig. 28. 7). En la basílica de Zurich existe también un bajo relieve de fines del siglo XI, que representa al duque Burcardo de Suabia (fig. 28. 8) con túnica y calzón ceñido, casco cónico con celada y escudo de forma de corazón; todo ello parecido á las armas normandas del tapiz de Bayeux. Por las vidrieras de colores del convento de Koenigsfelden y las miniaturas de los manuscritos de Manesi, datos gráficos de los siglos XIII y XIV, se viene en conocimiento de los trajes suizos de los cortesanos y señores feudales de aquellas épocas. Las prendas son completamente alemanas: sayo largo hasta los pies; sobretodo sin mangas y con capucha, y capa prendida de los hombros; además, en la gente de suposición, la cara afeitada y largos rizos (52. 4 á 7). Véase igualmente el vestido para la dama noble, de falda larga y plegada, poco ceñida ó suelta del todo (52. 11), con el cuerpo descotado por ambos lados, el *suckeni* (52. 22), la capa, el velo y el aro en la cabeza. A las gentes plebeyas se las reconoce por los ropones más cortos y rayados, con capucha, que pasan apenas de las rodillas (52. 8 á 10). El tipo del guerrero está fielmente representado en la lámina 52. 1 á 3.

En las estampas del siglo XIV (52. 14 á 34) se advierte que empezaron á prevalecer las modas sobre la comodidad y el buen sentido. Llevábanse los vestidos más cortos y más ceñidos, sobre todo en la rica población de Zurich, pero las autoridades de la ciudad promulgaron una orden prohibiendo usar ropa ajustada y de colores variados, zapatos con punta de pico y capucha con cola muy larga. También se impusieron multas á los descotes en los trajes femeninos y al uso de la seda, perlas, metales y piedras preciosas. Mas la prohibición sirvió de poco, pues las gentes á la moda, á trueque de seguirla, pagaban gustosas la multa. Las imágenes de los altares y las pinturas murales de los conventos nos dan idea de la manera de vestir de las diversas clases sociales en el siglo XV. Véanse allí ropas de toda especie, anchas y estrechas, cortas y largas (52. 35 á 63. 53. 1 á 26). Los nobles llevaban la cabeza descubierta y el pelo rizado y largo hasta los hombros; túnica ceñida y calzas; cuchilladas, por las que asomaba tela de otro color, en el pecho y las articulaciones, y como calzado, zapatos de punta larga, cubiertos de planchitas relucientes. Las mujeres se ponían gorras altas ó tocas blancas alrededor del rostro, dejando sólo libres la nariz y los ojos; el pecho y la espalda descubiertos, y á cambio de la falta de tela por arriba, arrastraban por abajo larga cola. Los trajes eran de seda, terciopelo y pieles de varios colores, todos bordados y cubiertos de azabaches. Ambos sexos usaban sortijas, brazaletes y cadenas con medallones. Al lado de esta riqueza notábase, como contraste, la miseria más horrible. Con el lujo se depravó la gente, y aunque las autoridades trataron de ponerle coto, no lo consiguieron, porque ellas mismas estaban tocadas del propio mal.

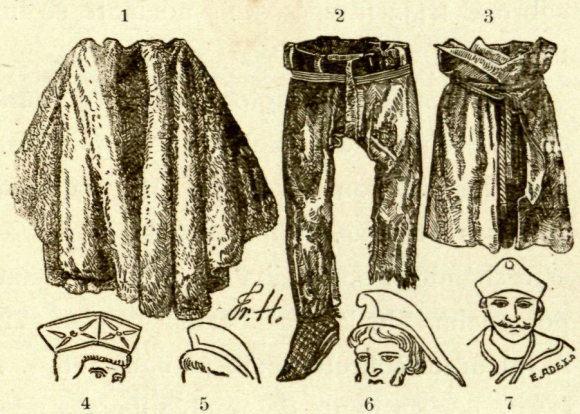
Como tras de los excesos viene siempre la reacción, así sucedió con las modas. En ello influyó la reforma religiosa, que procuró volver al uso de trajes más sencillos y decorosos. Los de Suiza, en el siglo XVI, siguieron la hechura alemana, aunque en forma más modesta; las cuchilladas y los abofellados eran menores en número. Entonces empezaron á llevarse gregüescos y calzones anchos (54. 4), los cuales gustaron tanto que se siguieron usando por largo tiempo á despecho de los cambios de la moda. Los soldados ó guardias suizos á sueldo en países extranjeros, los han usado hasta principios del siglo XIX. Suprimieron las mujeres los rizados de las mangas, que hacían muy anchas por arriba, las rellenaban con algodón en rama ó las suprimían por completo. Aunque á fines del siglo en Alemania, como en Suiza, fueron dejándose de llevar los trajes referidos, en este último país conservaron algo de lo antiguo, y se formó así un traje nacional que se distinguía del de los pueblos vecinos. Cada cantón adoptó una prenda

ó distintivo especial en el siglo XVII, por lo cual bastaba ver á un ciudadano suizo para saber en seguida á qué cantón pertenecía. Como allí la igualdad es la ley fundamental del Estado, no había trajes de ceremonia ni tampoco trajes oficiales ó uniformes. Sólo los empleados municipales de inferior categoría llevaban los colores de la ciudad, y en el pecho el escudo de ella (54. 3. 14. 18). Los mismos predicadores reformistas carecían de insignias ó adornos, y marchaban á la guerra como cualquier otro ciudadano, ciñendo la espada hasta en el púlpito.

Si de las alturas donde nace el Rhin bajamos á su desembocadura, hallaremos, en las islas formadas por los brazos del río, un pueblo que, en la época romana, se llamaba de los bátavos; más al Sur, los belgas, y al Norte, hacia el Weser, los frisios. Toda aquella región estaba cubierta por espeso bosque, y la principal riqueza de sus habitantes consistía en ganado, caza y pesca. Tenían pocas armas y defectuosas; se reducían por lo común á espada, cuya punta estaba templada á fuego, hacha doble de piedra afilada y escudo estrecho y largo de madera, reforzado con hierro y pintado de negro, encarnado y café. Las armas de hierro eran el puñal, el sax, la lanza y la framea; no conocían las defensivas. En la cabeza se ponían una piel de ciervo, de oso ó de otro animal. Aunque los romanos nos han dejado muy escasos restos de la vestimenta de aquellas tribus, por los ataúdes de troncos de árbol, de fecha más reciente, encontrados en los valles del Noroeste, venimos en conocimiento de que se cubrían todo el cuerpo, como lo exigía la crudeza del clima en aquel país. Los romanos dieron á conocer las capas cortas, de lana rayada de colores, de los bátavos, llamadas *gunna* ó *gonella*, que en la época de Carlomagno volvieron á estar en uso, como capas frisias y de un solo color. En Silesia se ha encontrado, en el tronco de un árbol, una capa de éstas, llamadas *fries* (fig. 29. 1), de una vara de largo por el triple de ancho, de forma semicircular, con una abertura en el cuello, de tela de lana parecida á la felpa. También se han hallado calzónes (fig. 29. 2) de lana, con las medias cosidas á los mismos y unos pasadores para el cinturón, y un delantal de lana tosca (fig. 29. 3), que llegaba desde el pecho á las rodillas é iba sujeto á la cintura por una correa. Los demás hallazgos consisten en gorras de lana ordinaria, de forma de gorro turco, zapatos de una pieza con ojales para las correas con que se ataban, y unas tiras á modo de vendas, cuya aplicación no se explica, á no ser que se las arrollaran á las piernas. Se ha encontrado asimismo el cadáver de una mujer que llevaba falda larga, plegada, un cinturón de muchas vueltas y jubón que no pasaba de la cintura, con medias mangas. Además de la lana, usaban las pieles de diversos animales, como las de oveja y de vaca; en prendas de vestir se ha encontrado, por último, una especie de capa, provista en los costados de aberturas para los brazos y que por delante se cerraba acaso con correas. Todos estos hallazgos pertenecen al lapso de tiempo comprendido entre el siglo III y el IX. Por el género y por el corte deben considerarse como productos del país, pero los adornos metálicos son á todas luces trofeos de guerra.

Después de los romanos, los francos dominaron los valles alemanes del Este, y los referidos hallazgos completan las descripciones más antiguas del traje de las tribus francas. Los individuos de éstas llevaban, como sabemos, sayo estrecho con mangas cortas y cinturón ancho, y desnudas las piernas; pero, según autores modernos, calzones anchos y largos de hilo ó cuero, y la parte superior del cuerpo desnuda. Se supone que los francos iban á la guerra tan ligeros de ropa, pero que se abrigan más cuando llegaban los rigores del invierno. La gorra que usaba Carlomagno (fig. 29. 7) se parece á otra que puede verse en los frescos de la abadía de San Sabino, en Poitou, del siglo XI, y es un término medio entre el gorro frigio y la gorra escocesa (fig. 29. 5. 6); había igualmente gorras cuadradas (fig. 29. 4). El traje romano no

Fig. 29



fué tan rápidamente adoptado por los germanos que quedaron en su propio país, como por los que habían emigrado y fijado su residencia en las provincias romanas. Como al dividirse el imperio de Carlomagno ni Francia ni Alemania podían influir en la variación del traje, el romano fué el que predominó, desterrando las antiguas prendas nacionales. No se sabe cuánto tiempo subsistieron entre los habitantes de los valles del Rhin; sábese únicamente, por estampas, que hasta fines del siglo XIII fueron de igual forma que las de los países vecinos, copiadas de los romanos. Así como en política, Francia se había adelantado á Alemania en la manera de vestir; sus frecuentes relaciones con Inglaterra y los Países Bajos influyeron mucho en sus trajes y hasta en los de Suecia y Alemania. Los paños finos, las felpas y el cuero fueron constante producto de los Países Bajos; hacia mediados del siglo XII la fabricación de paños, y con ella el tinte, se extendió por casi todo el Este de Europa. En el siglo XIV, cuando Inglaterra y Francia se aniquilaban en continuas guerras, los Países Bajos adelantaron mucho en la fabricación de tejidos de lana, hilo, seda y algodón; su unión con la Borgoña les aseguró, en el siglo XV, cierto poder legislativo sobre el traje francés. Más adelante se introdujeron en aquella nación los trajes italianos, alemanes y españoles.

Mientras en los siglos XIII y XIV dominaba en los pueblos de las fuentes del Rhin el traje alemán, en la desembocadura del mismo regía el francés. En el siglo XIII la tunicilla corta de los franceses bajó hasta los pies con la cómoda anchura de una falda (72. 3. 5. 14), y sólo los trabajadores conservaron las antiguas prendas. A fines de los siglos XIII y XIV la túnica se acortó hasta media pierna (55. 1 á 6), estrechándose por arriba ó sujetándola con un cinturón. La gente pobre poníase debajo de la túnica y por encima de las calzas, una camisa (72. 4. 5. 7). Como prenda de abrigo todas las clases sociales llevaban un sobretodo sin mangas (55. 5. 72. 3), y las más acomodadas capa, puesta de varias maneras (72. 2. 18). La gente del pueblo llevaba además la *pænula* cerrada con capucha, ésta como prenda aparte ó sujeta al sayo (72. 3. 6. 7). Usábase también gorra ajustada (55. 6) y sombrero redondo fuerte (72. 4) ó de paja con ala ancha (72. 17). Los calzones eran estrechos y unidos á las medias y los zapatos bajos, cerrados ó abiertos por el empeine. El vestido femenino del siglo XIII era largo, de anchos pliegues y cómodo (72. 10. 15); la prenda favorita, una sobrefalda larga y sin mangas (72. 9 á 11); como abrigo la *pænula* y la capucha (72. 16), pocas veces la capa (72. 15). En la cabeza se enroscaban de mil maneras un paño blanco ó se ponían la capucha (72. 9. 10). En el siglo XIV se determinó la inclinación á estrechar y acortar los vestidos de ambos sexos. Hacia mediados del mismo, el sayo de los hombres, especialmente de los jóvenes, llegó á ser tan corto que no alcanzaba á la rodilla, y tan estrecho que más bien parecía una camisa de fuerza; no había de hacer ninguna arruga (55. 14. 16. 23). Menos raro y más explicable era este cambio en el traje femenino. Hacia fines del siglo XIV se empezó á descotar el cuerpo y á tapar parte del descote con una pechera, pues la parte superior del seno quedaba al aire (75. 4). Respecto al peinado, las mujeres se sacaban raya y hacían trenzas que dejaban colgar por la espalda ó recogían en lo alto de la cabeza; durante algún tiempo llevaron también la *gugel*, especie de capucha (55. 27), pero pronto la sustituyeron por una gorra parecida (75. 1). Se ponían, además, en torno al cuello, cubriendo la barba, una tela blanca y fina, llamada gorguera, que servía de marco á la cara y caía sobre los hombros (75. 1), tapando al mismo tiempo el descote (73. 19). Esta prenda la usaban solamente las personas formales ó de edad mediana. Hacia el año 80, las señoras de alta categoría empezaron á usar unas gorras altas cilíndricas con borde arrollado (73. 22), muy bordadas y de las que colgaba hacia atrás un velo corto (fig. 30. 7); á veces envolvían el cabello en una red de seda con adornos de metal y con un aro en forma de corona por encima (55. 12. 13). Las clases bajas siguieron esta moda hasta donde sus medios se lo permitían. Los labradores vestían calzas ajustadas, zapatos ó botas y sayos holgados atados á la cintura, con picos por abajo, mangas largas y capucha redonda (55. 20. 25). Las labradoras llevaban vestidos con mangas que llegaban al suelo, medias, zapatos y tocas dobladas por encima de la barba y

caídas sobre el pecho (55. 18. 28). Entre la gente trabajadora estaba muy en boga el delantal (55. 23) y como prenda de abrigo una *husse* y un paño cerrado todo alrededor (55. 20. 30).

Fueron incalculables las variaciones que el traje neerlandés sufrió en el transcurso del siglo xv. Las calzas se componían de dos piezas muy unidas, sujetas con corchetes en los riñones y entrepiernas, y por delante tenían una bolsa para las partes genitales que se abrochaba por arriba. El sayo ó jubón, que solía tener el cuello alto y pequeño, fué estrechando y acortando, de modo que apenas cubría las caderas. Cerrábase por delante con botones ó corchetes (75. 30), se rellenaba de guata en el pecho y en los hom-

Fig. 30



bros y el talle era muy ceñido para que resaltase el contraste entre lo ancho de la parte alta y lo estrecho de la baja. Las mangas fueron más cortas, y en el pecho y en la espalda se abrían unos grandes escotes que se sujetaban con cordones (57. 19. 21). Muchas veces la túnica llegaba á las rodillas, y entonces las mangas eran anchas y con picos (56. 35). En lugar del jubón ó por encima del mismo, se usaba la *schecke*, semejante á la antigua túnica de los labradores (55. 25. 35), que solía ser muy corta (55. 33. 34. 38. 41; figura 30. 6) y tenía los hombros altos y las mangas larguísimas y anchas, con picos en los extremos (57. 5); á veces las mangas eran de forma de saco (57. 3) ó no había más que aberturas para los brazos (55. 33). La *schecke* se llevaba con cinturón ó sin él (55. 38); en ocasiones se hacían muchos pliegues con ella en la cintura (fig. 30. 6). En lugar de esta prenda se llevaba también capa corta (55. 58) ó la *husse* recortada (55. 42).

Distinguíase aquella época, en punto á indumentaria, por la variedad, el capricho y las discordancias. Así, mientras las calzas eran muy estrechas, las prendas de cuerpo eran tan anchas que la figura desaparecía dentro de ellas (77. 10. 12). Tenían cola y mangas tan largas que llegaban casi al suelo (57. 8. 77. 12),



con aberturas para pasar los brazos (58. 17). También había mangas dobles, una de las cuales servía como tal, mientras que la otra caía suelta ó perdida (así se llamaba) por la espalda. A fines del siglo se empezó á llevar el sayo hasta los tobillos ó cuando menos más abajo de las rodillas (56. 17. 58. 13. 16; fig. 30. 10). Como sobretodo se gastaba una prenda completamente cerrada, ó sólo por el pecho, llamada *simarra* (76. 11. 77. 18; fig. 30. 12), con abofellados, á veces en los hombros, ú otra denominada *husse*, abierta por los costados y con picos en éstos y en la orilla de abajo (56. 31). La capa servía de prenda de abrigo (56. 29). En los tocados había también gran variación: solía llevarse la capucha puesta, con la cara al descubierto (57. 5. 8), gorras que parecían morteros, con reborde y sin él (55. 34. 76. 17. 19), y sombreros cónicos con la punta cortada, altos ó bajos, con el ala levantada por detrás y por delante algo caída y formando pico (55. 38. 39. 41. 58). Los príncipes se ponían en estos sombreros la corona (55. 52). Estaban igualmente en boga sombreros bajos cilíndricos, de ala recta ó levantada, y muy exagerados á veces en lo tocante al tamaño (56. 35); otros, en cambio, eran tan chicos que apenas cubrían la parte superior de la cabeza; éstos iban adornados con plumas (57. 21). Tanto gorras como sombreros se adornaban con tiras de seda puestas á modo de turbante ó caídas por hombros y brazos. Las personas de alta posición llevaban gorra y sombrero al mismo tiempo; la primera puesta y el segundo en la mano (76. 18) ó colgado á la espalda (76. 20). La cara se solía llevar afeitada del todo y el pelo medianamente largo. El calzado era muy puntiagudo y con suela de madera.

En la época borgoñona las prendas principales del traje femenino consistían en una interior y otra exterior: el *brial* y el vestido propiamente dicho. El primero tenía cola cuando se llevaba solo (57. 20); cuando no, era más corto, con medias mangas (76. 3), abierto por delante y abrochado en el pecho con corchetes. El vestido era siempre de cola, ceñido por el cuerpo hasta el talle ó sujeto por debajo del pecho con un cinturón (55. 44. 48); tenía mangas largas y escote triangular (por detrás á veces como por delante), con la punta hacia abajo hasta tocar la cintura. Este escote iba orlado con una especie de cuello ó solapa vuelta (55. 56), con el ancho hacia abajo en disminución. El triángulo referido del escote se cubría, en parte, con una especie de pechera por delante (57. 18), y por detrás con la camisa (59. 13). Usábase también el vestido como antiguamente, cerrado hasta el cuello y con uno de la misma tela alto ó doblado (57. 2. 4. 6. 13). Las formas de las mangas eran muy numerosas. Además de las sencillas (57. 12) las había de saco, en cuyas costuras se pegaban unos picos (56. 36), y abiertas y anchas con las bocamangas igualmente de picos (56. 33), con aberturas para pasar los brazos (56. 31). A la par que largos, se llevaban también vestidos cortos (fig. 30. 8. 11), y en esta época empezaron á dividirse en falda y justillo; éste ajustado y la falda con muchos pliegues (56. 33). El traje de ceremonia más en uso era el *surkot*, con cuerpo y capa de piel de armiño (76. 1). Los tocados femeninos variaban mucho, pero todos ellos pueden reducirse á tres, que son los principales: el primero consistía en la gorra alta formada de rollos de la que ya hemos hablado (73. 22. 24. 76. 23); el segundo era el *hennin*, montera cónica, dos y tres veces más alta que la cabeza, con la punta vuelta hacia atrás y cubierta con velo, que caía á veces hasta el suelo (55. 47. 48. 56. 57. 18. 20); la tercera forma de tocado era una combinación del *hennin* con un tinglado de tela blanca, á modo de alas, que se sostenía con alambres (76. 19). Encima de los tocados se colgaban velos (55. 43. 50. 57. 12) y éstos en ocasiones sobre dos *hennins* bajos, colocados á derecha é izquierda á manera de cuernos (57. 2. 13). El cabello iba oculto, á excepción de una parte de las trenzas, puestas por delante en torno á las orejas. El calzado era como el de los hombres, muy puntiagudo y con suela de madera (57. 16).

Quando la Borgoña fué destrozada en la guerra contra los suizos, las modas italianas sustituyeron á las neerlandesas, pasaron á Francia por virtud de las campañas de Carlos VIII en Italia y de allí fueron á los Países-Bajos. Perdió entonces el traje holandés sus vistosos adornos, adquirió carácter más severo y se acondicionó además á las crudezas del clima. Por lo que toca á los hombres, fueron suprimiéndose

las prendas guatadas y ceñidas y empezaron á llevarse abiertas por delante y más holgadas (59. 4. 9. 10). Siguieron llevándose las mangas abofelladas, pero con «rellenos» muy moderados ó sin relleno alguno (59. 18. 23. 24). Las orillas, antes completamente abiertas, se sujetaban en tres ó cuatro sitios, mediante corchetes y cintas de colores (59. 2). En el calzado se suprimieron las puntas y se usaba ancho (59. 3. 4. 9). Fué disminuyendo la gran diversidad de tocados: llevábase un casquete ceñido á la cabeza y algo ladeado, con ala vuelta hacia arriba y adornado de varias maneras (59. 3. 4. 6. 10), con cintas colgantes que formaban una lazada en el pecho. El traje masculino varió sin transición apenas; el femenino aún más rápidamente. Hacia el año 1480, los vestidos, que antes arrastraban la cola por el suelo (59. 5. 60. 5), se acortaron un tanto; pero en el siglo siguiente aun arrastraban, levantándose con la mano ó por medio del cinturón. Esto desapareció al empezar el siglo XVI. El escote fué también disminuyendo, y se llevaba cuadrado y cubierto por la camisa (59. 11. 12. 60. 3. 5). El cinturón bajó á las caderas (59. 12. 60. 5). Estaba en uso una especie de sobretodo hasta las rodillas, con escote triangular y mangas anchas, abiertas y colgantes (59. 16). Esta prenda, que hacía los oficios de capa (59. 5), era abierta por delante y tenía aberturas pequeñas para los brazos. A los tocados altos sucedieron los gorros chatos y ceñidos, algunos de ellos de seda bordada de oro, que servían únicamente de marco á la cabeza (59. 12. 16), y otros mayores (*templette*) generalmente negros, con el borde de oro ó plata, que dejaban el pelo libre, caído por las sienas y mejillas hasta los hombros. Esta clase de gorros se adornaba de diferentes maneras, ya con un rollo de colores, sujeto á la nuca (59. 11), ya con un paño negro por encima de la cabeza que caía sobre un hombro y á veces volvía á recogerse hacia arriba (59. 12. 16). Empezaron por entonces á estilarse diademas y chapas de oro en las sienas (59. 13), adorno que usan todavía las mujeres holandesas de algunas regiones. Calzaban pantuflos ligeros, de terciopelo ó raso, por encima de los cuales se ponían botas de cuero. Los guantes eran de rigor entre las personas de categoría.

Los campesinos sólo seguían, en lo posible, las modas en sus vestidos de fiesta (58. 6. 7. 10. 11). Llevaban camisa, calzones de cuero ó paño burdo, atados á menudo en los tobillos, jubón, sayo con mangas largas, sujeto por el cinturón, capucha de cuello, zapatos ó botas con polainas, y sombrero ó gorra redonda con el ala vuelta hacia arriba. Las labradoras vestían (en los días festivos) traje ceñido (58. 12), con mangas largas y estrechas, y sobretodo sin mangas, más corto que el sayo, que llegaba hasta los pies. El traje de diario (56. 19 á 21. 23. 28) se componía de camisa, sayo, toca en la cabeza, delantal, calzado ordinario y sombrero ó capucha. Los cobradores de contribución se distinguían en los mercados y tabernas por sus gorras redondas y sus ropas de color violeta, con sobretodos blancos (56. 22. 24. 25), que parecían camisas. La moda italiana dominó sólo en Flandes, y no tuvo la influencia de la borgoñona. En la primera mitad del siglo XVI, á la vez que el traje ceñido, se usaba el ancho, lleno de abofellados y de colorines. Los hombres adoptaron los calzones anchos ó gregüescos, con cuchilladas forradas de seda. El jubón de escote cuadrado se rasgaba por pecho y espalda, horizontal y perpendicularmente, y las aberturas se rellenaban de seda de colores; las mangas se acuchillaban de la misma manera en los hombros y los codos; poníanse faldetas postizas que llegaban hasta las rodillas. El sobretodo siguió el mismo que antes y el calzado también. El pelo se llevaba cortado por la frente en línea recta y cubierto con una

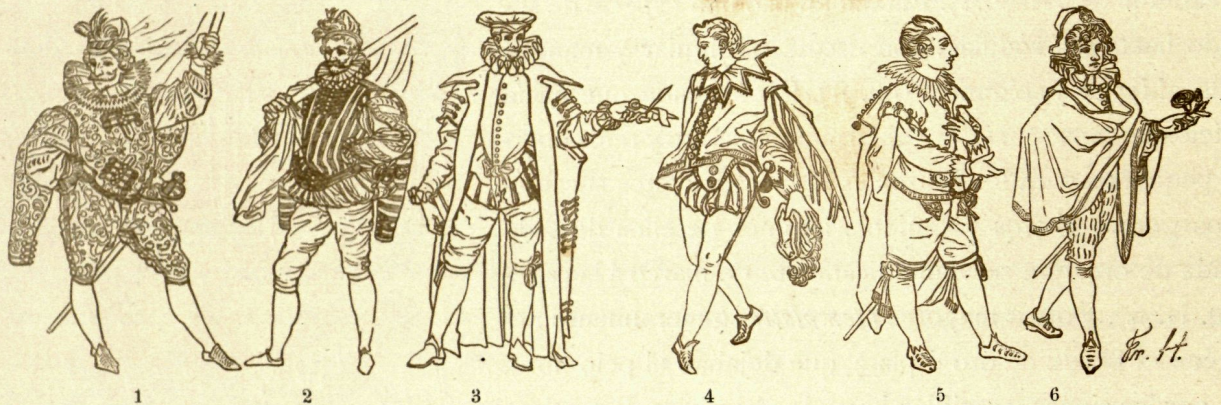
Fig. 31



toca ó gorra ancha á la tudésca. El traje de la mujer fué variando igualmente y adquiriendo las formas alemanas. El cuerpo iba abierto por el pecho y cubiertas las aberturas con colores; las mangas llenas de abofellados y adornos, y el borde del escote guarnecido de un bordado.

En la segunda mitad del siglo XVI, á las risueñas modas alemanas, con sus cuchilladas, colores y abofellados, sucedieron las modas españolas, severas, rígidas y de tintas oscuras; desaparecieron los escotes, se estrecharon las cuchilladas y volvieron á rellenarse y á redondearse los abofellados. El jubón de los hombres subía hasta el cuello y se abrochaba por delante (60. 15), y entre los guerreros se llevaba á la española, sin mangas (60. 16); los gregüescos seguían anchos, pero sólo llegaban á medio muslo (60. 17; fig. 31. 7. 10) (*trousses*). Los comerciantes apenas los usaban, y sí calzas de tejido casi tan largas como las piernas (60. 15). El sayo se redujo á justillo; en lugar de toca ó sombrero español estilábase gorra alta, con borde de pieles, y el uso de la gorguera se había generalizado. El traje femenino, como

Fig. 32



el masculino, iba cerrado hasta el cuello, al que rodeaba una gola rizada. Las mangas se llevaban más estrechas y con pespunte formando dibujos.

Después de sangrientas luchas, los neerlandeses se libertaron de la dominación española, y así como la guerra, la moda extranjera dejó sus huellas durante largo tiempo, de tal modo, que el traje nacional neerlandés tomó por base el traje español. Después de la decadencia de Amberes, la nobleza y los elegantes daban en Holanda el tono de la moda; más adelante la corte de Enrique III de Francia introdujo las suyas, amaneradas, y entre ellas la de rellenar el pecho en forma de pechuga de ave (fig. 32. 2. 3); los guerreros adoptaron este relleno porque les servía de coraza. Las mangas ensanchábanse desde la muñeca hasta los hombros (fig. 31. 1. 9) ó se abofellaban en la parte alta. Llevábanse también gregüescos con abofellados en las caderas (fig. 32. 2) que iban en disminución hasta debajo de las rodillas (figura 31. 1. 9). Se empezó á estilar justillo corto (fig. 32. 4), parecido á la *schecke* (compárese 55. 38. 49), cerrado por delante, con hombreras y con mangas perdidas (82. 21). Siguió en uso la capa corta española con cuello alto ó vuelto (60. 17) ó con capucha (fig. 31. 10); á la par se estilaba otra capa más larga (fig. 32. 5), ancha y con pliegues, uno de cuyos extremos se recogía y echaba por encima del hombro opuesto (fig. 32. 6). Las personas serias preferían á la capa el gabán largo ó *schaube* (fig. 32. 3). Para cubrir la cabeza se llevaba gorra chata, que se ensanchaba por arriba formando pliegues (fig. 31. 6. 10). El calzado se amoldaba á la forma del pie y los tacones aun no estaban en moda. En los funerales los hombres iban de negro ó gris oscuro, con capa negra.

Las mujeres no siguieron tanto como los hombres la moda francesa; conservaron el traje español en casi todas sus partes, añadiéndole tan sólo algunos detalles de las modas alemanas. Los vestidos, por abajo, descubrían las puntas de los pies, y por arriba llegaban hasta el cuello, que rodeaban con una gorguera. El traje interior tenía cuerpo ceñido con mangas largas y estrechas (fig. 33. 5) y á veces con rollos y abofellados en los hombros. Si el cuerpo era escotado, se llevaba en el escote una camisa muy

tupida para cubrir la carne (60. 18. 20. 21). La falda iba sujeta al cuerpo y no tenía pliegues ó eran muy pocos (60. 20. 22). Si se ponían los dos trajes, el interior y el de encima, sólo éste llevaba rollos en los hombros y carecía de mangas (60. 18; fig. 33. 8); á veces solía ir abierto desde el cuerpo hasta abajo (60. 22). Además llevábase otro cuerpo sin mangas, á estilo alemán, que sólo llegaba á la parte inferior del seno, al que ceñía (60. 12. 13; fig. 33. 6. 8). El vestido que generalmente se llevaba encima era abierto desde el cuello hasta abajo, ajustado sólo en los hombros y luego suelto y ancho, cayendo en línea recta hasta los pies (fig. 33. 1). Esta prenda no solía tener mangas, ó de tenerlas, eran cortas con abofellados en los hombros, ó largas, abiertas y colgantes. Empezaron entonces á estilarse en los Países-Bajos varias prendas propias únicamente de aquella nación y de los alemanes vecinos.

Así, por ejemplo, una especie de tocas de paño negro ó gris, de diverso tamaño, que formaban muchos pliegues y cubrían la cabeza. En Flandes y en el Brabante la *hoike* era un tocado de forma de óvalo prolongado y abierto por la mitad (60. 20. 21; fig. 33. 7); la parte recta tenía un metro de largo, por el centro se sujetaba á la frente y los extremos caían hacia abajo formando grandes arcos, merced á una varilla flexible de madera ó metal que se metía por el borde de la tela; la parte de ésta que caía por detrás se recogía formando un solo pliegue (fig. 33. 3) y se sujetaba á la espalda, de modo que quedaba cubierta por la tela que colgaba de la cabeza. Las holandesas usaban otra *hoike* (60. 11. 12), hecha de pedazos triangulares y recogida por arriba formando muchos pliegues, sobre la cual se ponían una gorra redonda con ala grande que colgaba por delante de la cara é iba recogida por las sienes y la nuca. En Bruselas y Amberes las mujeres llevaban capas parecidas, pero no se cubrían la cara. En la

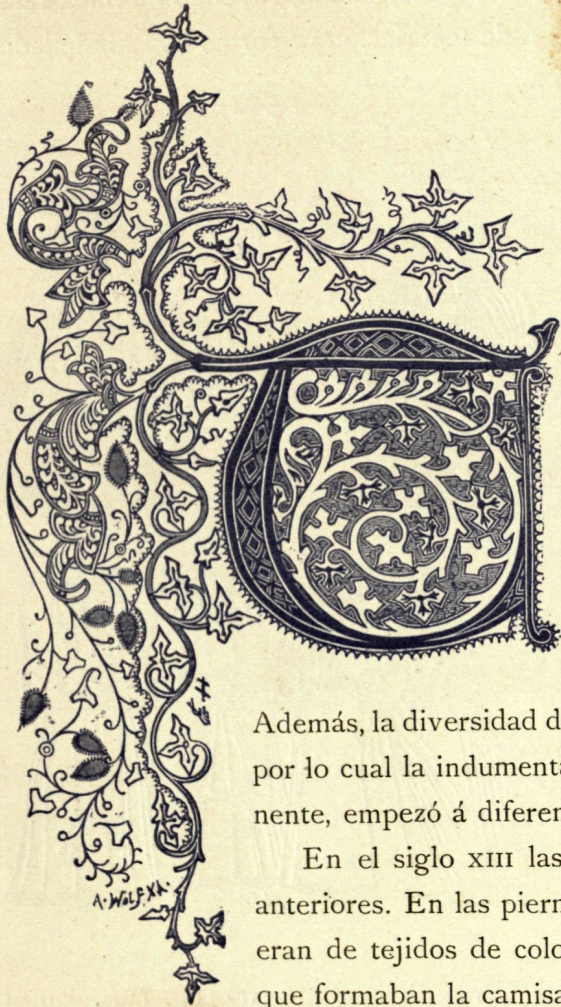
Fig. 33



primera de estas ciudades usaban sombreros de paja negra de forma de marmita (fig. 33. 1. 4). En el Bajo Rhin estaba muy en boga una cofia de tela blanca que cubría la frente al modo de gorra «María Estuardo,» se ensanchaba por las sienes y volvía luego á ceñirse al rostro (60. 22). Por detrás era redonda y guatada, y terminaba á menudo por delante en dos puntas que parecían cuernos y llegaban al pecho (60. 13). Habíanse generalizado los delantales, que servían para abrigo y limpieza (60. 11 á 13). Los aldeanos llevaban calzas con abofellados en los muslos, zapatos bajos, sayo abierto con cinturón, abrochado en el pecho con corchetes, y con mangas ceñidas en el antebrazo y abofelladas por los hombros, jubón ancho y gabán cuyos faldones formaban muchos pliegues. Por último, sombrero redondo con ala recta alrededor ó levantada por los lados y por detrás. Las aldeanas llevaban una especie de corsé de colores vivos (compárese 82. 10), con escote grande cuadrado, abrochado hasta la cintura y sin mangas. Por encima iba el cuerpo del vestido, también sin mangas, y cuando las tenía eran postizas y prendidas únicamente por medio de un botón (60. 11 á 13). Los marinos y pescadores (60. 10; fig. 31. 2. 3) usaban un traje especial, adecuado á sus ocupaciones, compuesto de calzones largos, anchos y abiertos por abajo; zapatos bajos, justillo con mangas largas y estrechas y cuello alto, y otro jubón por encima con faldones y mangas cortas, abierto sólo por abajo. Acostumbraban á llevar cinturón con bolsa de cuero, gorra alta de fieltro ó piel y, cuando lo exigía la temperatura, abrigo de paño grueso con capucha (fig. 31. 2).

## IV

## Los ingleses



Tiene el traje inglés ciertas particularidades por las cuales se le conoce al punto, á pesar de que se diferencia muy poco del usado en el resto de la Europa occidental, siendo en ocasiones el mismo. Así como los vegetales de la misma especie crecen de distinto modo según el suelo donde se plantan, así los trajes varían según el país donde se llevan.

Además, la diversidad de costumbres y de forma de gobierno producen modificaciones, por lo cual la indumentaria británica, á pesar de su íntima relación con la del continente, empezó á diferenciarse de la misma desde la Edad media.

En el siglo XIII las ropas masculinas venían á ser iguales á las de los tiempos anteriores. En las piernas poníanse calzas con pie, que, para las gentes acomodadas, eran de tejidos de colores (61. 39); sobre las mismas salían las bolsas y abofellados que formaban la camisa (61. 41; compárese 9. 8). También se llevaban calzones cortos á la normanda, que se ataban á las rodillas (62. 27). La túnica no podía negar su procedencia romana; en la gente obrera bajaba hasta las rodillas (61. 18. 19) y en las demás clases sociales hasta los tobillos. Las mangas eran largas, ceñidas en la muñeca y anchas en los hombros (61. 19. 23. 29. 37). A fines del siglo eran ya estrechas de arriba abajo y abiertas por detrás, en el antebrazo, donde se abrochaban con botones. Sobre la túnica citada solía usarse otra más corta (61. 25), por lo general, que en las personas de categoría no pasaba de media pierna (61. 2) y cuyas mangas eran anchas, pero mucho más cortas que anteriormente, tanto que á veces no llegaban más que á la sangría; dichas túnicas se sujetaban por medio de cinturón. Durante el reinado de Enrique II empezó la moda de recortar en pico las prendas (62. 26), aunque esto se prohibió á cierta clase de gente. Como abrigo se estilaba una túnica sin ceñir, con mangas anchas y largas, abierta por delante ó con aberturas para los brazos (61. 16. 17), que en el latín de entonces se denominaba *super totus* (sobre todo) ó balandrán. También se estilaba la *penula* (61. 15) y la esclavina con capucha (61. 14). Los peregrinos solían llevarlas sin ella (61. 44). Usábase igualmente como abrigo la capa, bien que como prenda de fiesta y entre gente rica; tenía, como siempre, corte semi-circular, se prendía en el hombro derecho (61. 4) ó colgaba por detrás sobre entrambos, sujetándose delante con un doble cordón (61. 2). Por lo general se llevaba la cabeza descubierta, pero se usaban también gorras diferentes, entre ellas la cofia característica del siglo XIII (61. 19), ceñida y sujeta con cintas por debajo de la barba. Había, á la par, otras bajas, algo puntiagudas y con el borde inferior levantado,

como si fuese un ala recta (61. 16. 27. 62. 15). Nadie, ni aun la gente más pobre, solía ir descalzo; los zapatos eran largos, puntiagudos y enteramente cerrados ó abiertos por el empeine (61. 22), teñidos de negro ó á cuadros de colores, según la categoría del individuo. Veíanse, asimismo, de vez en cuando, sandalias y cordones que se arrollaban á las piernas, cruzados y no en forma de espiral como antes (compárese 62. 25). La nobleza usaba calzado puntiagudo, al estilo de Francia, y guantes de tela. En la primera mitad del siglo los hombres llevaban el pelo medianamente largo, echado hacia atrás, rizado y sujeto con aros ó cintas, y el bigote y la barba á gusto de cada cual. Más adelante se rasuraban, por lo común, todo el rostro, pero aumentaban el rizado de la cabeza.

El traje femenino sufrió á principios del siglo XIII cambios importantes. El vestido continuó largo hasta los pies, con mangas ceñidas hasta las muñecas y cinturón flojo en las caderas (61. 1); pero cuando sobre este vestido se ponían otro, el segundo, llamado *cotte* y también *cyclas* ó *cyclaton* (por ser de tejido fabricado en las Cíclades), no tenía enormes mangas perdidas ni solapas y lazos de abigarrados colores. Estrecháronse las mangas y se acortaron, de manera que llegaban solamente al codo ó cuanto más á la mitad del antebrazo (61. 6. 8. 13), y alargáronse las faldas hasta arrastrar por todos lados. Una poesía satírica de aquel tiempo dice: *Las damas llevan las colas mil veces más largas que los pavos reales*. Cuando el vestido tenía cinturón á él se sujetaba la falda; cuando no, se recogía con la mano. A principios del siglo usábase la ropa holgada por arriba (61. 6), pero al final la moda hizo que se llevase ceñida al pecho y á la cintura, y como larga no más que hasta los pies (61. 6. 13). Las bocamangas se doblaban hasta más arriba de los codos; el cinturón, aunque ya no sujetaba, quedó como adorno. La capa (siempre de corte semicircular) se colgaba de los hombros y se sujetaba con un broche ó con cordones (61. 1. 6. 13). Ya en tiempos del rey Juan (1199-1216) usaban las mujeres un lienzo fino blanco (*gorget* ó *gorguera*) con el que daban dos ó tres vueltas al cuello (61. 6. 13) y rodeaban la cara por ambos lados, y al que sujetaban en lo alto con una porción de agujas y alfileres. Las estampas de la época no dejan ver claramente de qué modo se ponían este lienzo, sobre todo las jornaleras, pero se supone que era por la cabeza, cruzándolo por delante del cuello y echándolo luego hacia atrás (61. 8). Las damas distinguidas usaban un velo que caía sobre los hombros ú otro más largo que llegaba á veces hasta el suelo y sobre el cual, en la cabeza, se ponían un aro de oro, una corona ó guirnalda de flores. Ya no se estilaba el pelo suelto ó hecho trenzas, sino recogido detrás y metido en una redecilla (61. 7). Dícese que se llevaban medias de paño, y bordadas de oro las de las grandes damas. Calzaban botas bajas ó zapatos puntiagudos.

La vestidura regia se componía de túnica y dalmática (61. 2. 4); aquélla con mangas largas y estrechas y ésta más corta, con mangas igual de largas pero más anchas; capa grande ó manto, zapatos bordados y las insignias reales. Una miniatura del siglo XIII (61. 11) nos muestra al rey Eduardo I (1272-1307) vestido casi lo mismo que cuando en 1774 lo enterraron en la abadía de Westminster. Consta su traje de dalmática roja con mangas largas y anchas; una cinta de estilo bizantino, larga, blanca y bordada de oro; estola cruzada dos veces por el pecho; capa larga, ribeteada de escarlata, y corona. Para los empleados de la corte y del Estado no existía, al parecer, traje especial.

Los trajes del siglo XIV (que comprende los reinados de Eduardo I hasta 1307, de Eduardo II hasta 1327, de Eduardo III hasta 1377 y de Ricardo II hasta 1399) demuestran que en Inglaterra, como en toda la Europa occidental, estaban en boga las prendas de debajo estrechas y cortas, y las de encima anchas y largas. Durante el reinado de Eduardo I siguió en uso el traje antiguo; pero á fines del turbulento reinado de Eduardo II la moda adoptó colores tan chillones y formas tan extravagantes que, en tiempo de Eduardo III, dió lugar á la mayor transformación en la manera de vestir que se vió en el país desde la conquista de los normandos hasta la época de la reina Isabel.

A mediados del siglo XIV el traje masculino de la gente acomodada era enteramente igual al de los franceses. Consistía en calzas bastante ceñidas (62. 38, 63. 12. 13), sujetas por arriba al justillo y á menudo

con suelas, mediante las cuales servían al propio tiempo de calzado. El sayo (*cotte-hardie*), que la gente del pueblo llevaba holgado y hasta las rodillas (63. 1) y más corto la gente noble, no alcanzaba sino á medio muslo, era ceñido y sin arrugas y con mangas abrochadas por detrás en el antebrazo, que iban ensanchándose y alargándose hasta la mitad de la mano (63. 13). Con frecuencia estas mangas no cubrían más que la parte superior del brazo (63. 10. 12), de donde partían unas tiras colgantes de paño ó piel, cubriendo el antebrazo la manga del justillo. El sayo se abrochaba por delante y encima venía la capa semicircular (63. 13), bastante larga, con picos en las orillas, sujeta al hombro derecho con grandes botones y con la parte de delante echada sobre el hombro izquierdo. A la vez que se llevaba el justillo muy ceñido, usábanse túnicas anchas, tan largas á veces como la *robe*, que formaba cola y estaba abierta por el pecho ó por los lados (63. 20. 21), ó como la *husse* (llamada también *paltot*), sin mangas y abierta por ambos lados igualmente (compárese 66. 2). Había mangas de todas hechuras: unas que en lo ancho llegaban á las rodillas y en lo largo hasta el suelo (63. 20. 21); otras cerradas ó en forma de cornamusa (64. 14. 15), á las cuales las gentes de entonces llamaban «cajas del demonio,» porque todo lo que se robaba se metía en aquellas mangas. Durante el reinado de Ricardo II, que fué el hombre más atildado en el vestir de su época, se aplicaban las mangas anchas á los trajes ceñidos, y las estrechas y cortas á los de cola (62. 55. 56), que, por la parte superior, eran también ajustados; con lo cual los hombres, vistos por detrás, parecían mujeres. A estos largos ropones se les ponía cuello alto, que por delante llegaba á la barbilla y por detrás á la raíz del pelo. Usábanse, aunque no tanto como en Alemania, telas de colores, y éstos divididos (*party-coloured*), picos y piezas en los bordes y campanillas (63. 20). A la capucha se la proveía de largo apéndice y se colocaba sencillamente con una especie de esclavina que podía abrocharse (63. 12) ó se arrollaba como un turbante (63. 20). La gorra alta, cilíndrica y sin alas, á la francesa, así como el calzado puntiagudo, llamado *crakowes*, estaban muy en boga. El pelo se llevaba largo y cuidadosamente rizado; la barba algo recortada y dividida en dos puntas, y el bigote cuan largo se podía. A fines de siglo afeitábase la barbilla por completo.

El traje femenino del siglo XIV no parece haberse amoldado en todas sus partes á la moda francesa, como sucedió con el masculino. Conociábase ya la camisa que llegaba hasta los pies (63. 15). Las damas, en la época de Eduardo I, llevaban el traje interior (63. 11) cerrado hasta la garganta y ceñido hasta las caderas; largo por delante hasta los pies y por detrás terminado en cola. Las mangas eran largas y estrechas. El vestido solía abrocharse con botones en el pecho ó toda la parte delantera (63. 6. 15). Encima de esta prenda llevaban un sobretodo (*cotte-hardie*) ceñido por la parte superior del cuerpo, con mangas unas veces largas y estrechas, que se abrochaban en la parte posterior del antebrazo, y otras, las más, que alcanzaban sólo á medio brazo y se prolongaban en un lado mediante una tira (63. 5). El vestido, cuando no tenía mangas, hacían las veces de éstas unas pieles colgantes (63. 17) y dejaba visibles los pies; la cola no la usaban, por lo común, más que las damas de alguna categoría. Una de las particularidades de aquel traje eran dos aberturas del tamaño de una mano en el delantero á la altura de los muslos (63. 5), á las que se les daba el mote de «las ventanas del diablo.» Seguía usándose el cinturón como adorno y para recoger el vestido cuando era demasiado largo; llevábase holgado y con una bolsa colgante. Estaba por entonces muy en boga el *surkot* ó *suckeny*, prenda muy linda, sin mangas, abierta en curva por ambos lados desde los hombros hasta las caderas (63. 14. 16), y con escote tan bajo que no había en los hombros sino una tira de tela del ancho de la mano. Este sobretodo cubría hasta las puntas de los pies y la cola se recogía en el brazo. El cuerpo iba adornado de piel de armiño (63. 14) ó con cuchilladas en los costados, guarnecidas, así como la orilla de la falda, con anchas tiras de piel (63. 16). Las damas nobles adornaban sus vestidos con los colores de sus blasones. La capa, que se usaba sólo en las festividades, era de corte circular, sin punta y sujeta á los hombros mediante un cordón que se anudaba en el pecho (63. 6. 7). Se llevaban también capas con aberturas para los brazos y con capucha

de mero adorno que colgaba mucho por detrás (63. 8). Por entonces empezó á estilarse el delantal (63. 11). Los lienzos del cuello y de la cabeza habían caído en desuso (63. 8. 11). Trenzábanse el cabello y lo colocaban á ambos lados de la cara; lo peinaban hacia atrás, metiéndolo en una redecilla, y también lo dejaban suelto. Poníanse velo, y éste, según la jerarquía de la persona, iba sujeto con una guirnalda ó con una pequeña corona de oro. Algunas se cubrían por completo la cabeza con una especie de turbante (63. 16). Las casadas llevaban gorra de capucha con el ala vuelta hacia arriba por delante, y que ceñía por los lados la cabeza hasta la nuca (63. 15). A fines de este período empezaron á llevarse los tocados altos (63. 17), que tan en boga estuvieron en el siguiente siglo. El calzado era puntiagudo, pero no exageradamente largo.

Si el traje de los vasallos sufrió variaciones, el de los reyes tuvo, en cambio, muy pocas. Así lo demuestra una estatua de Eduardo III, vestido con noble sencillez (63. 9). Lleva dalmática suelta, abierta por delante en la parte inferior y ribeteada, con el cuello más escotado y las mangas más cortas que la pieza inferior; capa que alcanza apenas los talones; calzado un tanto puntiagudo y muy rico en bordados; la cabellera y la barba muy largas á estilo patriarcal, y como peculiar adorno regio el cuello cerrado de armiño ó de piel gris (62. 53). Las diferentes clases sociales se distinguían entonces por el corte y color del traje. El comerciante llevaba colores divididos ó mezclados, sombrero á la flamenca, botas á media pierna abrochadas y barba de varias puntas; el molinero sayo blanco con capucha azul, y los días festivos medias encarnadas y la larga punta de la capucha arrollada á la cabeza; el herrero delantal de cuero y piezas cuadradas de la misma piel en el pecho; el labrador, *husse* sin mangas, abierta por ambos lados y á veces con capucha, sombrero, bolsa y vara. El propietario de fincas (*yeoman*), jubón y capucha verdes, con una especie de tahalí del mismo color, del que colgaba un cuerno; la imagen de San Cristóbal, su patrón, en el pecho, bordada en plata; sombrero con fleco negro y un haz de flechas (en la mano llevaba el arco) con barbas de plumas de pavo real metido en el cinturón, en cuyo lado izquierdo iban espada y escudo y en el derecho el puñal; el administrador, la *husse* de color con espada en la cintura, la barba afeitada y el cabello redondeado por las sienes; el marino, túnica de lana ordinaria hasta las rodillas, ceñida por una cuerda de la que pendía un puñal (compárese 62. 48); el médico, traje de púrpura y azul claro con guarnición de pieles; el letrado, sayo con cinturón de seda, adornado con listas atravesadas de color distinto del sayo, capucha forrada de piel de cordero, esclavina guarnecida también de piel, dos escudos y gorra de seda con borde de piel. Los miembros del *Chief Justice of the Kings Bench* (Tribunal supremo de Justicia real) llevaban ropones hasta los pies, generalmente verdes y guarnecidos de armiño, abrochados en el pecho con botones, abiertos por abajo, con el cuello alto y recto y mangas colgantes bastante anchas. Completaban el traje cinturón y gorra redonda.

La fundación de las órdenes de caballería dió lugar á distintivos especiales en el traje. Los caballeros de la Liga (*Jarretiere*), fundada en 1350 por Eduardo III, llevaban, además de una cadena con la imagen de San Jorge (fig. 34), túnica, capucha y capa, todo ello de lana azul, y bajo la rodilla izquierda un aro de oro, esmaltado de azul asimismo, de la forma de una liga, con la divisa: *Honi soy qui mal y pense*. La liga debe, sin duda alguna, de proceder del traje femenino, pues ya en el siglo XIII las mujeres usaban medias; en cambio los hombres no las usaron en Inglaterra hasta mediados del siglo XV, pues no queda rastro de semejante prenda en siglos anteriores. La liga, bordada en oro y azul, figuraba en todas las piezas del traje de los caballeros de la orden (compárese 66. 34). En el año trigésimo cuarto de su reinado, Eduardo III mandó teñir de negro su túnica, á causa de la peste, y más adelante de púrpura.

En el siglo XV (Enrique IV hasta 1411, Enrique V hasta 1422, Enrique VI hasta 1461, Eduardo IV hasta 1483, Eduardo V y Ricardo III hasta 1485 y Enrique VII) el lujo en las ropas era tal que no se

Fig. 34





distinguían los pobres de los ricos, los nobles de los plebeyos, ni los eclesiásticos de los seglares. En la primera mitad del siglo, el traje masculino se diferenciaba poco del de la época anterior; calzas y sayos ajustados, ropones con mangas anchas y cuello alto eran las prendas en uso de todas las clases sociales. Los ancianos llevaban el ropón hasta los tobillos, abotonado en el pecho ó á todo lo largo, con cinturón ó sin él, con mangas moderadamente anchas y á veces con capucha (64. 2. 17). La gente del pueblo usaba con predilección el sobretodo corto (*jacket*), no tan ceñido como en Francia y abierto por delante ó sólo por el pecho (64. 4). Los nobles llevaban este sobretodo ceñido y de los colores de sus blasones (64. 6). El *jacket* que se llevaba con cinturón tenía un pequeño cuello alto y grandes mangas abiertas ó de forma de saco. Según un escritor de aquel tiempo, los mozos de cuadra «no necesitan escoba desde que recogen con sus mangas la basura.» En las de saco la abertura para pasar la mano estaba en el fondo ó en la costura de arriba (64. 2. 14); en la de los hombros se solía fijar una hilera de picos ó cuadritos de la misma tela (64. 15). Había también mangas largas de menos anchura, completamente rasgadas por delante (compárese 65. 12). Hacia mediados del siglo xv volvió á estar en moda el saco largo y cerrado, con las hombreras rellenas (64. 1), como en la corte de Borgoña. El calzado seguía usándose de forma de pico, con suelas largas (64. 6). La barba, que al principio formaba varias puntas, se llevó después redonda (64. 6), pero lo general y característico de la época era llevar afeitado hasta el bigote. El pelo se estilaba corto ó medianamente largo, estando en moda variedad de tocados (fig. 19).

Durante la primera mitad del siglo xv el traje interior femenino siguió tal como antes: ceñía el cuerpo hasta las caderas lo más posible (64. 8); tenía, por lo general, las mangas estrechas y largas hasta cubrir las manos, como en tiempo de Enrique I (64. 20. 23), y aún más allá, en cuyo caso formaban anchas caídas (64. 9. 10). El escote se ajustaba al de la prenda de encima, que subía casi hasta la garganta, mientras por abajo arrastraba cola. Las mangas eran perdidas ó de saco (64. 9. 20 á 23), lo mismo que las de los hombres. Si este vestido era ajustado al cuerpo, no llevaba cinturón; si era holgado lo llevaba, pero muy arriba, por debajo del pecho. La hoja delantera y la trasera de esta prenda eran de corte igual, y los agujeros para los brazos ovalados ó redondos; el cuerpo solía tener cuello alto y chico, abierto y doblado por delante, donde encajaba la barbilla (64. 9. 23). La ropa ceñida cayó en desuso á partir de 1420, y se empezó á llevar cuello ancho partido por delante y vuelto sobre los hombros (64. 21. 22), generalmente blanco ó de un color distinto del traje. El cinturón se abrochaba por detrás.

Además del traje antes descrito se siguió llevando el sobretodo abierto á los lados (64. 11). La capa semicircular fué poco á poco decayendo (64. 11. 16. 22) y sólo se la ponían para ir á la iglesia las señoras ancianas, que seguían usando también la antigua valona ó lienzo muy doblado y hecho una lazada por debajo de la barba ó de la boca (64. 16), una cofia sencilla que bajaba por los lados y la antigua toca también muy doblada. Fueron ganando cada vez más terreno los tocados altos; la especie de cápsula donde se metían el pelo fué aumentando de tamaño y extendiéndose á derecha é izquierda á modo de cuernos (64. 8). Usábase mucho un tocado parecido á los turbantes turcos, hecho de telas riquísimas, y además velos pequeños y rollos de tela (64. 10). El pelo se peinaba hacia atrás y se escondía bajo el tocado.

En la segunda mitad del siglo xv el traje masculino obedecía ciegamente el estilo franco-borgoñón; no había moda en Francia, por ridícula que fuese, que no se imitara en Inglaterra. Bajo el reinado de Eduardo IV llegaron á llevarse las prendas tan ajustadas que traspasaban los límites de la decencia. Las mangas tenían varias aberturas y las hombreras iban rellenas y guatadas. Se llevaban diferentes trajes, unas veces cortos, otras largos. Usábase el tabardo abierto por un costado, el ropón cerrado y con cinturón (65. 18. 21) y la hopalanda abierta asimismo (65. 13. 23. 25); todo ello con hombreras rellenas y altas. La capa quedó para viaje y era de forma circular, como el *hoike* (1) (65. 22). A fines del siglo se

(1) Debe de ser el *jaique* moruno. (*N. del T.*)

usaban, en los justillos, las mangas divididas en dos ó más piezas (65. 1), prendidas por medio de cordones ó corchetes; en la parte alta se les hacían unas aberturas (65. 17) y se forraban á lo largo de tela de otro color que rebosaba por la cuchillada; el cuerpo solía llevarse muy escotado; desaparecieron los faldones y las hombreras guatadas, y resultó un simple justillo. También se llevaba rasgada y abofellada la parte superior de las calzas, sujetas con corchetes al jubón, y como gustaba tanto la diversidad de colores, se estiló poner sobre las calzas, calzones cortos, ó gregüescos, listados (65. 19). Los elegantes llevaban gabán muy corto con mangas perdidas; sombrero redondo de fieltro, de ala ancha doblada por un lado y con plumas, echado sobre una oreja, de modo que dejase ver un casquete de malla ó de terciopelo bordado (65. 20). A veces llevaban el sombrero colgando de un cordón á la espalda (65. 19). La capucha (65. 10), que iba desapareciendo rápidamente, sólo se usaba á manera de turbante (65. 13. 18). Lo más común eran gorras planas de terciopelo, con ala levantada, ó sombreros con el ala almenada ancha ó estrecha. El calzado, cuya punta, de más de dos pies de largo, se sostenía mediante una cadenita sujeta debajo de la rodilla (65. 17), fué redondeándose en tiempo de Enrique VII (65. 19. 20. 22. 25), y á fines de siglo se ensanchó hasta la exageración. Volvió á llevarse el pelo muy largo, como en la época de Enrique I, y sólo los soldados y los ancianos se dejaban crecer la barba.

De 1450 á 1460 el traje interior y exterior de la mujer fué como antes, pero sin estar cerrado hasta la garganta. El escote solía terminar en punta, que llegaba á la cintura ó más abajo y se adornaba con solapas, más anchas por arriba que por abajo, de piel ó de terciopelo de otro color que el cuerpo (66. 9. 10). La abertura del escote se cubría con el traje interior ó con una pechera (66. 9. 10. 13). Reaparecieron las mangas estrechas de corte recto, dobladas en el puño; los cinturones eran más anchos que antes, pero seguían cerrándose por detrás. El vestido se recogía con la mano ó se pasaba por el antebrazo izquierdo, por medio de una abertura en un lado (66. 9. 12). El corte de la prenda de encima sufrió varias reformas hasta terminar el siglo. Se redujo la cola, se redondeó el escote y se corrió más abajo el talle (66. 15). Vinieron á usarse dos clases de vestidos: los que tenían el cuerpo ceñido al busto y los que seguían las formas del mismo sin oprimirle; estos últimos tenían una abertura ó escote triangular, cuya punta llegaba al cinturón (66. 11). En los vestidos ajustados se dejaba el talle algo inclinado hacia abajo por delante y unas veces liso y otras formando pliegues; el cinturón se cerraba por delante y pendía de él un estuche con enseres de labor. Las jóvenes llevaban sobretodo (66. 28). La capa semicircular no se usaba ya sino en entierros y festividades del Estado (67. 10. 12); en el primer caso con capucha, cuya esclavina llegaba á los codos y la punta casi hasta al suelo. Persistió la moda de la toca de lienzo por debajo de la barba (68. 8).

No es tarea fácil describir la gran cantidad de diferentes tocados propios de aquella época. En 1460 se introdujo el *hennin*, que era como un cono de dos á tres cuartas de alto, algo inclinado hacia atrás (66. 9). En la punta y á todo lo largo se colgaban anchos velos, que caían hasta tierra y se sujetaban debajo del brazo. Había *hennins* de forma cónica y de forma cilíndrica. El velo, rígido merced al apresto, se fijaba á trozos sobre una armadura de alambre y se sujetaba así al *hennin*, con lo cual el conjunto del tocado, gracias á las dos alas de los costados, semejaba una mariposa. Sostenían aquella máquina (68. 11) unos rollos arqueados de paño retorcido, puntiagudos por ambos lados y prendidos á una gorra cónica ó redonda (67. 9). Otro tocado había compuesto de un rollo grueso colocado sobre una gorra más ó menos alta, que por la nuca y la frente estaba vuelto hacia abajo y por las sienas hacia arriba. Las mujeres de la clase media llevaban, sobre sencillas cofias, gorras de paño á manera de capucha, con la orilla vuelta y á veces con orejeras (65. 9). Para más detalles sobre tocados consúltese el capítulo de las modas francesas. Al terminar este período los tocados eran más bajos.

Las prendas principales de las vestiduras regias eran: túnica, dalmática, manto y esclavina cerrada de armiño. Aun se conserva el manto de Enrique VII (fig. 35), parecido, por su corte semicircular y su

escote redondo, á los mantos imperiales bizantinos y alemanes (compárense figs. 6 y 7). Los colores de estas prendas eran el encarnado, el azul y el púrpura en todos sus matices. Una miniatura de la segunda mitad del siglo xv nos presenta un manto real azul, la pieza interior de color de rosa (66. 33) y el manto de la reina del propio color (66. 35). En otra pintura semejante, el manto es azul con flores de lis y leopardos y lleva cuello de armiño; la corona iba orlada de la misma piel (66. 36). Durante las contiendas con Francia por el trono, las vestiduras reales mostraban bordados los tres leopardos y las flores de lis (64. 6. 66. 36). El calzado era generalmente de color escarlata. Hasta el reinado de Enrique VI la corona fué abierta por arriba; á partir de esta época se la agregó un puente y luego otro que se cruzaba con el primero y la cerraba.

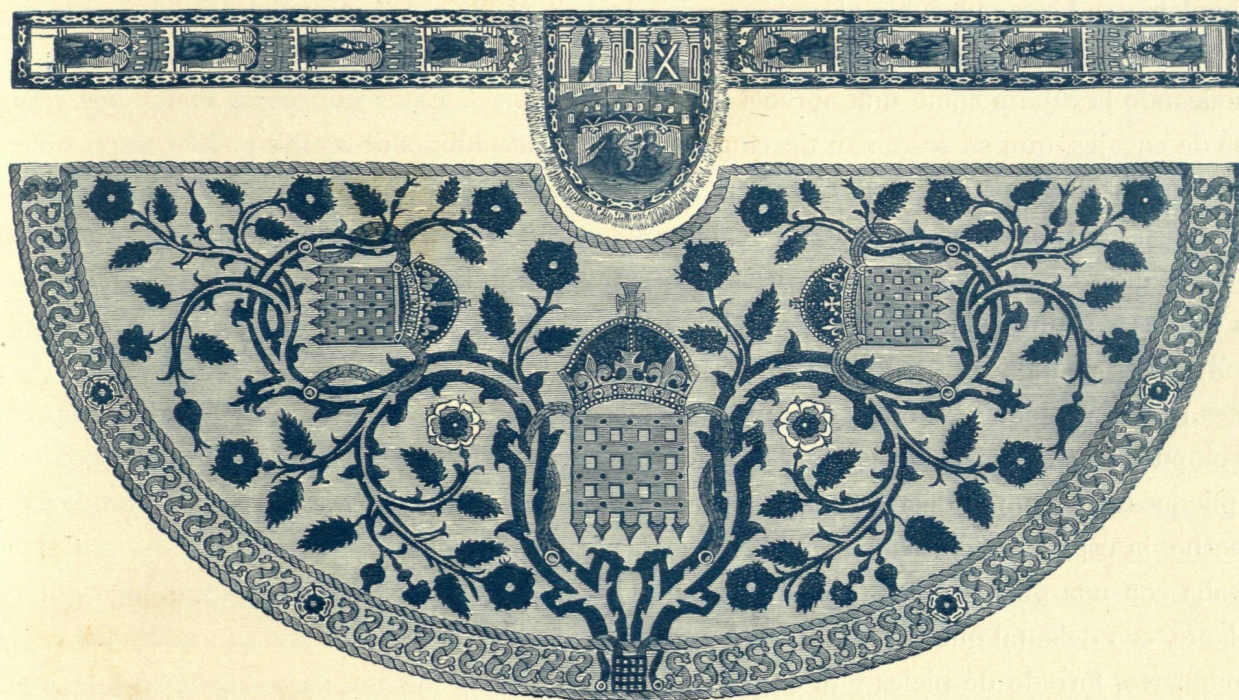
En el siglo xv no eran tan marcadas como en el anterior las diferencias sociales en el traje. Documentos gráficos y escritos nos suministran los siguientes datos: el Lord mayor, el Lord canciller y el Juez Supremo (66. 17) llevaban ropones escarlata con cinturón de oro y capa roja forrada de armiño. El Lord canciller llevaba además capucha y ancha gorra de forma de saco, también encarnada (66. 23). Los abogados usaban ropones con capucha de esclavina, mitad verdes y mitad azules con listas blancas (66. 19). El alguacil de juzgado (66. 22) y el escribano (66. 18) vestían sayos cortos con cuello alto y pequeño; el de aquél mitad color mostaza y mitad azul con listas blancas, y el del segundo, mitad color café y mitad verde con listas blancas igualmente. Los empleados del tesoro usaban ropones sin cinturón y con capucha ó capas de capucha guarnecidas de armiño y gorras ceñidas á la nuca, todo de color de mostaza (66. 24 á 26).

Con la Reforma desapareció en Inglaterra la tendencia á seguir las modas francesas, por más que subsistiera la afición al boato en el vestir. Durante la primera mitad del siglo xvi, el traje masculino sostuvo más tiempo que en Francia las antiguas tradiciones; persistía el jubón con escote largo y ancho cubierto por la pechera ó el justillo (68. 2); calzas ajustadas; entre ellas y el jubón la camisa hueca y abofellada, y cuchilladas en las rodillas y los codos. El gabán en uso no alcanzaba á las rodillas ó pasaba algo de ellas (68. 1. 3), carecía de cinturón y tenía mangas anchas ó perdidas y con aberturas. A la vez que el jubón corto se llevaba otro más largo con faldones postizos plegados alrededor (68. 5), con el cuerpo abierto por delante y en ocasiones tan escotado que apenas quedaba nada de él (68. 13). El escote iba cubierto por una pechera de brocado de plata, con bordados negros, ó por una chaquetilla interior con mangas anchas que llegaban á las muñecas (68. 13). Creció el uso de las cuchilladas, que se repartían por el jubón y las partes visibles del justillo. Los soldados se ponían, á guisa de uniforme, jubón ó colete de cuero con faldas sin plegar y mangas cortas con cuchilladas de color (68. 18). Además de los calzones hasta la rodilla, ajustados, se usaban otros más anchos y más largos que por medio de cordones formaban afollados en los muslos (68. 5); por último, estilábanse calzones acuchillados de arriba abajo, con las cuchilladas forradas y rellenas de tela de otro color y cintas puestas horizontalmente de corto en corto trecho; á estos calzones se les llamaba *trussen*. En la parte delantera poníase una funda guatada y acuchillada sobre un triángulo de tela, que se distinguía á pesar de las faldas del jubón (68. 5. 18). A mediados del siglo se cortaron las calzas por encima de las rodillas atándolas á los gregüescos, con lo cual se convirtieron en medias, al principio de paño ó seda, por lo general del color de los gregüescos y cosidas á los mismos. Más adelante se hacían de punto, de lana ó seda y de otro color. A la par del sombrero de fieltro, más ó menos puntiagudo (68. 18), estaba en uso la gorra plana de terciopelo con borde ancho y duro, adornada de afollados ó piedras preciosas, según la categoría de la persona (68. 1. 5 á 7. 13); sombrero y gorra se adornaban con plumas. El calzado hacíase de cuero, terciopelo ó raso; al principio holgado y redondo, más adelante cuadrado, exageradamente ancho y con afollados. A fines del reinado de Enrique VIII se llevaba el pelo muy corto y barbas y bigote á gusto de cada cual.

En la segunda mitad del siglo xvi se operó gran transformación en el traje masculino; imitó primero

el estilo español, luego el franco-español y por último el holandés; había tantas formas de trajes como días tiene el año. Por lo que concierne á las modas extranjeras, no hay más que consultar los capítulos de los respectivos países: aquí sólo trataremos de las modificaciones en sentido inglés. Desde 1570 los calzones cambiaron su antigua hechura por otra, haciéndose más largos, bastante ahuecados por el medio, con muchas cuchilladas y sujetos á la rodilla por un cordón (69. 1). El jubón, que ya no se estilaba escotado, sino cerrado por delante y sin mangas, era propio casi exclusivamente de soldados (69. 1). La ropilla, abrochada por delante, tenía haldetas lisas, cuello alto, mangas largas y estrechas y pequeños abofellados en los hombros (69. 6). Los nobles y los comerciantes solían llevar sayo hasta los tobillos, abierto por delante, guarnecido de pieles y ceñido por una correa ó una cinta de terciopelo. El sayo era también de terciopelo de muestra, ya ajustado de cuerpo como un jubón (69. 2) y con faldones postizos, que ensan-

Fig. 35



chaban hacia abajo, ya holgado desde el pecho, sin talle y con vueltas de pieles más anchas de arriba que de abajo (69. 7). En el primer caso las mangas eran largas, bastante anchas, colgantes, con dos ó tres aberturas para el brazo y ribeteadas de pieles; en el segundo ajustadas y con abofellados en las hombreras. En la cabeza gorra ó sombrero. Los traficantes marítimos usaban calzones anchos, sujetos por cordones á las rodillas (69. 5), medias, ropilla corta sin cinturón, á la marinera, capa negra hasta media pierna, con cuello alto, sombrero puntiagudo, gola rizada y zapatos con tacones. Los marinos llevaban chaquetillas cortas, calzones muy anchos y abofellados, hasta las rodillas; medias, gola rizada y gorra alta de pieles (69. 3). Todas las clases sociales usaban golas y puños rizados; de aquéllas se llegaron á llevar cuatro á un tiempo, unas encima de otras, y á partir de 1595 alcanzaron dimensiones fabulosas. Los zapatos seguían siendo de punta ancha y casi siempre con tacones. También se usaban pantuflos. Las botas de montar eran de piel fina y suave, llegaban hasta medio muslo y se doblaban hasta las rodillas. Las clases más acomodadas calzaban guantes con cuchilladas que dejaban ver el forro de color. El pelo se estilaba corto y la barba lo mismo, unas veces redonda, otras puntiaguda. El bigote se llevaba largo con las puntas retorcidas.

El traje femenino no cambió hasta 1530. Mostraba tendencia á bajar más ó menos el talle por delante (68. 9 á 12), como á fines del siglo xv; el escote cuadrado y las mangas anchas de abajo, que en Londres denominaban *mangas de obispo*, seguían en uso; había además mangas bastante cortas acuchilla-

das y prendidas al cuerpo interior (68. 9. 12). Al uso de estas mangas siguió el de una prenda abierta por delante á estilo francés, que dejaba ver el traje interior. Las faldas llegaban apenas á tocar el suelo, pero también alguna vez tenían cola, aunque más pequeña que antes. El corpiño se consideraba como prenda suelta y era semejante al justillo de los hombres, con aletas en las aberturas de las mangas y abrochado por delante. El cinturón, provisto de largo colgante, rodeaba perfectamente la cintura. En esta época parece que fué cuando se introdujo el tocado conocido con el nombre de *gorra María Estuardo* (68. 14). La reina de este nombre, creyendo que la frente alta la desfavorecía, trató por medio del tocado referido de que pareciese más baja. También se llevaba en la cabeza una media luna de adorno como en el siglo anterior, pero no tan alta (68. 11). Las gorras de forma de capucha (68. 10), de paño verde ó negro, estuvieron en uso todo el siglo. Hacia mediados de este período empezó á seguirse la moda española de las hombreras rellenas (68. 14); la reina María (1553-1558) trató de que la adoptara la corte, pero no logró implantarse hasta que subió al trono la reina Isabel (1558), tan amante del lujo. Aumentó el escote y alrededor de él se ponían enormes golgas de encajes rizados, que desde la espalda subían hasta la coronilla, rodeando la cabeza como una aureola de santo (69. 20. 21). Estas gorgueras tenían dos, tres y más órdenes de encajes, que se sostenían tiesos por medio de armaduras de alambre. El cuerpo, abierto por la parte superior, iba ajustado en la cintura mediante ballenas, dando tanta anchura á las caderas que se suprimieron las almohadillas que antes llevaban (69. 18). (Véase el capítulo sobre los trajes españoles.) En 1590, cuando estalló la guerra entre España é Inglaterra, desapareció la moda española de las gorgueras rizadas y se introdujo la francesa de los tontillos con un rizado alrededor de la cintura (69. 21) ó con afollados en su lugar (69. 20) y el talle en punta y bastante bajo (69. 18. 20). (Véase el capítulo de los franceses.) La clase media no obedeció tan ciegamente las variaciones de la moda, y con la española por base, compuso un traje nacional serio y bonito. Jóvenes y matronas (69. 14. 17) llevaban sobretodo de pocos pliegues, abierto por delante y unido á un corpiño con escote cuadrado bastante grande y guatado en el pecho, la espalda y las mangas. El escote se cubría con la camisa bordada, que llegaba al cuello y lo rodeaba con una gorguera. El traje de las mujeres del pueblo (69. 16) era parecido, bien que cerrado por delante, con delantal que lo cubría, falda y corpiño alto con cuello abierto. Las matronas llevaban el vestido abierto, forrado de pieles y el corpiño con solapas de lo mismo. El pelo, suelto ó trenzado, iba encerrado en una redecilla, y el tocado más en uso, después de la capucha, era un sombrero parecido al de los hombres, con ala recta (69. 14. 16. 17); las pobres se contentaban con envolverse la cabeza en una toca. El traje de luto en las mujeres consistía en largo sobretodo, sin cinturón, de paño negro, con mangas muy anchas en las muñecas, pañuelo blanco al cuello y la cabeza cubierta por una capucha negra, de punta y colgante (69. 19). Para viajar las damas de alta categoría usaban antifaz de terciopelo negro y largo velo blanco de seda que las resguardaba de los rayos del sol. El calzado era de diferentes clases: zapatos cerrados, pantuflos y chanclos, de punta redonda y abultada ó cuadrada y ancha. Las suelas solían ser de corcho y á veces todo el calzado (*puisnets*).

Cuando Enrique VIII se separó de la Iglesia católica, el clero vestía de distinto modo que el romano. Llevaba, como los sabios y letrados, ropón abierto por delante, con mangas perdidas ó anchas y largas y el traje interior á la moda (69. 8). El alto clero usaba como insignia una cinta negra bastante ancha que rodeaba el cuello y cuyas puntas colgaban por delante hasta más abajo de la cintura. Eduardo VI, sucesor de Enrique VIII, reglamentó los hábitos clericales, que se componían de las prendas siguientes (69. 4. 10. 12. 13): ropón interior negro ó sotana, abrochado por delante (*cassock*), al principio sin cuello y más adelante con uno pequeño y vuelto; prenda blanca interior más corta y con mangas largas y anchas, llamada camisa de coro (roquete); otra prenda encarnada sin mangas (*chimere*), que se colocaba encima de la camisa de coro, abierta por delante y del mismo largo que el ropón; la cinta negra (estola), gorra encarnada ó negra, que cubría parte de las mejillas y de la nuca y ensanchaba en la copa, que era cua-

drada; por último, la capa de coro, con capucha triangular de gruesa tela de color y muy bordada, y sombrero cilíndrico ó puntiagudo con alas. Como los doctores de Oxford usaban también la *chimere* encarnada, los obispos y arzobispos las cambiaron por negras. Mitra y báculo no se veían ya sino en los escudos.

En Escocia, y sobre todo en la parte septentrional, se ha conservado desde la Edad media hasta nuestros días, y á pesar de las modas, un traje nacional característico hecho con telas de cuadros de varios colores. Pocas estampas existen que nos den una idea del traje de la Edad media y poco es, por lo tanto, lo que puede escribirse sobre el particular. Desde mediados del siglo xv empezaron á fabricarse las referidas telas de cuadros, y cuando estuvieron más en boga fué en el xvi. Los pobres adoptaron también la ropa de cuadros, pero sólo blancos y negros; los ricos, de varios colores; los reyes y jefes llevaban siete, los nobles cuatro. Dominaban el verde y negro con listas encarnadas. La prenda nacional era la manta ó *plaid*, gran pieza de paño que servía de capa (71. 1. 3. 4), se doblaba á lo largo por su mitad y se arrollaba al cuerpo, echando las puntas por encima del hombro izquierdo (compárese 71. 20). Los calzones (*truis*) cayeron con el tiempo en desuso. En el siglo xvi se llevaban medias de cuadros sujetas á las pantorrillas (71. 3. 4. 13) y calzado atado con cordones á las piernas (71. 1. 2. 10. 11). De la cintura á las rodillas se cubrían con el *plaid* y con una falda (*phillibeg* ó *kilt*, 71. 2) muy semejante, aunque más corta, á la de las mujeres. Llevaban jubón con mangas acuchilladas á la moda y ropilla con faldones cortos y hombreras, abrochada por delante (71. 3). Estaba en gran uso el cinturón con bolsa ó limosnera colgante en el lado derecho (71. 3). Aquella gente, á fuer de robusta, no se cubría la cabeza para abrirla, sino como distintivo. La gorra que llevaban con la punta inclinada hacia delante (71. 15. 17) era parecida á las que en el siglo xi se dibujaron en los muros de los conventos franceses (fig. 29. 5. 6). Es posible que las importaran los normandos á Inglaterra, así como la capucha con esclavina (71. 11. 18). La gorra plana de paño parece ser más moderna (71. 12); las de color azul eran las favoritas de los caledonios. La banda de cuadros es moderna, y más antiguo que la gorra es, sin duda alguna, el adorno de plumas de águila. No hay noticia del traje de las mujeres. Las escocesas distinguidas del siglo xvi seguían la moda (71. 5. 6). En cuanto á los arreos de guerra está probado que usaron la loriga, el casco puntiagudo con celada, el camisote de mallas, las manoplas y los discos de metal en el pecho. Los soldados de Jacobo V llevaban cota de mallas corta como un jubón (71. 1). El arco era entonces el arma propia de los montañeses (71. 1), así como el mandoble y la *claymore* ó espada con guardamanos, que pendía de un cordón puesto en bandolera (71. 2). En lugar de la *claymore* solían usar el arma veneciana llamada *schiaivona* (71. 3. 4). Completaba el armamento de los escoceses rodela chica de madera, forrada de piel, con salientes de cobre; puñal, espada y hacha de combate (71. 8. 9).

Existen apenas datos acerca del antiguo traje irlandés; los pocos y malos que conocemos son del siglo xii y revelan que los irlandeses llevaban entonces calzas sujetas á la cintura por un cordón corredizo y metidas por abajo en botas que llegaban á los tobillos; sayo sin cinturón de tosca hechura y diversa longitud, hecho de lana negra, y capa, con capucha ó sin ella, pendiente de los hombros (3. 48. 49. 52 á 54. 4. 5). En la Edad media la capa, compuesta de muchas piezas, era el único abrigo de la gente menesterosa. El cabello y la barba se llevaban sueltos y enmarañados de tal modo que aquél cubría la cabeza con una especie de gorra capaz de resistir un trancazo; esta costumbre subsistía aún en el siglo xvi. Escritos del siglo xiv hablan de jefes que llevaban capas de color escarlata, pero no calzas. Según se colige de algunos sepulcros del siglo xv, el traje de los irlandeses distinguidos en aquel tiempo era el mismo que en el resto de Inglaterra. En una estampa de la época de la reina Isabel se ven jefes de aquel país (71. 20 á 25) bailando una danza guerrera, en medio de un paisaje irlandés de campos pedregosos y chozas miserables. Sus trajes son: camisa de muchos pliegues con mangas que arrastran, chaqueta de cuero de color con mangas perdidas y talle muy corto, abierta por delante, y capa de color de azafrán (71. 22) con el embozo echado sobre el hombro izquierdo (71. 20; compárese 4. 4); llevan las piernas desnudas, el pelo largo y

enmarañado, la barba escasa; casquete de hierro, guantelete de lo mismo en la mano izquierda, espada corta de forma rara y vaina más rara todavía. La capa servía á los irlandeses de cama cuando iban de viaje, y en el combate se la arrollaban al brazo izquierdo á guisa de escudo. Por las relaciones con España y, sobre todo, por los desvelos de los jesuitas establecidos en el país, la gente, en especial la de los pueblos, se acostumbró á vestirse mejor. Al final del siglo xvi usaban los varones de buena posición calzas ajustadas, jubón hasta medio muslo, abrochado por delante, con cuello ancho, bajo y liso; capa larga y holgada, forrada de pieles; sombrero alto y puntiagudo, con el ala doblada por detrás hacia arriba y zapatos cerrados con hebilla, todo al estilo español (71. 27). También las mujeres ricas vestían á la española, y como prenda nacional llevaban solamente la capa forrada de pieles (71. 29). La moda española siguió imperando á la vez que la del país hasta mediados del siglo xvii (71. 31 á 34). Las mujeres pobres usaban falda corta, corpiño, pañuelo cruzado por el pecho y otro pañuelo en la cabeza puesto á modo de turbante.